

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Sociología y Estudios de Género

Convocatoria 2017-2019

Tesis para obtener el título de maestría de investigación en Ciencias Sociales con mención en
Género y Desarrollo

Sentidos y prácticas de maternidad en las trabajadoras sexuales de la ciudad de Quito

Shirley Dayana Venegas Espinosa

Asesora: Gioconda Herrera

Lectores: Carolina Páez y Marco Panchi

Quito, junio de 2020

Dedicatoria

Dedico este trabajo a las mujeres que incansablemente luchan de formas diversas.

Tabla de contenidos

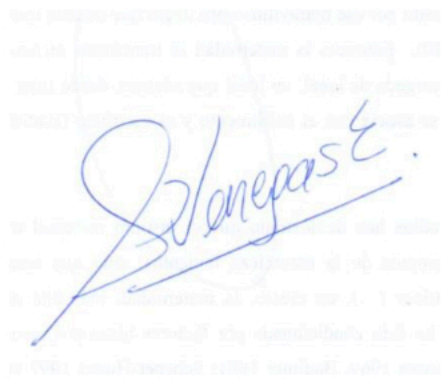
Resumen	V
Agradecimientos.....	VII
Introducción	1
Capítulo 1	6
Maternidad y trabajo sexual: discusión teórica	6
1. De la concepción esencialista hacia las maternidades diversas	7
1.1. La maternidad como construcción social.....	7
1.2 Maternidades diversas y adversas	12
2. La maternidad en el contexto del trabajo sexual	14
2.1 Debates sobre trabajo sexual.....	14
2.2 Maternidad y trabajo sexual.....	17
Capítulo 2.....	21
Trabajo sexual y maternidad en el contexto ecuatoriano	21
1. Trabajo sexual en el Ecuador: mirada histórica	22
2. Trabajo sexual en el Ecuador: contexto actual.....	25
3. Trabajo sexual en el Centro Histórico de Quito CHQ.....	29
3.1 Madres trabajadoras sexuales del CHQ.....	40
Capítulo 3.....	42
Pobreza, violencia y trabajo sexual	42
1. Infancia y violencia cotidiana.....	42
2. Trabajo sexual y maternidad	56
2.1 La maternidad ideal como motivación para el trabajo sexual.....	59
Capítulo 4.....	71
Maternidades putas: culpa, lucha y reivindicación	71
1. Estigma, culpa y anonimato	71
2. Estrategias de maternidad en condiciones adversas	80
2.1 Maternidad In situ	88
2.2 Maternidad a distancia	91
3. Sobrellevar el estigma	97
Conclusiones	106
Lista de Referencias	110

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Shirley Dayana Venegas Espinosa, autora de la tesis titulada “Sentidos y prácticas de maternidad en las trabajadoras sexuales de la ciudad de Quito” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría de Investigación en Ciencias Sociales con mención en Género y Desarrollo concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, junio de 2020



Shirley Dayana Venegas Espinosa

Resumen

Este es un estudio etnográfico que tiene como objetivo analizar la maternidad de las trabajadoras sexuales de la ciudad de Quito, contexto caracterizado por su diversidad étnica, cultural y socio económica. Surge a partir de la interrogante que plantea la conjugación de dos identidades femeninas ampliamente debatidas: la trabajadora sexual y la madre, las cuales históricamente han sido dotadas de significados culturales, sociales y morales, que las harían verse en un primer momento como irreconciliables, a causa del estigma que conlleva el trabajo sexual. Sin embargo, su confluencia es compleja y dinámica, especialmente en contextos caracterizados por violencia estructural como en el que se desenvuelven las madres trabajadoras sexuales de este estudio quienes asumen el ideal de la buena madre para resignificar su maternidad abyecta.

En este caso el ideal de la buena madre más allá de ser una identidad opresora, como señalan buena parte de los estudios tradicionales de género, se convierte, en este contexto en particular, en una identidad que les permite sobrellevar el estigma que conlleva su trabajo y que atraviesa su identidad, convirtiéndose en un elemento liberador. Gracias al trabajo sexual, la buena madre asume un rol, principalmente de proveedora, que garantiza la reproducción social de sus hijos en base al sacrificio. En otros casos también aumenta, tanto para ellas como para sus hijos, sus posibilidades de consumo correspondientes a clases sociales más privilegiadas a la vez que les concede mayor disponibilidad de tiempo para compartir con ellos. Estas oportunidades serían difíciles de alcanzar a través de otros espacios laborales, disponibles para ellas dadas sus condiciones de vida. Por lo tanto, la pregunta que plantea este trabajo es: ¿Cómo la resignificación que hacen las madres trabajadoras sexuales de su maternidad, inherentemente diversa, adversa y contradictoria, implica asumir ideales normativos tradicionales de género (la buena madre), los cuales les permiten sobrellevar el estigma que pesa sobre el trabajo sexual?

El análisis teórico que se propone incluye los estudios sobre sexualidad, género, maternidad y antropología de la violencia. Contribuye al debate sobre maternidades diversas en los estudios de género porque demuestra que su ejercicio involucra contradicciones y desencuentros que se viven de manera diferente en cada mujer. También aporta a los debates sobre prostitución

porque pone en evidencia la agencia, generalmente subvalorada, que tienen las trabajadoras sexuales para transformar sus condiciones de vida y combatir la falta de oportunidades.

Agradecimientos

Agradezco a mis padres por su incansable esfuerzo para que tenga sueños y los alcance. A mis maestras, mujeres que me han llenado de inspiración.

Introducción

El trabajo sexual es una actividad que, dado el estigma social que se le atribuye, desencadena experiencias de culpa, diferencia y auto reproche para la mujer mientras que la maternidad tiende a ser una identidad sobre valorada que le otorga respetabilidad social. Es decir que las dos identidades, la trabajadora sexual comúnmente referida como *puta*¹ y la madre, se representan, social y culturalmente, como antagónicas. En tanto la una simboliza vergüenza, inmoralidad, impureza y ocultamiento, la otra constituye exaltación, reconocimiento, valía e incluso santidad. Entonces, ser madre-trabajadora sexual representa una aparente contradicción que hace imposible su combinación en sentido positivo. Esto sucede a casusa de que, en el contexto de su trabajo, la sexualidad no se entiende con el fin de la reproducción o la procreación, sino que tiene un fin laboral, lo cual sumado a ciertas demandas culturales y morales conllevan a que su identidad este atravesada por un estigma. Sin embargo, en este trabajo se describen los puntos de encuentro de esas dos identidades para demostrar que el estigma que pesa sobre su persona logra ser sobrellevado gracias a la asunción de ciertos ideales normativos de género que favorecen la ostentación del papel de la buena madre que logran asumir a pesar de las condiciones adversas y de violencia estructural que les rodean. Es decir que las madres trabajadoras sexuales logran resignificar su maternidad frecuentemente negada y censurada.

Ahora bien, la encarnación de ese ideal es posible gracias al trabajo sexual, el cual les permite no solo hacer que sus hijos sobrevivan sino aumentar, tanto para ellas como para sus familias, sus capacidades de consumo y acceso a oportunidades que, dadas sus historias, resultan difíciles de alcanzar a través de otras actividades económicas. Asimismo, les permite disponer de una mayor cantidad de tiempo para compartir con sus hijos, beneficio con el que pocas personas insertas en el mundo laboral actual cuentan. Conviene subrayar que el estigma logra ser sobrellevado gracias a un sentido positivo de la maternidad normativa desde el cual las madres trabajadoras sexuales asumen cualidades de sacrificio, renuncia al bienestar propio, postergación de los intereses personales y respuesta incondicional a las necesidades, sobre todo económicas, de sus hijos/as.

¹ La palabra puta se refiere a la persona que ejerce la prostitución sin embargo comúnmente se usa en sentido peyorativo por ello es preciso aclarar que cuando aparece en el texto es a causa de que ha sido citado por otra fuente o con el fin de reivindicar su connotación política.

Asumir este ideal normativo tradicional de la “buena madre” entra en contradicción con lo que sostienen buena parte de los análisis de maternidad realizados desde los estudios de género ya que, en este caso, la maternidad es resignificada pasando de ser una identidad opresiva para la mujer hacia un espacio de legitimidad y liberación. Asimismo, pone de manifiesto su agencialidad para cambiar las condiciones de pobreza y violencia que atraviesan su vida y trastocar así la mirada victimizante desde la cual se las representa. Romper con las ideas que asocian la maternidad con la opresión y subordinación femenina representa el planteamiento de un argumento contra intuitivo que, reconociendo la diversidad y complejidad de las relaciones sociales, produce y alimenta una manera de pensar alternativa, desmontando con ello el sentido común feminista para reconocer otras experiencias y percibir otros saberes (Matera 2014).

De modo que la pregunta que guía esta investigación es la siguiente: ¿Cómo la resignificación que hacen las madres trabajadoras sexuales de su maternidad, inherentemente diversa, adversa y contradictoria, implica asumir ideales normativos tradicionales de género (la buena madre), los cuales les permiten sobrellevar el estigma que pesa sobre el trabajo sexual? Para responder a esta pregunta se utilizan los aportes teóricos provenientes de los estudios de género y maternidad que plantean a esta última como una construcción social que deriva de las condiciones históricas en las que se inserta la mujer. Además, se alude al concepto de maternidades diversas que plantea la autora Scheper Huges, las cuales se caracterizan porque su ejercicio está condicionado por los efectos de la violencia estructural, es por eso que en este trabajo también se denominan como maternidades adversas. Asimismo, se recogen los aportes de los feminismos negros sobre el concepto de experiencia para destacar que las experiencias de opresión de las mujeres no pueden homogenizarse especialmente cuando se atienden a las diferencias de clase y raza que les atraviesan. Finalmente, se retoman las perspectivas teóricas que entienden al trabajo sexual como una actividad económica alternativa que permite enfrentar las condiciones de pobreza.

La investigación se basa en un trabajo etnográfico realizado en la ciudad de Quito en los meses de marzo de 2018 a mayo de 2019 que fue motivado a partir de mi experiencia adolescente como voluntaria en una casa de acogida religiosa para trabajadoras sexuales. Comprendió el uso de algunas técnicas de investigación como la observación participante la cual se escogió porque, a través de la experiencia directa, de la internación de los órganos

sensoriales y la afectividad, permite entender los sentidos de las prácticas que asumen las personas, esclarece la dinámica cultural y evita mediaciones de terceros (Guber 2004). Significa conocer desde dentro porque “se aprende con los otros no de ellos” (Ingold 2013, 225). La observación participante tuvo lugar en cuatro espacios específicos: 1) las plazas y calles del Centro Histórico de Quito (CHQ) en las cuales pude mantener conversaciones informales y conocer la dinámica del trabajo sexual. En estos espacios me dedicaba a conversar con las mujeres mientras compartíamos alguna comida o bebida y ellas esperaban a sus clientes; 2) los locales donde se desarrolla el comercio sexual, a los cuales ingresé a través de contactos con las representantes de las trabajadoras sexuales de la Costa. En estos espacios conversaba junto a las chicas mientras compartíamos una bebida; 3) las casas de las trabajadoras sexuales en las cuales pude ingresar a través de su invitación o consentimiento luego de que existía una relación previa. En estos espacios más íntimos compartíamos alguna comida preparada por ellas, conocía a sus hijos, su casa y sus relaciones. Finalmente, 4) la casa de acogida religiosa a la cual ingrese gracias a la relación previa con las responsables de la misma. En este lugar recibí los talleres de emprendimiento junto a las chicas, compartí espacios de socialización junto a sus hijos y participe en actividades deportivas. También impartí talleres y brindé asesoría legal y/o psicológica. Es preciso mencionar que en todos los espacios se aplicaron las medidas de cuidado rutinarias.

La observación participante, las conversaciones informales y los enlaces previos posibilitaron la posterior aplicación de entrevistas semi estructuradas y a profundidad. La en conversación con la autora, se considera una estrategia metodológica que permite generar conocimiento y comprender fenómenos dentro de un ámbito espacio temporal en el que los datos son contruidos en una relación dialógica. La interacción es la fuente constitutiva de conocimiento y se expresa en la dinámica de la relación entre las partes de la investigación (Rivas 1996). Las entrevistas se aplicaron a dos grupos de informantes. El primero, y más importante, lo conforman un número de 20 madres trabajadoras sexuales a quienes se aplicó la entrevista a profundidad, la cual permite reconocer las subjetividades de las participantes, mismas que están determinadas por la cultura y las experiencias (Rivas 1996). También hace posible la comprensión de sus perspectivas respecto de sus vidas o situaciones (Soler 2011) a través del empleo de preguntas abiertas que añaden flexibilidad y evitan respuestas anticipadas (Miguel 2005). En definitiva, permite conseguir información profunda sobre la relación entre el entrevistado y el tema analizado mediante un discurso libre y espontaneo (Fernández 2013).

Las participantes, en su mayoría de nacionalidad ecuatoriana, pertenecen a sectores rurales y tienen edades comprendidas entre 30 y 64 años. Laboran en diferentes lugares entre ellos la zona de tolerancia “La Cantera”, las calles y plazas del CHQ, night clubs, centros de entretenimiento y casas de cita. Un pequeño grupo son casadas pero la mayoría mantiene relaciones de pareja. La mayor parte de ellas tiene estudios primarios incompletos. Poseen entre 1 y 9 hijos con edades que oscilan entre 11 meses y 47 años, siendo 20 años la edad promedio. La mayoría aún vive con ellos o aporta económicamente para su sostenimiento personal o familiar. Al momento de la investigación sola una de las entrevistadas se encontraba en periodo de lactancia.

El segundo grupo lo conforman varios actores quienes, por las características de sus trabajos, mantienen algún tipo de relación con el trabajo sexual y sus representantes. Incluye al personal de salud y a las autoridades de control y/o apoyo municipal con quienes, a través de la aplicación de entrevistas semi estructuradas se abordó los siguientes temas: representaciones sobre el trabajo sexual, modalidades de trabajo, riesgos y necesidades de las trabajadoras sexuales. Relaciones institucionales y servicios disponibles para las trabajadoras sexuales y sus familias. Las entrevistas realizadas tanto al primero como al segundo grupo duraron un promedio de 50 minutos a 3 horas y tuvieron lugar en varias locaciones. Todas las entrevistas fueron transcritas para el análisis y para su aplicación existió un consentimiento informado. Además, con el fin de mantener la confidencialidad y proteger la identidad de las informantes, todos los nombres han sido modificados. Asimismo, siempre estuvo presente el compromiso ético respecto a que la información no sería usada en contra de los mismos informantes (Santillán 2009). También se realizó un trabajo de revisión documental y digital. Por último, la información fue procesada a través de un trabajo de sistematización.

Este trabajo se compone de 4 capítulos en el primero se presenta el marco conceptual que guía la investigación. Incluye el análisis de la maternidad esencialista y las maternidades diversas. También se presentan los debates feministas sobre prostitución y algunas reflexiones sobre la maternidad en el contexto del trabajo sexual. En el segundo capítulo se exponen las características más sobresalientes del trabajo sexual en el Ecuador y en la ciudad de Quito concentrándose de manera especial en el sector del CHQ. El tercer capítulo describe las experiencias de vida de las trabajadoras sexuales antes de su ingreso en la industria del sexo. También habla sobre la relación entre su maternidad y trabajo sexual. Finalmente, en el

último capítulo, se muestran los efectos del estigma en la vida de las madres trabajadoras sexuales. Se analizan sus prácticas de maternidad y la forma en que la asunción de la maternidad les permite sobrellevar los efectos del estigma.

Capítulo 1

Maternidad y trabajo sexual: discusión teórica

Introducción

El capítulo presenta las principales herramientas analíticas y conceptuales que guían la investigación. Tales conceptos surgen de los debates teóricos que han sido formulados desde los feminismos en torno al trabajo sexual y la maternidad. La idea central del capítulo versa sobre la difícil tarea de maternar en contextos de violencia estructural, la cual comprende al conjunto de situaciones en las que la satisfacción de las necesidades humanas básicas (supervivencia, bienestar, identidad o libertad) resulta insostenible a causa de los procesos de estratificación social que se agrava con las desigualdades de género (Parra y Tortosa 2003).

El capítulo cuenta con dos secciones, la primera corresponde a un análisis sobre la maternidad en el que se presentan, en primer lugar, los discursos que cuestionan la universalidad del amor materno como parte de la naturaleza femenina para reconocer que la maternidad es una construcción social mediada por la historia personal y colectiva de la mujer. Se retoman las reflexiones producidas desde los feminismos negros que destacan el papel de los factores de clase y raza para determinar y diferenciar las experiencias de las mujeres negras de las del resto del colectivo femenino. Luego, tomando como referencia el trabajo de Scheper Huges se abordan las maternidades diversas y adversas, las cuales se entienden como formas no normalizadas de ser madre que se ejercen en medio de condiciones notoriamente desiguales.

La segunda sección discute la relación entre maternidad y trabajo sexual. Incluye una breve revisión de lo que en este trabajo se consideran como las tres perspectivas teóricas sobre prostitución más relevantes: el abolicionismo, la postura regulacionista y la de trabajo sexual. Considera que la última coincide con los objetivos de esta investigación puesto que plantea que se trata de una opción laboral por la que muchas mujeres optan para enfrentar y evitar la pobreza. Además, permite reconocer la agencia de la que disponen las madres trabajadoras sexuales para hallar medios alternativos de subsistencia que les permitan hacer frente a las necesidades propias y de sus familias. En la última parte se presentan los trabajos de Nora Segura (1995) y Loraine Nencel (2000) para rescatar sus análisis en torno al trabajo sexual y la maternidad. Ambas investigadoras reconocen que los imaginarios de la madre y la trabajadora sexual forman parte de un sistema de contrarios socialmente construido.

1. De la concepción esencialista hacia las maternidades diversas

1.1. La maternidad como construcción social

El enfoque esencialista de la maternidad plantea que ser madre es el destino natural de las mujeres basándose en el hecho de que su cuerpo presenta una aparente predisposición biológica para desarrollar el instinto materno. Señala que la maternidad es una cualidad intrínseca de la mujer que se exalta, idealiza y colma de numerosos y sublimes significados que la transforman en vía predilecta para consolidar su feminidad. Sin embargo, la maternidad no es más que una conducta humana socialmente construida y mediatizada por la cultura (De Beauvoir 1969; Chodorow 1984; Badinter 2010; Fuller 1995 y Montecino 1995).

Las atribuciones virtuosas conferidas al rol materno tienen un sustrato en el discurso religioso que promueve la idea de que toda madre es ejemplarmente abnegada y admirable, capaz de alcanzar un carácter sagrado (De Beauvoir 1969). Desde fines del siglo XIX y a comienzos del XX, la maternidad también se asocia con el sufrimiento y el sacrificio, convirtiendo a la mujer en un ser admirable que se complace y gratifica en el ejercicio de su rol (Badinter 2010). Estos discursos alimentan la idea de que el destino fisiológico de la mujer está determinado por una especie de vocación «natural» para perpetuar la especie misma que la vuelve benefactora de atenciones, privilegios y mimos (De Beauvoir 1969).

Se rodea a la madre de tantas muestras de respeto, se la dota de todas las virtudes, se crea respecto a ella una religión a la cual está prohibido hurtarse, so pena de sacrilegio y de blasfemia; se la convierte en guardiana de la moral; sirviente del hombre, sirviente de los poderes, guiará dulcemente a sus hijos por los caminos trazados (De Beauvoir 1969, 176).

Sin embargo, la maternidad no existe como instinto innato de la mujer. La mal llamada “vocación” no es más que el resultado de un aprendizaje que comienza en la infancia y se refuerza a lo largo de la vida de la mujer a través de numerosos mecanismos psíquicos (De Beauvoir 1969).

Se le repite a la mujer que está hecha para engendrar y se le canta el esplendor de la maternidad; los inconvenientes de su condición -reglas, enfermedades, etc.-, el tedio de las faenas domésticas, todo es justificado por ese maravilloso privilegio que ostenta traer hijos al mundo (De Beauvoir 1969, 473).

La maternidad es producto de un aprendizaje social, es por eso que fenómenos como el embarazo, el parto, el nacimiento y la maternidad se significan y viven de manera diferente en cada mujer, pudiendo asumir frente a ellos diversidad de actitudes y sentimientos. La felicidad, indiferencia, rencor, asombro, deslumbro, rebeldía, resignación, entusiasmo, satisfacción o rechazo que la madre asume dependen de las fantasías, demandas, ideales, aspiraciones, auto percepciones, ocupaciones y relaciones que ésta establece, a lo largo de su vida, con otras personas, entre ellas su esposo, su propia madre y otras mujeres. La extrema variabilidad de sus reacciones también depende del conjunto de su situación y el modo en que la asume. Entonces, aquellas experiencias emocionales interpretadas como hostiles o de odio hacia los hijo/as, que se manifiestan en prácticas de extrema negligencia o malos tratos, son una variante más de este cúmulo de respuestas. La madre “desnaturalizada” no existe, mucho menos en contextos desfavorables que incluyen la pobreza, falta de apoyo familiar, ausencia del padre o estigma social. “La idea de que la maternidad basta, en todo caso, para colmar a una mujer: no hay nada de eso. Hay multitud de madres que son desdichadas y están agriadas e insatisfechas” (De Beauvoir 1969, 507).

La mala madre confirma que la identidad de la buena madre no está profundamente escrita en la naturaleza femenina, sino que es esencialmente contingente: puede existir o no; puede darse y desaparecer; puede reservarse para un solo hijo o darse a todos “todo depende de la madre, de su historia y de la Historia” (Badinter 1981, 309). “El amor maternal, como sentimiento humano, es incierto, frágil e imperfecto” (Badinter 2010, 151). Sin embargo, las mujeres que no cumplen con el ideal materno de la buena madre quien, en términos simples, sería aquella que pone las necesidades de sus hijos, antes que nada, experimentan sentimientos de culpa y remordimiento. Asimismo, aquellas mujeres que no desean tener hijos son catalogadas como egoístas o minusválidas que no han cumplido con su deber de feminidad. “El espectro de mala madre se le impone con más crueldad cuanto más haya interiorizado el ideal de la buena madre” (Badinter 2010, 159).

Exaltar la maternidad como cualidad propia de la mujer y fomentar la idea de su capacidad maternal en base al fuerte significado social y psicológico que se asigna a sus experiencias fisiológicas asociadas al embarazo, la menstruación, el parto y la lactancia, tiene una funcionalidad social que sirve a la reproducción del actual modo de producción capitalista. Los estudios de género explican cómo la división sexual del trabajo, que asigna las tareas de

socialización, alimentación y cuidado de los hijos a las mujeres, permite la reproducción gratuita de la fuerza de trabajo, base del sistema económico capitalista. Se aprende a ser una madre apta para el cuidado a través del aprendizaje cognitivo del rol materno y de los mecanismos psíquicos, inducidos social y culturalmente, que generan la identificación con modelos inmediatos, por ejemplo, la madre en el trabajo doméstico cotidiano. De ese modo se perpetúa y reproduce cíclicamente la existencia de mujeres aptas para el ejercicio maternal (Chodorow 1984).

A las niñas se les enseña a ser madres, se las entrena para el cuidado infantil y se les dice que tienen que ser madres. Se las envuelve en ropas y sábanas color de rosa, se les da muñecas (...) Desde la más tierna infancia se las llena y bombardea con libros, revistas, publicidad, cursos escolares y programas de televisión que destacan estereotipos sexuales pro-natalidad y maternalistas (Chodorow 1984, 52).

Por lo tanto, “el ejercicio maternal femenino es resultado de una adecuación de conducta y de una intención individual” (Chodorow 1984, 53) que más allá de ser un hecho universal e invariable en todas las culturas es un producto histórico desarrollado e incorporado progresivamente en la estructura psíquica femenina. Es por ello que el amor materno es un amor contingente que no depende de la condición biológica sino más bien de las particularidades psicológicas, sociales y materiales de la madre. Las mujeres en cierta medida y en algún nivel consciente o inconsciente, internalizan y refuerzan psicológicamente la percepción de sí mismas como aptas para el ejercicio maternal el cual termina convirtiéndose en una cualidad reconfortante. Como resultado, la maternidad lejos de ser una cualidad instintiva, inevitable, inmutable es una experiencia que se construye desde la sociedad y no es la misma para todas las mujeres. “El hecho de que las mujeres ejerzan un rol maternal exclusivo y extenso es producto de una traslación cultural y social de su capacidad de crianza y lactancia. Pero no está garantizado ni provocado por esas capacidades” (Chodorow 1984, 51).

Por su parte, los feminismos negros reclaman que las reflexiones sobre maternidad presentadas hasta aquí se construyen sobre las vivencias y problemáticas de las mujeres blancas y por lo tanto no son equiparables a las que sufren el colectivo de mujeres negras quienes además de las desigualdades derivadas del género también enfrentan aquellas relacionadas con la clase y la raza. Entonces, sus experiencias, condiciones de vida,

problemas y formas de resolverlos son otras (Hooks 1989). “Las mujeres negras están sujetas simultáneamente a las opresiones del patriarcado, la clase y la «raza»” (Carby 2012, 211).

Los problemas y dilemas específicos de la clase de las ociosas amas de casa blancas eran problemas reales que merecían atención y transformación, pero no eran los problemas políticos acuciantes de una gran cantidad de mujeres. Muchas de ellas vivían preocupadas por la supervivencia económica, la discriminación racial y étnica, etcétera (...) Las mujeres negras están en una posición inusual en esta sociedad, pues no sólo estamos como colectivo en el fondo de la pirámide ocupacional, sino que nuestro estatus social es más bajo que el de cualquier otro grupo. Al ocupar esa posición, aguantamos lo más duro de la opresión sexista, racista y clasista (Hooks 2004, 49).

A partir de esta idea principal tres conceptos centrales de la teoría feminista se vuelven problemáticos y contradictorios en su aplicación a las vidas de las mujeres negras: la ‘familia’, el ‘patriarcado’ y la ‘reproducción’ ya que al referirse a ellos, los feminismos blancos, tienden a situarlos en el contexto de la *herstory*² de las mujeres blancas (normalmente de clase media). El feminismo blanco euroamericano es denunciado de exceso de blanquitud porque asume que las experiencias de las mujeres blancas representan la medida por la cual se evalúan todas las prácticas de las mujeres. Sin embargo, sus experiencias no son representativas de todo el colectivo femenino mucho menos de las vidas de las mujeres negras a quienes se tiende a etiquetar como desviadas por no encajar en esos patrones construidos desde los ideales blancos (Carby 2012).

Carol Stack (1974) en su estudio etnográfico sobre la pobreza y la desigualdad social al interior de un gueto de una comunidad negra en Estados Unidos, analizó conceptos como la familia, la reproducción y la crianza. La autora desarrolla el concepto de “redes de vincularidad doméstica” para explicar las alternativas de crianza compartida que las mujeres negras usan para criar a sus hijos, las cuales les permiten sacar el mayor partido a sus relaciones de la red doméstica. Estas redes muestran la gran flexibilidad adaptativa y fuerza que ostentan las familias negras para enfrentar la realidad opresiva del sistema político y económico. “Las mujeres se presentan como estrategas, como agentes activos que usan recursos para alcanzar metas y que hacen frente a los problemas de la vida diaria” (Stack

² El movimiento feminista creó en los años sesenta el término *herstory*: her- (su de ella) y -story (historia), historia de la mujer, como forma de reclamar una narrativa propia y exigir que la historia de las mujeres fuera incluida en la Historia oficial.

1974, 189). Se trata de un tipo de maternidad social que es ostentado por la madre y las múltiples figuras que comparten esta función. Es decir que las personas pueden pertenecer simultáneamente a más de un hogar, dependiendo de donde duermen, comen y crecen. A partir de estos hallazgos la autora cuestiona las perspectivas hegemónicas, eurocéntricas y masculinas sobre la familia, como la familia nuclear o matrifocal, para mostrar que las conductas que la sociedad dominante condena como patológicas, desde las teorías normalizadas de crianza, son estrategias que las mujeres negras usan para mantener la cohesión familiar (Stack 1974; Jabardo 2012).

Cuando los recursos económicos son muy limitados, la gente necesita la ayuda del mayor número de personas posible. Esto requiere expandir las redes familiares y así aumentar el número de personas con las que contar (...) La red cooperativa basada en el parentesco representa una adaptación colectiva a la pobreza (Stack 1974, 206).

Finalmente, es preciso situar el análisis de maternidad en el contexto latinoamericano. Fuller (1995) reconoce que dentro del modelo tradicional latinoamericano el sujeto femenino está asociado al ámbito doméstico y la maternidad, pero agrega que la mujer también debe responder por el honor familiar, el cual tiende a colocarse en su pureza sexual. Dicho acento en la pureza sexual de la mujer tiene su fundamento en el marianismo, el cual es un culto a la superioridad espiritual de la inmaculada Virgen María. La madre es elevada a la par de la virgen para exigir que sus creencias y prácticas reflejen esa fortaleza espiritual que las hace moralmente superiores a los hombres y las convierte en depositarias de sublimes virtudes (Fuller 1995).

Montecino (1995) retoma la sobrevaloración del símbolo de la madre y explica su centralidad en la cultura mestiza, tal como lo señala Badinter, explica que la identidad materna está ligada a las nociones de sacrificio, dolor y sufrimiento. La mujer es inducida hacia la maternidad en la medida que la misma define lo que es femenino y lo que no lo es, la verdadera mujer es madre. Esta experiencia ontológica que se constituye sobre el cuerpo procreador femenino se transmite de generación en generación y se articula a través de vivencias colectivas compartidas. La autora cuestiona el papel de la cultura que encierra al sujeto mujer en una unidad que fácilmente la convierte en chivo expiatorio cuando rompe con esa premisa social y cultural. Además, la somete al constante juego de ser transgresora, víctima sacrificial o imagen sagrada. Finalmente, se acerca al concepto de maternidades diversas cuando menciona

que “para las mujeres que viven en la extrema pobreza la maternidad es un espacio de opresión y explotación, de dolor e impotencia de ver morir a sus hijos desnutridos, de culpa y rabia por esa realidad” (Montecino 1995, 272). Por lo tanto, el discurso idealizador de la maternidad entra en contradicción con la realidad social de numerosas mujeres que asumen la maternidad en condiciones materiales muy difíciles (Viveros 1995).

1.2 Maternidades diversas y adversas

Las reflexiones sobre la maternidad como una función socialmente construida que se significa, vive y practica de manera diferente en cada mujer, abren paso al estudio de las maternidades no normativas o transgresoras, reconocidas como una ruptura frente al imaginario social de la buena madre. En este estudio, tales maternidades se reconocen como maternidades diversas y adversas y se analizan a partir de las ideas desarrolladas por Nancy Scheper Hugues (1995) quien realiza un estudio acerca del amor materno y la muerte infantil en el Alto do Cruzeiro, una favela ubicada en una zona empobrecida de Brasil que alberga una población históricamente marginada y azotada por la desigualdad.

Del mismo modo que las autoras antes mencionadas, señala que el amor materno no es un tipo de amor único, innato, natural y universal de las mujeres sino más bien lo define como una matriz de imágenes, significados, prácticas y sentimientos que se construye social y culturalmente, variando según las épocas. No existe un modelo único y hegemónico de maternidad. Es por ello que en oposición al concepto tradicional de “amor materno” desarrolla un concepto alternativo que denomina “amor alterno”, el cual es un tipo de amor maternal condicionado por las características adversas y limitadas del contexto de la mujer. Las escasas condiciones materiales, así como los estreñimientos económicos y culturales hacen que las madres asuman otras formas de relación con sus hijos, en las que su “amor materno crece despacio, tentativa y temerosamente” (Scheper–Huges 1995, 343). Es decir, que el espíritu altruista de la maternidad desaparece o muestra otras manifestaciones.

La autora está de acuerdo en que aquello que se describe como “negligencia materna” puede ser una de las causas de la mortalidad infantil, pero señala que ésta no debe ser juzgada sin antes considerar las limitaciones del contexto inmediato de la mujer, ya que atender adecuadamente a los niños en condiciones de pobreza, escasas, enfermedad y muerte implica un esfuerzo sobrehumano. En el Alto do Cruzeiro, tanto la muerte infantil como la elevada

expectativa de mortalidad infantil son un poderoso determinante del pensamiento y prácticas maternas. Es por ello que las mujeres de este lugar perciben a sus hijos como criaturas un tanto extrañas, transitorias y con cuya supervivencia no se puede contar. El nacimiento de un niño difícilmente se considera un momento de celebraciones puesto que en su acogida inciden la privación, la pérdida y el abandono.

El amor materno sigue un tortuoso camino que a menudo comienza con un inicio incierto y plagado de problemas, peligros, separaciones y muertes (...) se trata de un pesimismo, incertidumbre y desespero maternal enraizado en la experiencia desdichada de muertes infantiles repetidas (Scheper – Huges 1995, 343).

Entonces, el amor materno que se manifiesta principalmente en la capacidad de amar, criar, confiar y mantener la fe, se condiciona por el ambiente hostil que puede poner en riesgo la supervivencia y el bienestar tanto de madres como de hijos. En consecuencia, la aparente pasividad e indiferencia de las madres del Alto do Cruzeiro frente a la muerte prematura de sus hijos no significan falta o deficiencia de amor sino la manifestación de un amor desesperado que mantiene un curso diferente. Las madres se ven obligadas a asumir cierta humildad ante un mundo que escapa a su control. “Dejar’ para estas madres también implica una posición metafísica de calma y razonable resignación ante los acontecimientos que no pueden ser fácilmente cambiados o superados” (Scheper – Huges 1995, 348).

Los efectos de la violencia estructural (pobreza, marginalidad, desigualdad y explotación del trabajo femenino asalariado) en la supervivencia infantil y la manifestación del amor materno suelen ser obviados en los análisis de mortalidad infantil. Esto sucede porque la violencia estructural está embebida en la estructura social y a veces resulta difícil de reconocer. Sus efectos no son producto de una violencia manifiesta o directa y por lo mismo no son observables claramente, es más sólo pueden explicarse y comprenderse a partir de abstracciones. A pesar de que no existe un agresor o actor identificable (que en términos globales sería la sociedad) que provoca la violencia, el daño que infligen tales estructuras es potencialmente evitable porque no es más que el resultado de una distribución inequitativa en el reparto, acceso o posibilidad de uso del poder y de los recursos. Dicho de otra manera, para que un grupo social pueda ostentarlos necesariamente otro se verá privado de ellos. Por lo tanto, la violencia estructural es equivalente a injusticia social, desigualdad, inequidad, pobreza o exclusión social (Parra y Tortosa 2003).

Se produce a escala de sistema-mundo, hasta (...) el interior de las familias o en las interacciones interindividuales y no necesita de ninguna forma de violencia directa para que tenga efectos negativos sobre las oportunidades de supervivencia, bienestar, identidad y/o libertad de las personas (Galtung 1996 en Parra y Tortosa 2003).

En consecuencia, los mecanismos por los que se produce la violencia estructural pueden ser muy ricos, complejos y difíciles de conocer; aún más cuando intervienen las diferencias étnicas, de clase (Parra y Tortosa 2003) y de género. Es por ello que en el trabajo de Scheper Huges la muerte infantil no depende tanto del amor o desamor materno sino de las circunstancias desfavorables del contexto, las cuales constituyen una verdadera amenaza para la sobrevivencia de los menores. La maternidad, más allá de la concepción poética con la que se tiende a mirarla, está constreñida por las características desfavorables del medio. Por lo tanto, las prácticas, sentidos, significados y representaciones de maternidad se condicionan por las circunstancias históricas, sociales, económicas, culturales, políticas y demográficas en las que se inserta la madre (Scheper Huges 1995).

La propuesta de una maternidad diversa y adversa que se teje en un contexto de rechazo social y cultural, se alinea con los objetivos de esta investigación debido a que la población de madres trabajadoras sexuales de este estudio experimenta condiciones de vulnerabilidad a lo largo de sus vidas, producto de la violencia estructural y de género en que viven. Además, sus características de bajo nivel de instrucción, movilidad humana, precarización laboral, jefatura de hogar y el peso del estigma que acarrea su ocupación son elementos de su realidad personal y colectiva que, como dice Scheper Huges, tienen la capacidad de influir en sus sentidos y prácticas de maternidad. Sin embargo, igual que las madres del Alto do Cruzeiro trabajan para mejorar su situación y la de sus hijos/as a pesar de las condiciones perniciosas en que se desenvuelven. Este ejercicio de poder, voluntad, agencia y subjetividad para sobrevivir y hacer sobrevivir a sus familias trastoca la mirada victimizante desde la cual se tiende a mirarlas que las ubica como sujetas pasivas y presas de su destino.

2. La maternidad en el contexto del trabajo sexual

2.1 Debates sobre trabajo sexual

En el campo de los estudios de género existen intensos debates sobre los significados de la prostitución y sus implicaciones para las mujeres que la ejercen. En este trabajo se considera importante mencionar tres de las posturas más sobresalientes que resultan de tal discusión.

Asumir cualquiera de ellas tiene implicaciones significativas en la forma de comprender la maternidad de las trabajadoras sexuales puesto que permite orientar el sentido de sus prácticas y discursos. La primera postura corresponde al modelo abolicionista, el cual identifica al trabajo sexual como una forma de dominación, opresión y explotación sobre el cuerpo femenino, respaldada por el patriarcado. Considera a la prostitución como una forma de esclavitud y expresión de extrema violencia contra la mujer, es por ello que reclama su abolición y erradicación, así como la penalización de todas las personas que se benefician de ella con excepción de la prostituta a quien considera como una víctima pasiva de un sistema de explotación. Supone que la prostituta necesita ser rescatada y liberada a través del abandono de su ocupación. Es decir que no considera la posibilidad de que exista una prostitución voluntaria o libre, sino que en todos los casos se trata de una decisión forzada en que se violan los derechos humanos de las mujeres (Outshoorn 2005, Rubio 2008).

La segunda postura ampliamente descrita por Rubio (2008) es la regulacionista o reglamentista la cual considera aceptar la prostitución siempre y cuando se logre su regulación a través acciones coordinadas entre las trabajadoras sexuales y los entes de control. Por lo tanto, comprende el apoyo de intervenciones sanitarias, espaciales y administrativas que deben ser asumidas principalmente por el Estado, al cual supone como la entidad predilecta para regular esta actividad y detener las prácticas de prostitución clandestina. Busca superar la informalidad y combatir los riesgos y desigualdades asociados al trabajo sexual a partir de su normalización. Promueve la defensa de los derechos de las prostitutas como por ejemplo el derecho a ejercer con libertad su sexualidad. Está en contra del tráfico y de la prostitución forzada (Rubio 2008). Esta postura parece reconocer, en mayor medida, los derechos de las trabajadoras sexuales, sin embargo, olvida que la regularización del trabajo sexual no necesariamente implica mayores ventajas para las mujeres que lo ejercen. Ya que algunas de las medidas de vigilancia como el control sanitario contribuyen a reforzar el estigma y exponen a las trabajadoras sexuales a la vulneración y explotación.

Se considera que ninguna de estas dos posturas es suficiente para el análisis propuesto en esta investigación ya que ambas desconocen la multidimensionalidad del fenómeno del trabajo sexual. Además, no se interesan por analizar los factores que motivan a muchas mujeres a ejercer el trabajo sexual y mantenerse en él, como por ejemplo el deseo de responder a sus necesidades y las de sus hijos/as. Igualmente, no reconocen ninguna posibilidad de agencia en

las mujeres que ejercen el trabajo sexual y por último no contribuyen con un análisis profundo sobre los modos de garantizar los derechos de las trabajadoras sexuales o implementar políticas y programas que logren beneficiar enteramente a ellas y sus familias (Kempadoo y Doezma 1998).

Es por ello que la postura que se alinea con los objetivos propuestos es la del trabajo sexual, la cual reconoce que esta es una actividad o estrategia de sobrevivencia por la cual las mujeres optan para enfrentar y evitar la pobreza dentro de un marco limitado de oportunidades. La perspectiva del trabajo sexual no deja de lado la existencia de situaciones de explotación como la prostitución forzada, el tráfico o la precariedad laboral a la que las mujeres están expuestas, sino que señala que éstas no representan a la totalidad de los casos. Trabajo sexual es un concepto que sugiere que más allá de ser una identidad o una característica social o psicológica de la mujer es una actividad generativa de ingresos. Es decir que reconoce que la trabajadora sexual tiene sus propias motivaciones para ingresar en esta forma alternativa de sustento económico que muchas veces se convierte en una estrategia de sobrevivencia que le permite garantizarse mejores condiciones de vida a sí misma y a sus hijos/as.

Se trata de un trabajo y por lo mismo, como derecho humano básico, no puede ser negado, sino que debe desarrollarse en condiciones dignas, a pesar de que los datos muestran que esto no sucede y que aún falta mucho por hacer. Se interesa por defender los derechos de las trabajadoras sexuales, pero a diferencia de la postura regulacionista parte de sus propias visiones, posiciones, demandas y necesidades (Outshoorn 2005). La labor sexual es similar a otras formas de trabajo, que involucran una parte o todo el cuerpo, y requieren determinadas habilidades. Señala que por lo general el trabajo sexual no se ejerce para satisfacer los intereses personales sino para procurar el bienestar o supervivencia familiar. Las trabajadoras sexuales, como actores sociales, son personas capaces de considerar opciones y tomar decisiones para transformar las condiciones de su vida cotidiana (Kempadoo y Doezma 1998). Finalmente, reconoce su intento de ser eficaces a favor de sí mismas o de otros. Da lugar a su voz, autonomía y agencia, eliminando la falsa impresión de que siempre es una víctima pasiva del sistema.

2.2 Maternidad y trabajo sexual

Los trabajos de Nora Segura (1995) y Loraine Nencel (2000) reflexionan sobre algunos aspectos relacionados al trabajo sexual y la maternidad. Segura (1995) analiza el lugar que ocupa la trabajadora sexual en la sociedad; las representaciones sobre su cuerpo y su actividad; los riesgos, violencias e inseguridades a los que está expuesta y por último su maternidad. Al respecto de la maternidad la autora explica que desde el sentido común se tiende a dividir a la población femenina, desde una operación dicotómica, entre mujeres buenas y malas, nociones que estarían representadas por dos identidades bien reconocidas: la madre y la prostituta.

La tensión entre imperativos ideológicos y materiales, pues, tiende a resolverse históricamente por vía de la idealización y desexualización de la mujer madre, la dicotomización de la identidad femenina en dos polos irreconciliables, la fragmentación de la vida sexual entre reproducción y placer (Segura 1995, 198).

Por un lado, explica que el uso cotidiano del término prostituta asume connotaciones arbitrarias de descalificación moral, estigma social, metáfora o insulto. Alude a ideas relacionadas con promiscuidad o liberalidad sexual y por lo tanto lleva implícita la trasgresión de los supuestos culturales sobre la sexualidad femenina, mismos que han sido heredados a partir de una visión cristiana, patriarcal y elitista. Entonces, la mujer que se prostituye transgrede los estándares de respetabilidad social y pasa a ocupar un lugar de marginación relativa que la hace acreedora de un estigma y degradación públicos. “El estigma es discurso, un lenguaje de relaciones humanas que pone en relación él y con el otro, el normal con el anormal, el sano con el enfermo, el fuerte con el débil” (Scheper – Huges 1995, 358). Por otro lado, la madre representa un símbolo que ha sido idealizado por diferentes sectores como el social, político, económico y religioso. Desde este último la maternidad se sacraliza y convierte en una parte sustantiva de la identidad femenina (Segura 1995).

En consecuencia, la madre y la prostituta son reconocidas como dos identidades visiblemente opuestas y contradictorias. “La búsqueda de transcendencia a través de la maternidad, forma privilegiada de la identidad femenina y nicho para la construcción de la respetabilidad y reconocimiento social, reviste posibilidades muy limitadas y conflictivas en el marco de la prostitución” (Segura 1995, 206). Esa es la razón por la que muchas trabajadoras sexuales que son madres tienen que hacer una fractura en su vida de trabajo y su vida privada. Este

mecanismo de distanciamiento entre el espacio afectivo familiar y el espacio del oficio les permite protegerse a sí mismas, a sus familiares de origen y especialmente a sus hijos del estigma. Varias de ellas optan por la clandestinidad y hacen un gran esfuerzo para ocultar su actividad buscando formas de justificar los horarios nocturnos o enmascarar sus fuentes de ingresos. Algunas veces incluso compensan con regalos y dinero la amenaza de la integridad de su núcleo afectivo más importante (Segura 1995).

Es frecuente que los niños tengan que afrontar insultos, burlas y acusaciones en la escuela por causa del oficio de la madre; que otros adultos, padres o maestros pongan en evidencia a la madre o auspicien la segregación de los hijos (...) deserción escolar, tan frecuente entre los “hijos de la prostitución” (Dimenstein, 1992 en Segura 1995, 206).

Cuando sus hijos alcanzan la pubertad se incrementa la ansiedad de la madre con relación a su trabajo. En muchas ocasiones el descubrimiento por parte de sus hijos, de su actividad desencadena crisis muy graves en sus relaciones, aunque también hay casos en que se disuelve el conflicto por el afecto y el reconocimiento del amor que está en medio de ese “sacrificio” materno (Segura 1995). La madre trabajadora sexual vive en medio de una constante autoculpabilización y temor que no desaparecen sino al contrario día a día parece ratificar objetivamente la inadecuación o el incumplimiento de su rol de feminidad y el prototipo de la madre ideal.

Por su parte Loraine Nencel también menciona que las actividades de la prostituta son el reflejo invertido de lo que se espera de una dama, porque parece emplear sin pudor su sexualidad. Es por ello que fácilmente se la reconoce como una persona desviada, anormal o asocial. A diferencia de Nora Segura menciona que:

La prostitución permite a las mujeres poner en acto y encarnar la posición sujeto de la madre, que no solo se trata de poder satisfacer las necesidades de sus hijos, sino que también les permite dar voz a la maternidad en sus auto representaciones de sus identidades de género – en las maneras que ellas mismas se definen como mujeres (Nencel 2000, 364).

Para la autora, el ejercicio materno de las trabajadoras sexuales adquiere un gran valor y es la más gratificante de sus actividades porque tiene un significado inapreciable en la puesta en acto de sus identidades como mujeres. “En la construcción subjetiva de su auto

representación, las mujeres que se prostituyen reviven y recrean diariamente la división dicotómica entre la madre y la puta. Ellas niegan los significados discursivos de género y recurrentemente los afirman y legitiman” (Nencel 2000, 362). Finalmente, Nencel subraya que la mayoría de estas mujeres son madres y según la versión escrita su representación de la maternidad esta confinada a ganar dinero para mantener a sus hijos. Sin embargo, para la autora hace falta un estudio que logre contar qué significa la maternidad y cómo se negocia en estas circunstancias (Nencel 2000).

Conclusión

La maternidad, por un lado, es una identidad que suele ser colmada de numerosos significados y exaltaciones que pueden intensificarse dependiendo del contexto. En Latinoamérica se asocia con ideas de sacrificio y santidad. Por otro lado, a la identidad de la trabajadora sexual se le atribuyen connotaciones negativas asociadas con la impureza, la anormalidad o la desviación, de allí surge la dificultad para conjugarlas en la misma persona. A pesar de que la maternidad se ha impuesto como una cualidad universal e innata de la mujer, a través de múltiples mecanismos que operan desde la infancia y con diferentes propósitos, como por ejemplo la reproducción de la fuerza de trabajo para el modelo de producción capitalista, no es más que una construcción social que esta mediada por el aprendizaje social y cultural. Es por esa razón que presenta multiplicidad de manifestaciones y vivencias que no son equiparables en todas las mujeres.

Dentro de esa diversidad de formas que puede asumir se encuentran aquellos modelos que no corresponden con los normalizados o hegemónicos y que por lo tanto pueden considerarse como desviados y poco adecuados, dando lugar a la imagen de la “mala madre”. Sin embargo, como señalan las feministas negras las experiencias de las mujeres no pueden equipararse y mucho menos reducirse a las desigualdades que enfrentan por su condición de género, porque en las formas de dominación entran en juego otros factores como la clase y la raza, elementos determinantes a la hora de desplegar las estrategias de crianza materna. En ese sentido, Scheper Huges presenta lo que se denominan como maternidades diversas en las que el amor materno, precisamente por no cumplir con los estándares normativos, se convierte en un amor alterno que, a causa de la violencia estructural asume un curso diferente.

Es así que la pobreza, la desigualdad, la explotación, la precariedad laboral el hambre y la enfermedad adquieren un poder significativo en las prácticas maternas, ya que criar a los hijos en tales condiciones resulta doblemente arduo. Estas reflexiones resultan esclarecedoras para el análisis de la maternidad de las trabajadoras sexuales porque sus historias engloban experiencias asociadas a la violencia estructural. Ellas encuentran en el trabajo sexual un medio para sobrevivir y hacer sobrevivir a sus hijos a pesar del escenario desigual y desfavorable en el que se desenvuelven y el estigma que acarrea su ocupación. La maternidad para la trabajadora sexual se convierte en un espacio de reafirmación de sus ideales y significaciones en torno a la imagen de la buena madre y además resalta sus capacidades de agencia para cambiar sus opciones de vida. Este marco analítico es la base desde donde se sustenta el análisis de los sentidos y prácticas de maternidad de las trabajadoras sexuales, desde donde se podrá conocer qué es lo que hacen, cuándo lo hacen y cómo lo hacen.

Capítulo 2

Trabajo sexual y maternidad en el contexto ecuatoriano

Introducción

Este capítulo presenta el escenario del trabajo sexual en Ecuador, Quito y el CHQ. Su objetivo principal es ofrecer una mirada global y localizada del trabajo sexual con el fin de reconocer el contexto de la investigación, resaltar las condiciones de violencia estructural en que se desarrolla el trabajo sexual y sobre todo rescatar la agencia de las trabajadoras sexuales quienes, a partir de sus capacidades organizativas, han logrado cohesionar su gremio, generar movilidad social y lograr el reclamo y adquisición de sus derechos. Tales logros tienen relación con las formas de institucionalización que han asumido y la relación que establecen con el Estado y otros organismos. El capítulo incluye la explicación de la dinámica y formas bajo las que opera el trabajo sexual. Se muestra la participación del Estado y de los organismos institucionales en la regulación y control de esta actividad, entre los cuales prima un enfoque médico sanitario que durante el último tiempo ha evolucionado hacia una mirada más integral.

Asimismo, se examinan las condiciones desfavorables y precarias del trabajo sexual, mismas que representan inestabilidad y riesgo para las mujeres insertas en esta industria. Se reconoce que tales condiciones forman parte de un continuo de la violencia estructural antes mencionada que se agudiza con los efectos que produce el estigma que acompaña su actividad y que tiene una trayectoria histórica. Se finaliza con una caracterización general de las madres trabajadoras sexuales que forman parte de este estudio. El capítulo se divide en tres apartados. El primero muestra una mirada histórica del trabajo sexual en el Ecuador. El segundo examina las características contemporáneas del trabajo sexual en el país y finalmente en el tercero se describe el contexto del trabajo sexual en Quito y de manera más específica en su centro histórico.

1. Trabajo sexual en el Ecuador: mirada histórica

El trabajo sexual entendido como el intercambio de sexo o servicios sexuales por dinero u otros beneficios materiales tiene una presencia importante en el Ecuador. De acuerdo al diario el Telégrafo es una actividad económica a la que se dedica un amplio sector de mujeres del país, de las cuales un grupo representativo son madres y a su vez, muchas de ellas, jefas de hogar o madres solteras “alrededor de 55 mil mujeres desarrollan esta labor en Ecuador: el 79% tiene entre 21 y 40 años y el 81% es madre y jefa de hogar a la vez” *Diario El Telégrafo*, 8 de febrero de 2015, <https://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/sociedad/4/el-81-de-las-55-mil-trabajadoras-sexuales-en-ecuador-son-madres>. Para conocer el proceso histórico del trabajo sexual en el contexto ecuatoriano es preciso retomar los trabajos de Kim Clark (2001) y Sophia Checa (2016).

Por un lado, Kim Clark (2001) analiza la prostitución en el Ecuador en el contexto del siglo XIX. Comienza por explicar que en aquella época los únicos trabajos disponibles para la mujer tenían que ver con los quehaceres domésticos o las fábricas, en las cuales ganaban mucho menos que los hombres. Otras mujeres recurrían a la venta en los mercados o a la preparación de comida y bebidas. Sin embargo, la inflación que se produjo durante la época generó un notable aumento del costo de vida al que se sumó la inestabilidad laboral, ambos factores dieron como resultado una supervivencia familiar inverosímil. Es por eso que entre 1920 y 1940 la prostitución creció de forma considerable en Quito. Aunque la posición de la prostituta durante esa época es incierta se tiene conocimiento que, en el último tercio del siglo un pequeño número de prostitutas fueron internadas en instituciones de la orden religiosa de las Hermanas del Buen Pastor con el fin de ser rehabilitadas de lo que se consideraba un mal social (Clark 2001).

La autora también estudia el papel del Estado y la ley en la regulación de la prostitución en el contexto de esos años. Enfatiza en el cuidado, responsabilidad y control que el Estado asumió sobre las prostitutas, a partir de la instauración de políticas públicas de salud que se enfocaban, principalmente, en la intervención médica (higiene y salud) con el fin de controlar la expansión de las enfermedades venéreas. Este enfoque sanitario tuvo más fuerza que el pánico moral que suscitaba la presencia de las mujeres dedicadas a la prostitución. En 1921 fue promulgado en Quito el Reglamento de Profilaxis Venérea como principal forma de control sanitario sobre las prostitutas. Éste exigía el uso de un carné profiláctico en el cual se

registraba el seguimiento médico que recibían y que debía realizarse una vez por semana de forma gratuita (Clark 2001).

Para finales de 1925, había 444 prostitutas registradas. Se requería de cada prostituta que portara un carné en que constara la fecha de su último examen médico, así como su estado de contagio (...) las prostitutas podían solicitar que sus nombres fuesen removidos del registro cuando se casaban o si presentaban certificados de personas honorables que quisieran responsabilizarse por ellas (Clark 2001, 43).

El control de la prostitución tenía un fundamento de origen racial desde el cual se consideraba que las enfermedades venéreas representaban un veneno racial que resultaba peligroso para los ecuatorianos no nacidos, ya que podían dañar el germen plasma que sería transmitido a las futuras generaciones, causando con ello la degeneración racial. Todo ello sustentó un enfoque abolicionista, que exhibía un tono fuertemente moral y católico, combinado con un regulacionismo paternalista. Igualmente hace alusión a las características de los clientes y las prostitutas. Sobre los primeros señala que los hombres que acudían a sus servicios eran principalmente policías y militares y sobre las segundas analiza la división al interior de su grupo por clases “las más inferiores eran pensadas como las más vagabundas, analfabetas, harapientas, que vivían en basureros, mujeres errantes relacionándolas a veces con el robo” (Clark 2001, 44).

Además, señala que en el contexto de los años 1920-1950 “el típico perfil de una prostituta registrada en Quito era el de una mujer joven analfabeta, soltera, mestiza y con poco entrenamiento de trabajo” (Clark 2001, 45). Finalmente, enfatiza en las dificultades económicas como causas del trabajo sexual y explica que muchas veces éste suele ser combinado con otras actividades económicas como el trabajo doméstico, la costura o las ventas. Dentro de estas causas también señala a la maternidad ya que ésta permitía a las mujeres ser buenas madres y responder a las necesidades de sus hijos/as. “La prostitución puede haber permitido a algunas mujeres hacer realidad sus ideas acerca de qué es lo que significaba ser una buena madre” (Clark 2001, 50).

Por el otro lado, Sophia Checa (2016) realiza una investigación sobre las prostitutas durante la primera mitad del siglo XX. Menciona que la mayoría de las mujeres que se dedicaban a esta actividad eran solteras y mestizas seguidas por las blancas, negras e indígenas. Señala que en

1937 el número de prostitutas registradas en la Oficina de Profilaxis Venérea era de 909 de las cuales un elevado número eran niñas de corta edad que habían ingresado al meretricio a causa de la pobreza, la falta de apoyo institucional y la vulnerabilidad propia de su edad. Muchas de ellas también tenían algún tipo de enfermedad venérea. “En 1924 el 18,46% de la muestra tomada correspondía a menores de 18 años; y en 1937 el 44% iba de los 10 a los 18 años” (Checa 2016, 125).

Menciona que el negocio de la prostitución funcionó por la acción de tres agentes cruciales: los clientes, los proxenetas y la meretriz. Sobre los clientes, al igual que Clark, señala que la mayoría eran policías y militares seguidos de jornaleros, choferes, estudiantes, entre otros. En la época el consumo de servicios sexuales era considerado como una alternativa de entretenimiento que implicaba ciertas desventajas como, por ejemplo, la adquisición de enfermedades venéreas. El contagio y propagación de las mismas, al interior de las fuerzas militares y policiales, hizo que en la Oficina de Profilaxis Venérea se abriera un espacio de atención exclusivo para ellos. En cuanto a los proxenetas hace mención al apareamiento de la figura del marido como una identidad que permitía camuflar la del proxeneta ya que del mismo modo que este recibía y administraba las ganancias de la prostituta. Asimismo ofrece una ruptura con las representaciones de una relación de poder exclusiva ejercida por los hombres sobre las mujeres para destacar el lugar que ocupaba la rufiana³ quien administraba o era dueña de los burdeles (Checa 2016).

Señala que a pesar de que existían esos tres agentes involucrados en la dinámica de la prostitución, quien se llevaba la peor parte de la sanción y censura social era la hetaira. Esto se debió al lugar que ocuparon en el reforzamiento de su estigma dos sectores importantes de la sociedad: la religión y la medicina. Para la religión católica la prostituta fue objeto privilegiado de sus discursos desde los cuales se construyó su imaginario como el de una pecadora que contrastaba con el modelo mariano de comportamiento esperado para las mujeres. La prostitución implicaba una grave falta social que las alejaba del ideal de la madre virtuosa, dedicada y sacrificada, asociándolas además a los abortos y la esterilidad. Los médicos por su parte participaron en el afianzamiento de su actividad como pernicioso y

³ La rufiana corresponde a la mujer que labora como proxeneta y que muchas veces se oculta bajo el perfil de la amiga. Su oficio consistía en localizar a una chica joven, de buena presencia y usualmente de pocos recursos, ganarse su confianza con mentiras y triquiñuelas para atarlas luego al burdel, de donde no saldría sino infectada o vieja para el hospital o el sepulcro (Correa en Checa 2016).

peligrosa para la sociedad al señalarlas como portadoras indiscutibles de enfermedades venéreas. Por todo esto las prostitutas fueron uno de los grupos más estigmatizados de la sociedad durante la primera mitad del siglo XX. Esto legitimó la implementación de mecanismos de control instaurados desde las instancias institucionales (Checa 2016). “confluyó en el cuerpo de la hetaira un doble estigma, el de pecadora y el de foco de infección” (Checa 2016, 123).

2. Trabajo sexual en el Ecuador: contexto actual

Actualmente el estatus político del trabajo sexual en el Ecuador se corresponde con el presentado en la mayoría de los países de América Latina en el que prima un enfoque regulacionista, con énfasis en el control y atención médico sanitaria, combinado con un enfoque de trabajo sexual, logrado, en buena medida, por la participación activa de las asociaciones de trabajadoras sexuales en la región. El énfasis señalado en las actividades de control tiene que ver con el estatus legal del trabajo sexual en el país. Al no estar reconocido en la legislación laboral el control se direcciona principalmente hacia a las mujeres cuando también debería dirigirse a los locales de comercio sexual, incluso a aquellos regulados que cuentan con permisos de funcionamiento, puesto que la mayoría de las veces incumplen las normas básicas de higiene y seguridad (Ruiz 2008, 2018). Los negocios relacionados con el sexo suelen operar en medio de vacíos legales que terminan por favorecer la vulnerabilidad de estas mujeres frente a la explotación, a las malas condiciones de trabajo y de seguridad personal, a la vez que fomentan su invisibilización, degradación, persecución y violencia institucional (Rubin 1989; Álvarez y Sandoval 2013). El lugar de la política es importante en la creación de identidades, que siempre es un terreno disputado, sitio de múltiples y conflictivos reclamos (Scott 1992). La falta de respaldo legal también impide el acceso a beneficios de ley como el seguro y al no contar con un organismo o intuiciones que velen por el cumplimiento de sus derechos corren peligro de ser explotadas por los dueños de los locales.

Un operativo de control de salubridad, realizado en el año 2016 por las autoridades del Ministerio del Interior a varios locales donde se ejerce el comercio sexual ilustra lo señalado. Se encontraron habitaciones en pésimas condiciones de construcción y equipamiento, con falta de duchas y lavabos propios; camas con colchones sin forro impermeable ni sábanas, o locales en los que las mismas trabajadoras tenían que portarlas sin manera de poder lavarlas;

locales con sistemas eléctricos rudimentarios; mal manejo de desechos, algunos lugares no contaban con basureros para depositar los preservativos utilizados e incluso se hallaron algunos bajo los colchones. Asimismo, se constataron situaciones de explotación como un alto costo por el arriendo de las habitaciones o la dotación de preservativos y papel higiénico. Casos en los que los documentos de identificación de las trabajadoras sexuales eran retenidos con el fin de que se vean forzadas a laborar en los locales.⁴

Estamos buscando (...) darle de baja a la tarjeta integral porque eso vulnera nuestros derechos. Les conviene más a los dueños de los night club que a nosotras, porque si las trabajadoras sexuales van al night club el dueño le detiene el carnet y él le obliga a trabajar, ella tiene que quedarse ahí y si no tiene ese carnet no puede trabajar, entonces es una vulneración (Monserrate, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, noviembre 2018).

Varias mujeres laboraban entre 12 y 24 horas seguidas teniendo la obligación de hacer consumir al cliente o su vez consumir y expender drogas. Finalmente, muchos locales no contaban con los permisos de funcionamiento respectivos o propiciaban la trata de personas. Es por ello que desde el Ministerio del Interior se promueve una mayor presencia institucional con la instauración de reglamentos que faciliten un mayor control a los establecimientos para garantizar los derechos de las trabajadoras sexuales.⁵

Al inicio era terrible, yo te digo en el 2014 como una tienda ponía atrás un colchón en el suelo, todo lleno de chinches, garrapatas y más; y les cobraban a las trabajadoras sexuales 5,6,7 dólares por el ‘punto’⁶ para que se vayan a ocupar atrás (Sara Gonzales, coordinadora de Secretaria Inclusión Social del Municipio del DMQ, en conversación con la autora, febrero 2019).

Otras características que dificultan el trabajo sexual y lo vuelven inseguro, vulnerable y precario son la deficiente alimentación; la falta de servicios de calidad; la carencia o falta de información acerca de cómo prevenir infecciones de transmisión sexual ETS y VIH/SIDA; la peligrosidad; la exposición a estridentes niveles de ruido, a la violencia, las enfermedades, la

⁴ Javier Ladino, representante de la Dirección de control de orden público del Ministerio del interior, 31 de mayo y 1 de junio de 2017, “Foro Nacional Trabajo Sexual y Derechos”, grabación, <http://hdl.handle.net/10469/12361>.

⁵ Javier Ladino, representante de la Dirección de control de orden público del Ministerio del interior, 31 de mayo y 1 de junio de 2017, “Foro Nacional Trabajo Sexual y Derechos”, grabación, <http://hdl.handle.net/10469/12361>.

⁶ “Punto” corresponde al acto sexual o el tipo de servicio contratado por el cliente.

muerte y el estigma, que en la mayoría de los casos motiva su deseo constante de cambiar de trabajo.

Como se mencionó el control sanitario del trabajo sexual ha sido el más implementado y durante mucho tiempo estuvo vinculado únicamente al control, diagnóstico y tratamiento de ETS y VIH/Sida. Anteriormente los controles se realizaban a través de los inspectores de salud, pero en la actualidad estos ya no existen. En los últimos años se han realizado algunos cambios. En el año 2007 el Ministerio de Salud Pública (MSP) elabora de manera participativa la Guía Nacional de Normas de Atención Integral para las personas que ejercen el trabajo sexual, entendiéndolas como población prioritaria. Según este reglamento de salud las trabajadoras sexuales reciben controles gratuitos y voluntarios en los centros de salud que cuentan con el Servicio de Atención Integral en Salud Sexual (SAISS). El SAISS es un servicio implementado específicamente para las trabajadoras sexuales con el que cuentan determinados centros de salud que necesitan como requisito indispensable contar con laboratorio clínico para los exámenes de rutina (VHI/SIDA, ETS).

El control de salud que reciben incluye atención profiláctica, pruebas de laboratorio y valoración de riesgo. El seguimiento se lo realiza a través de una tarjeta de salud con la cual pueden acudir a cualquier dispensario médico del Ministerio de Salud y ser atendidas con turnos preferenciales por tratarse de una población prioritaria. Se procura brindar una atención integral que incluye planificación familiar, control del embarazo, detección oportuna del cáncer, educación sexual. Igualmente se realiza interconsulta con psicología, trabajo social, odontología y medicina general, cuando es necesario. También se procura que reciban las vacunas necesarias La recomendación es que el control sea realizados mínimo una vez al mes, sin embargo, en algunos casos se realiza cada 15 días o en otros se lo hace en tiempos más prolongados.⁷

Son pocas las que cumplen el mes, de ahí vienen cada tres meses, cada cuatro meses (...) más acuden porque en los lugares que ellas ejercen su profesión les exigen que tengan el control. Pero, si ellas hicieran valer sus derechos ellas ni siquiera deberían indicar al dueño la tarjeta (Isabel, obstetra del centro de salud, en conversación con la autora, febrero 2019).

⁷ Isabel (Obstetrix del centro de salud del Ministerio de Salud Pública) en conversación con la autora. Febrero de 2019).

Además del MSP existen otras instituciones, públicas y privadas, que laboran junto a las trabajadoras sexuales, tales como comunidades religiosas, ONG, gobiernos autónomos descentralizados, organizaciones feministas y de mujeres. Desde el municipio se les oferta servicios de atención primaria en salud como psicología, ginecología, odontología y medicina familiar. Se ofrecen espacios de capacitación para fomentar su autonomía y empoderamiento con el fin de que puedan defender sus derechos “lo que hacíamos era buscar talleres, incentivar a las chicas, generar espacios de micro emprendimiento con ‘CONQUITO’,⁸ la idea era acercar todos los servicios municipales a las trabajadoras sexuales” (Sara Gonzales, coordinadora de Secretaria Inclusión Social del Municipio del DMQ, en conversación con la autora, febrero 2019)

Si bien, existe un importante avance en tema de derecho y acceso a espacios, el trabajo sexual se sigue desarrollando en un contexto de estigmatización, precarización, informalidad y desprotección laboral (Ruiz 2008, Álvarez y Sandoval 2013). El énfasis en la atención sanitaria, la desprotección legal y la falta de reconocimiento como actividad económica deja en situación de desprotección a las trabajadoras sexuales a la vez que refuerza la representación de su actividad como ilícita, peligrosa, inmoral y socialmente reprochable. Todo esto las vuelve blanco fácil de violación de derechos (Ruiz 2018).

La injusticia social, la pobreza o la desigualdad, no son fruto únicamente de dinámicas producidas por las relaciones de tipo económico, sino que también pueden ser explicadas a partir de la opresión política utilizando mecanismos tan dispares como la discriminación institucional, la legislación excluyente de ciertos colectivos o la política fiscal y de gasto público regresiva (Parra y Tortosa 2003).

Dado que el trabajo sexual es un fenómeno que se presenta con frecuencia en contextos de movilidad humana es necesario reflexionar al respecto, con este propósito se retoman los trabajos de Martha Cecilia Ruiz (2008) y Pamela Villacrés (2009). Ruiz (2008) realiza una investigación sobre el trabajo sexual y la migración entre países vecinos (Colombia y Perú). Su análisis incluye un enfoque interseccional que aborda las características económicas,

⁸ La Agencia de Promoción Económica CONQUITO, es una corporación privada, que incide en la gobernabilidad del Distrito Metropolitano de Quito con propuestas de políticas públicas descentralizadas. Tiene como objetivo fundamental la promoción del desarrollo socioeconómico del DMQ <https://www.linkedin.com/company/conquito>.

laborales, sociales, políticas y subjetivas de las migrantes. Señala que las condiciones laborales que caracterizan el trabajo sexual son la precariedad, la informalidad, la desprotección y la estigmatización. Rescata la agencia presente en la práctica del trabajo sexual a partir de las autopercepciones que las mujeres tienen sobre sus experiencias. Señala que la mitad de las participantes de su estudio, mujeres migrantes colombianas y peruanas insertas en la industria sexual ecuatoriana, “son madres -solteras, divorciadas o separadas- [que] con pocas excepciones, han sostenido solas a sus hijos/as” (Ruiz 2008, 204). Estas mujeres encuentran en la industria del sexo una alternativa para escapar de la pobreza y la desigualdad, exacerbadas por las políticas de ajuste estructural y desprotección laboral adoptadas en países latinoamericanos en los últimos años (Ruiz 2008, 219).

Por su parte, Villacrés (2009) analiza la migración transnacional y su relación con la industria del sexo, entendiéndolas como parte de la economía local e internacional. Menciona que la mayoría de sus investigadas, trabajadoras sexuales migrantes, son madres que laboran con el fin de ahorrar dinero para sus hijos. La autora utiliza el concepto de “maternidad transnacional” para referirse a los fuertes vínculos que estas mujeres mantienen con sus hijos/as, quienes suelen residir con sus familiares en sus países de origen. Igualmente destaca el nivel de agencia del que disponen las mujeres inmigrantes colombianas insertas en la industria de sexo en Quito, logrando transformar y diversificar su dinámica. Analiza la influencia del sistema económico capitalista en la dinámica del trabajo sexual y examina la relación entre el Estado y las trabajadoras sexuales, las condiciones de su trabajo y la participación de las construcciones genéricas de la masculinidad que influyen en el sostenimiento de esta actividad (Villacrés 2009).

3. Trabajo sexual en el Centro Histórico de Quito CHQ

El distrito Metropolitano de Quito DMQ es la capital y ciudad más grande de la República del Ecuador. Pertenece a la provincia de Pichincha y cuenta con un promedio de 2 millones de habitantes. Se considera uno de los centros políticos y económicos más importantes del país debido a la diversidad productiva, comercial y de consumo que sostiene. En sus alrededores se desarrolla una economía diversa que se produce a diferentes escalas una de ellas es la industria del trabajo sexual. Las mujeres que se dedican al trabajo sexual en Quito se ubican entre los 20 y 40 años de edad con una edad media que oscila en los 30 años. El estado civil que más prevalece es el soltero, seguido del casado y finalmente el 15% de personas mantiene

unión libre. Laboran a través de diferentes modalidades y espacios entre los cuales se destacan las “casas de citas”,⁹ los night clubs, los bares, las zonas de tolerancia y las calles. Algunas trabajadoras sexuales también laboran en otras ciudades como Loja, Cuenca o Macará, a las cuales viajan esporádicamente buscando una mejor paga. Los lugares de trabajo determinan algunas diferencias, entre las cuales se destaca la cantidad de ingresos que perciben, estos suelen ser significativamente mayores en los night clubs, sobre todo aquellos considerados de elite. Otra diferencia es que en la mayoría de estos espacios el trabajo sexual se combina con otras actividades como ser meseras, acompañantes, bailarinas, entre otras. En ocasiones el hecho de laborar en night clubs les otorga cierto tipo de status (Sara Gonzales, coordinadora de Secretaria Inclusión Social del Municipio del DMQ, en conversación con la autora, febrero 2019).

La diferenciación de trabajo sexual de calle y de night club, es que el tema de calle es mucho más duro, hay realidades mucho más polarizadas con el tema del night club, y si el estado tiene que generar políticas públicas a favor de alguien tiene que ser a favor de esas mujeres de calle que son mucho más vulnerables, más expuestas (Sara Gonzales, coordinadora de Secretaria Inclusión Social del Municipio del DMQ, en conversación con la autora, febrero 2019).

A pesar de que un mínimo porcentaje de informantes labora en casas de cita o night clubs la investigación se concentra en las madres trabajadoras sexual que laboran en las calles y plazas del CHQ. Este se reconoce como uno de los centros históricos mejor conservados de Latinoamérica por su gran valor urbano, arquitectónico y artístico. Esta es la principal razón por la que La UNESCO lo declaró Patrimonio Cultural de la Humanidad en 1978. El CHQ cuenta con un promedio de 40.862 habitantes de los cuales el 50,7% son mujeres. Además, recibe una cantidad importante de migrantes internos que provienen de diversas partes del país. La mayor parte procede de la zona sierra (Chimborazo, Cotopaxi) seguido de la región Costa, especialmente de Manabí. La mayoría de los habitantes de este sector se auto identifican como mestizos (73,4%), seguida de indígenas (13%), blancos (6,3%) y un 2,8% afro ecuatoriano. En los alrededores del CHQ habitan y trabajan diversos grupos poblacionales que le otorgan heterogeneidad social, crecimiento productivo y riqueza intercultural. Esta diversidad poblacional hace que en el escenario político coexistan

⁹ Las casas de citas son lugares en los que se ofertan servicios sexuales.

multiplicidad de organizaciones sociales que se manifiestan y disputan por el espacio público y simbólico a nivel local y de país (INEC 2010; Instituto de la ciudad 2016).

En lo que respecta a la caracterización de los hogares del CHQ existe un promedio de 3 personas por hogar y la jefatura declarada la ostentan mayoritariamente los hombres. El 96,9% de las viviendas tiene acceso a servicios públicos básicos. La edad promedio de las mujeres según el nacimiento de su primer hijo es 21 años, existiendo un 3.8% de madres adolescentes (12 a 19 años). Finalmente, existe un porcentaje significativo (22%) de mujeres con hijos sin cónyuge. Entre los problemas que los habitantes del CHQ reconocen se mencionan la inseguridad y falta de higiene de los espacios públicos, la ocupación de indigentes, la afectación que producen los problemas ambientales (smog, basura y ruido). Un porcentaje considerable de personas señala que los espacios públicos no son seguros a causa de los bares, cantinas, discotecas, licorerías, clubes nocturnos, karaoke, sitios de consumo de drogas o alcohol o lugares donde se desarrolla el trabajo sexual, mismos que preferirían que no existan (INEC 2010; Instituto de la ciudad 2016).

El acceso a la educación pública es el que más prevalece, sin embargo, la tasa de analfabetismo de personas mayores de 15 años es del 2,96%. Este porcentaje se relaciona con la cifra del 2,67% de hogares que no envía a sus hijos menores a clases a pesar de que están en edad escolar. Aunque existe acceso a la educación el promedio de años de escolaridad (años lectivos aprobados de la educación formal) es de apenas 10 años. Es decir que la mayoría de las personas no termina el bachillerato y menos de la mitad (de entre 18 y 30 años) accede a la educación superior. De este último grupo apenas el 12,96% ha alcanzado un título universitario. La mayoría de personas que laboran son empleados privados y en segundo lugar se ubican las personas que dicen ser trabajadores por cuenta propia. Las actividades que sobresalen son el comercio al por mayor y menor seguido de las industrias manufactureras. Más del 50% de las personas empleadas no se encuentran afiliadas a ningún tipo de seguro social y existe mayor desocupación femenina frente a la masculina (Instituto de la ciudad 2016).

Esto determina que muchas personas se vean avocadas a laborar en el sector del comercio informal, en el cual según fuentes oficiales se insertan alrededor de un millón de personas, sin embargo, según las asociaciones de comerciantes son más de 3 millones quienes se dedican a

esta actividad en el país. Muchos de ellos laboran en las calles y plazas del CHQ, algunos lo hacen desde hace muchos años motivados por las crisis económicas que generaron desocupación, desempleo y la reducción de la calidad de vida que, sumada a la dificultad de encontrar trabajo fijo en el sector formal y los bajos niveles de educación. El comercio informal representa una modalidad de trabajo que surge como una forma de enfrentar el desempleo y se convierte en un medio de subsistencia para clases menos privilegiadas.

Salgo trabajar por mi necesidad porque si no fuera así yo no estuviera en las calles. Si yo fuera de posibilidades quién sabe mi situación fuera otra viviera otra historia (...) Trata de salir con lo poco que tengo con lo poco que gano (Marco, documental a un dólar a un dólar).¹⁰

A pesar de ser una salida frente a la pobreza el comercio informal implica dificultades como las largas jornadas (12 horas diarias aproximadamente), problemas prácticos como tener que armar o desarmar un puesto, cargar con los productos en las manos, brazos, hombros y espalda. También los problemas relacionados con las condiciones climáticas, ya que están expuestos a la lluvia, sol, el polvo y el viento. Asimismo, a los comerciantes informales se les asocia con problemas como la congestión, la basura o la inseguridad. También enfrentan problemas con la policía metropolitana y nacional que intenta sacarlos de las calles por la fuerza. “Las calles para los comerciantes, representaron una lucha diaria por la subsistencia durante un largo periodo” (Soria 2004, 74). Entre las razones para exigir su salida están los deseos de fomentar proyectos turísticos e inmobiliarios. Sin embargo, la cohesión grupal y el sentido de pertenencia que generan a través de las asociaciones les permiten reclamar sus derechos sobre el uso del espacio público (Soria 2004).

Se ha presentado una descripción breve del comercio informal porque se considera importante resaltar las características de precariedad que comparte con el trabajo sexual que se desarrolla en las mismas calles y plazas del CHQ. Sin embargo, el trabajo sexual presenta algunas especificidades que serán presentadas a continuación y que provienen de las entrevistas realizadas a las representantes de las asociaciones de trabajadoras sexuales, el personal de salud y los agentes municipales. También incluye datos que resultan de la revisión del trabajo de Álvarez y Sandoval (2013) y del levantamiento de información realizado en el año 2016 por la Secretaria Inclusión Social del Municipio del DMQ.

¹⁰ Aguilera, María y Miguel Narváez. *¡A un dólar! ¡A un dólar! La ciudad sin corazón*. Ecuador. 2014.

En lo que respecta a la cifra de trabajadoras sexuales se conoce que en el CHQ en el año 2014 trabajaban un promedio de 200 trabajadoras sexuales en las calles y plazas de este sector. Luego, en el levantamiento de información que realiza el Municipio de Quito, en el mes Febrero del año 2016 se detalla un promedio de 365 trabajadoras sexuales. En este número se incluyen tanto aquellas mujeres que forman parte de las asociaciones de trabajadoras sexuales como quienes están fuera de ellas. Posteriormente, en el mes de abril del mismo año se realiza un nuevo levantamiento de información en el que esa cifra aumenta considerablemente. La principal causa a la que se asocia dicho incremento es el terremoto ocurrido en la costa del país. En la actualidad la cifra de trabajadoras sexuales del CHQ es de aproximadamente 600 trabajadoras sexuales, tanto de organizaciones como a nivel a autónomo. Sin embargo, la cifra aumenta considerablemente cada día (Sara Gonzales, coordinadora de Secretaria Inclusión Social del Municipio del DMQ, en conversación con la autora, febrero 2019).

El grupo conocido como autónomo lo conforman mujeres que anteriormente o nunca formaron parte de las organizaciones de trabajadoras sexuales. También existe un tercer grupo, conformado por alrededor de 200 mujeres, que laboran como comerciantes informales y a la vez ejercen el trabajo sexual. Estas mujeres prefieren no involucrarse en ningún proceso organizativo con la finalidad de permanecer en anonimato y proteger su identidad.¹¹ Sin embargo, esto las expone a ciertas dificultades como el hecho de no contar con una tarjeta de salud que les permita acceder a los espacios de atención prioritaria en salud mencionados anteriormente. Además, evitan asistir a causa del temor o vergüenza porque saben que portar el carné profiláctico aumenta el riesgo de ser descubiertas, especialmente por sus familias. “Un grupo significativo de trabajadoras sexuales en el Centro Histórico pasan como vendedoras informales por el tema también que no quieren ser visibilizadas, es mejor ser caramelera que trabajadora sexual ante los ojos de la familia” (Sara Gonzales, coordinadora de Secretaria Inclusión Social del Municipio del DMQ, febrero de 2019).

Solo en la Plaza Grande hay como unas 15, 16 de esas son señoras. Hay una señora que ya tendrá por lo menos digo yo poniéndole en mi tonto pensamiento unos 58 años que usted la ve sentada ahí en la Plaza Grande vendiendo sus caramelos (...) son compañeras que nunca se han hecho un control profiláctico (...) o sea muchas veces ellas no van por temor por vergüenza una porque ya son mayores otra porque muchas veces dicen ‘No es que si yo saco

¹¹ Secretaria de inclusión social. Levantamiento de información. 2016.

el carnet profiláctico mi familia se van a enterar, van a saber' (Marjorie, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, enero 2019).

En cuanto al espacio en que se desarrolla el trabajo sexual en el CHQ existen dos espacios principales. El primero es la zona de tolerancia “La Cantera” ubicada cerca del ex penal García Moreno. Fue inaugurada en el año 2006 con 5 locales en funcionamiento, los cuales albergaban entre 30 a 35 trabajadoras sexuales, cada uno. Se trató de un proyecto de reubicación emprendido por el Municipio de Quito de esa época y que estaba liderado por el ex alcalde Paco Moncayo. Comenzó en el año 2001 con el objetivo de cerrar los locales, ubicados en la calle “24 de Mayo”, en los que se ejercía el trabajo sexual con el fin de desplazarlos a esta zona marginal de la ciudad. Sin embargo, el espacio no fue suficiente para contener a todo el grupo de trabajadoras sexuales. Es por eso que cerca de 450 mujeres se quedaron sin lugar de trabajo y se vieron avocadas a laborar informalmente en la calle (Álvarez y Sandoval 2013). Actualmente esta zona tiene orden de cierre por ser catalogada como zona de riesgo, no obstante, hasta el momento que duró esta investigación funcionaban dos establecimientos.

Centro de tolerancia la Cantera fue un tremendo (...) caos lo que quisieron fue tapan el sol con un dedo (...) imagínate meter 300 compañeras en la Cantera, terrible. Con decirte que yo jamás te pise la Cantera para trabajar eso fue un fraude (...) nunca funcionó (Valeska, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, febrero 2019).

El segundo espacio donde se desarrolla el trabajo sexual corresponde a las calles y plazas, los cuales en algunos casos llegan a constituirse en su segundo hogar por el tiempo que permanecen en ellos. La distribución y organización de este espacio depende de las asociaciones de trabajadoras sexuales, pues a cada una le corresponde un sector para desarrollar sus actividades. Generalmente el nombre de la asociación se corresponde con el del sector donde tienen permitido ejercer el trabajo sexual. En el CHQ funcionan cuatro asociaciones: “Santo Domingo” la cual cuenta con un promedio de 30 afiliadas; “24 de Mayo”, conformada por 32 miembros; “Por un futuro mejor” que abarca la Plaza del Teatro, Plaza Grande, la calle Junín y el sector de La Marín. Esta es la asociación más grande y la conforman 148 trabajadoras sexuales estables y aproximadamente 300 rotativas y finalmente la asociación “1 de mayo” que funciona en las calles Vargas y Esmeraldas albergando a 69

socias. A pesar de que estos son los sectores autorizados y regulados por el Municipio para el comercio sexual se conoce que también se desarrolla en la Plaza de San Francisco.¹²

Cada asociación cuenta con un hotel específico, aparentemente autorizado, al que acuden las trabajadoras sexuales. Estos espacios deben estar debidamente equipados y garantizar las condiciones mínimas de limpieza (camas con su respectivo forro de colchón y con sábanas limpias). Las trabajadoras sexuales de cada asociación reciben una credencial de identificación que es el resultado de un convenio que las trabajadoras sexuales hicieron con los moradores y las autoridades para tener focalizadas a las mujeres que laboran en esta actividad. En la misma se especifica la organización a la que pertenece, la fecha de ingreso y el vencimiento de la misma. Portar su credencial les permite pagar el precio justo por cama en los hoteles (\$3 dólares). Este valor también incluye la dotación de un condón, gel anti bacterial y papel higiénico. Tales condiciones o reglas han sido establecidas y controladas por las asociaciones en coordinación con el municipio. Las trabajadoras sexuales llamadas autónomas o que no están afiliadas pagan \$5 en los hoteles.

Como líderes primero inspeccionamos las habitaciones todos los días, si están limpias si le han cambiado de sábanas, que no haya papeles botados en el piso, o sea nosotros ya vemos que una habitación apesta ¡Ey por favor la habitación apesta! (Monserrate, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, noviembre 2018).

Las asociaciones se crearon con el fin de proteger y defender los derechos de las trabajadoras sexuales. Es por ello que realizan procesos de capacitación, fomentan la creación de vínculos con otras instituciones, ejecutan procesos de denuncias para la restitución de sus derechos en casos de vulneración, buscan fortalecer las redes de atención y promueven el empoderamiento femenino. Sin embargo, en el año 2013 menos de la mitad de las trabajadoras sexuales menciona conocer alguna organización de su gremio. Esto limita su capacidad de informarse acerca de sus derechos como el derecho a la no violencia, a la no discriminación por su opción laboral, a no ser explotadas y poder organizarse (Álvarez y Sandoval 2013). Las asociaciones también cuentan con un reglamento que especifica sus normas de funcionamiento. Por ejemplo, que la presidenta debe ser una trabajadora sexual, no admitir el ingreso de nuevos miembros, hacer una aportación económica mensualmente, entre otras.

¹² Entrevistas realizadas a las representantes de las trabajadoras sexuales, 2019.

Ya no estamos solas, tenemos derechos, tenemos respaldo ya no es como antes (...) nuestra voz se hace escuchar. Mi trabajo se enfoca en defender los derechos de las trabajadoras sexuales para que no se les vulnere ni en salud, ni en laboral (...) ante todo somos mujeres, somos también madres de hogar, somos hijas y merecemos que nos respeten (Monserrate, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, noviembre 2018).

Algunas asociaciones también se convierten en espacios de fortalecimiento de vínculos sociales o de beneficios económicos. Asimismo, negocian sus garantías y derechos con los dueños de los hoteles. Por ejemplo, la asociación “24 de Mayo” mantiene un convenio a través del cual el dueño del hotel que ocupan debe ofrecerles un homenaje en fechas importantes, además entrega el 16% del valor que cobra por la habitación. Este dinero es destinado a un fondo común que al final del año es repartido entre las trabajadoras sexuales de la asociación.

Tiene que haber diálogo con el dueño para que estas cosas funcionen si las dos cosas no estamos de acuerdo no funcionamos ninguna de las dos (...) el dueño tiene que darles un día de la madre, festejo, día de la mujer y navidades (Valeska, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, febrero 2019).

Como puede observarse el proceso organizativo de las trabajadoras sexuales es producto de un proceso de evolución y cambio que a lo largo de los años ha reforzado su relación con el Estado y otras instituciones gubernamentales. Incluye acciones que intentan regular el ambiente en el que se desarrollan su trabajo, destacando su participación activa en dicho proceso. Sus capacidades de negociación, a partir de los procesos asociativos que establecen, indudablemente resaltan la agencia de la que disponen para organizar la ocupación del espacio, ejercer sus derechos y auto regular su actividad logrando contrarrestar los intentos por mantenerlas en la marginación y exclusión social.

A pesar de estos elementos positivos aún existen demandas y necesidades que no han sido cubiertas y hacen que su labor se desarrolle en medio de condiciones precarias, afectando con ello su vida privada. Algunas de estas dificultades comprenden un horario de trabajo extenso, que puede ir desde las 10 hasta las 70 horas semanales. Algunas trabajan todos los días y otras únicamente en días y horarios específicos. Muchas de ellas prefieren hacer extensas jornadas

de trabajo, en algunos casos pasan más de 16 horas o pasar durante días enteros en las plazas con el fin de ganar más dinero. “Tengo compañeras que incluso trabajan desde las 8 de la mañana hasta las 7 de la noche por uno o dos puntos diarios que se hacen a veces ni uno” (Valeska, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, febrero 2019). También hay quienes trabajan en locales y trabajan entre 2 y 3 horas diarias.

Al ser un trabajo que se desarrolla en las calles tienen mayor facilidad para captar clientes al paso. “Los beneficios es que aquí uno se consigue los clientes al paso, usted va caminando eh le saludan hola cómo estás, cuanto tanto e inmediatamente” (Marjorie, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, enero 2019). Los clientes generalmente rotan, pero la mayoría de ellos son clientes frecuentes o conocidos. El promedio de clientes diarios puede variar entre 0 y 20 por lo cual el nivel de ingresos semanales es muy variable, puede ir desde los \$5 a los \$800 dólares, que sucede únicamente en casos excepcionales. El número de contactos sexuales está directamente relacionado con la edad, la figura, el lugar de trabajo y las habilidades de la trabajadora sexual. La edad representa uno de las mayores desventajas y riesgos de vulnerabilidad puesto que varias trabajadoras sexuales que son adultas mayores trabajan por precios mucho menores a los sugeridos y otras incluso aceptan un cliente a cambio de algo de comer. Esta práctica no sólo está determinada por la edad sino también por la necesidad económica y la desesperación que conlleva. Aquí entra en juego una modalidad de violencia ejercida por los clientes quienes, aprovechándose de la necesidad, ofrecen tarifas menores a las establecidas con el fin de explotar a las trabajadoras sexuales. Hasta la vez de hoy ella [Refiriéndose a una trabajadora sexual adulta mayor] sale de repente de ahí del albergue sabe pasar por ahí por la 24 sabe hacerse un punto 3 dólares, 1 dólar (Marjorie, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, enero 2019).

Tengo un grupito de unas 3, 4 compañeras que lamentablemente no se hacen nada hay 3, 4, 5 días que no salen del cero entonces ellas por la desesperación que por lo menos un punto de 7 dólares, 4 dólares lastimosamente se van (...) les digo que no que así sea que tengan 50 años que no se menosprecien porque hay hombres que vienen donde las compañeras más mayores y no les quieren pagar las tarifas que una como más joven cobra. Les regatean como que estuvieran en el mercado (Valeska, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, febrero 2019).

El valor estandarizado por cada contacto sexual o “punto” es de \$13 dólares de los cuales el valor de 3 dólares es destinado para pagar el hotel, como ya se mencionó anteriormente. El punto dura aproximadamente 10 minutos. Sin embargo, hay casos en que el cliente suele requerir algún tipo de servicio extra que puede incluir mayor tiempo de duración. “tengo clientes que se demoran un poco, pagan un poco más, pero yo ya sé que incluso se le avisa al chico ‘me voy a demorar un poquito más’ y no hay ningún problema” (Valeska, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, febrero 2019). En estos casos se negocia el precio con las trabajadoras sexuales. Es decir que, así como existen trabajadoras sexuales que cobran un valor menor al estipulado hay quienes negocian un valor superior. Esto se debe a que el trabajo sexual en las calles y plazas es independiente, es decir que las mujeres ostentan cierto tipo de libertad para negociar los precios directamente con el cliente sin la intervención de administradores u otros intermediarios. Además, los puntos no necesariamente incluyen el acto sexual ya que pueden emplear otras formas de transacción erótica por ejemplo hay clientes que únicamente buscan su compañía o que piden otro tipo de satisfacciones “claro viene mi cliente, que es bien viejito y lo único que quiere es que yo me desvista, yo me desvisto y me vuelvo a vestir” (Valeska, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, febrero 2019).

Otras dificultades que reportan tienen que ver con las inclemencias del clima como el sol, el viento, la lluvia. Asimismo, se destaca el peligro de ser agredidas o asesinadas por sus clientes.

No sabemos con qué psicópata se vaya a ocupar una compañera. Yo tuve hace unos ocho meses atrás un psicópata (...) ingresó con una compañera trans mientras que la compañera trans fue a cerrar la puerta él le pegó un pedrazo en todo el sentido, andaba cargado un cuchillo (Marjorie, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, enero 2019).

Es por ello que suelen usar algunos mecanismos de protección como alertar a sus amigas o los encargados de los hoteles cuando saben que se van a exceder del tiempo promedio también suelen golpear la puerta de la habitación para comprobar que todo está en orden. Uno de los hoteles cuenta con cámaras de vigilancia y botones de pánico.

Entre nosotros mismas tenemos que cuidarnos por ejemplo cuando ya vemos que mucho se demora una compañera el chico que (...) tiene la responsabilidad de ver si una compañera se demora mucho en el cuarto de coger y tocar la puerta y decirle ‘¿Está bien?’ (Valeska, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, febrero 2019).

Aunque en menor medida que antes aún persiste la violencia ejercida por los agentes de control. Sin embargo, se mantiene la alerta frente a las posibles acciones represivas de abuso de poder, en base a sus experiencias pasadas.

Si ha habido algún cambio (...) exabrupto desde hace 15 años (...) del desalojo de la “24 de Mayo”. Imagínese ahí las mujeres pasaban una semana afuera y una adentro en la cárcel (...) Había mucha, mucha corrupción por parte de los policías porque si tú no quieras irte detenida o les dabas plata o tenías que irte a acostar con ellos entonces hubo mucho maltrato, mucha agresión hacia las compañeras (Marjorie, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, enero 2019).

Frente a estos hechos las trabajadoras sexuales a través de las asociaciones han buscado trabajar en coordinación con la policía nacional con el fin de que ellos les ayuden a protegerse y resguardar su seguridad, evitando, de algún modo, que siga generándose su estigmatización.

Nosotros exigimos control policial no solo por el resguardo de nuestra seguridad sino de la comunidad mismo porque todo mundo dice ‘detrás de la trabajadora sexual existe la delincuencia, el tráfico de drogas’ y muchas veces no son así las cosas y nosotras eso le hemos comprobado a las autoridades (Monserrate, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, noviembre 2018).

El sector del CHQ cuenta con dos centros de salud a los cuales pueden acudir las trabajadoras sexuales y recibir atención en el SAISS: el centro histórico y de la Tola.

Hace unos 4 o 5 meses se logró con el Ministerio de Salud que ya no sea solamente vaginal ya por ejemplo (...) si tengo otro problema se le dice (...) al doctor que está pasando placa ‘doctorcito vea tengo’. ‘Ya mijita tome vaya coja turno para tal medicina’. Tonces ya tenemos ese otro puntito a nuestro favor porque no lo teníamos (Valeska, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, febrero 2019).

3.1 Madres trabajadoras sexuales del CHQ

El levantamiento de información realizado en el año 2016 por la Secretaria de Inclusión Social a un universo de 365 trabajadoras sexuales del CHQ y las entrevistas aplicadas detallan que la mayoría tiene entre 18 y 40 años de edad seguida de una importante cifra de adultas mayores y una cifra menor de mujeres que tienen 66 años o más. Actualmente la mujer con mayor edad supera los 72 años. También existen casos de menores de edad que han intentado trabajar en este sector, sin embargo, las mismas trabajadoras sexuales suelen ser quienes denuncian estas prácticas por reconocerlas como casos de explotación sexual que ponen en riesgo su trabajo. El estudio del 2016 también señala que el 4% presenta discapacidad física y el 1% discapacidad visual. Respecto a su auto identificación étnica, el levantamiento de información señala que el 73% se considera mestiza, el 7% blanca, el 7% mulata, el 6% montubia, el 5% afro ecuatoriana y el 1% indígena.

El 55% tiene educación básica incompleta, seguida de un 17% que no tiene escolaridad, es decir no han alcanzado ningún grado de educación. Son personas analfabetas. Luego se halla un 12% que cuenta con bachillerato incompleto, seguida del 7% que tiene bachillerato completo, un 5% con educación básica completa, un 3% con educación superior incompleta y un 1% que no refiere información. Algunas mujeres manifiestan deseos de estudiar, no obstante, reconocen que prepararse académicamente representa esfuerzo, tiempo, energía y recursos que muchas no tienen.

La mayoría de las trabajadoras sexuales proviene de estratos sociales bajos. Proceden principalmente de la región costa (Machala, Santo Domingo, Quevedo, Milagro, Manta, Chone, Portoviejo, Guayaquil), seguida de la sierra, el oriente y en último lugar del extranjero (Colombia y Venezuela). Suelen viajar constantemente a sus ciudades de origen. Respecto al caso venezolano, la creciente crisis económica del país produjo una ola migratoria que incremento el número de inmigrantes. Al terminar el año 2017 y comienzos del 2018 hubo un importante crecimiento de trabajadoras sexuales de nacionalidad venezolana. Sin embargo, sus posibilidades de acceso al espacio del CHQ fueron limitadas debido a las barreras territoriales que mantienen las asociaciones. La principal razón es de carácter económico puesto que señalan que las trabajadoras sexuales venezolanas están dispuestas a cobrar tarifas extremadamente bajas, poniendo en riesgo las dinámicas de oferta y demanda del comercio sexual. Es posible que más allá de los factores económicos que también sucede más allá de la

presencia de mujeres venezolanas existan otros de carácter social relacionados con la estigmatización de las personas en situación de movilidad humana.

Hay venezolanas que hasta se van por 4, 5 dólares pagan 3 dólares el hotel les quedan 2 dólares lastimosamente (...) ‘No te puedes parar aquí yo no te puedo prohibir el espacio porque es espacio público, pero si te puedo pedir que no siquiera intentes coger un cliente y meterte al espacio donde nosotros tenemos porque no lo vas a hacer’ [Refiriéndose a una conversación con una trabajadora sexual de nacionalidad venezolana] (Valeska, representante asociación trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, febrero 2019).

Conclusión

El trabajo sexual que se desarrolla en el CHQ está caracterizado por la precariedad y el peligro sin embargo gracias a las capacidades organizativas y a las relaciones con el Estado las trabajadoras sexuales han conseguido llamar la atención sobre sus necesidades y exigir el cumplimiento de sus derechos mínimos. Esto pone en evidencia la capacidad de agencia activa que trastoca la mirada victimizante con la que se tiende a ubicarlas a la vez que deja ver la inoperancia de los entes encargados para proteger sus derechos. Se trata de mujeres que han logrado empoderarse de su rol, apropiarse del espacio público y auto regular su actividad. La mayoría de trabajadoras sexuales provienen de estratos sociales económicos bajos, se encuentran en situación de movilidad, son madres solteras que se hacen cargo económicamente de sus hijos y otras personas, tienen escaso o nulo acceso a la educación y encuentran en el trabajo sexual un medio alternativo de subsistencia que las mantiene en la ocupación cuando sus condiciones de vida han marcado su exclusión del sistema laboral. El trabajo sexual también las expone a la persecución, el estigma y diferentes tipos de riesgos que tienen efectos directos o indirectos en el ejercicio de su maternidad. Cabe mencionar que todas las trabajadoras sexuales entrevistadas, excepto una, ya eran madres antes de insertarse en esta industria.

Capítulo 3

Pobreza, violencia y trabajo sexual

Introducción

El objetivo de este capítulo es describir la forma en que las madres trabajadoras sexuales de la ciudad de Quito construyen sus significados, sentidos y representaciones de maternidad en base a sus experiencias de vida y en medio de un contexto de violencia estructural. Se compone de dos secciones. La primera analiza sus trayectorias de vida antes de su ingreso al trabajo sexual. Se describen aspectos importantes de su infancia y adolescencia tales como su lugar de origen, las características de su contexto y las relaciones con sus padres o las personas encargadas de su cuidado. Se presta especial atención a las vivencias y experiencias compartidas con sus madres. La segunda sección detalla sus experiencias laborales incluidas aquellas relacionadas al trabajo sexual, se pone acento en sus primeras impresiones al ingresar en esta industria, así como sus motivaciones, dificultades y formas de combinar ésta actividad con otras generativas de ingresos.

El análisis propuesto permite reconocer, por un lado, la influencia de las condiciones de abuso, violencia y pobreza en sus opciones laborales. Y por otro, se pone de manifiesto el lugar que ocupa la maternidad, principalmente como motivación, dentro del trabajo sexual. El marco conceptual de este capítulo se sustenta en los aportes de Scheper Huges acerca de las maternidades diversas, entendidas como un producto histórico influido por las características económicas, demográficas, culturales, sociales y personales de la vida de la mujer que se tornan adversas cuando, como lo demuestra el caso presentado, se ejercen contextos de violencia estructural.

1. Infancia y violencia cotidiana

Analizar la experiencia significa poner atención a las dimensiones de la vida y la actividad. No se refiere sólo a los relatos sino también a los sujetos con características diversas que construyen historias con perspectivas y puntos de vista fundamentalmente diferentes, e incluso irreconciliables, de los cuales ninguno puede ser completo ni completamente ‘verdadero’. La experiencia tiene historicidad y otorga historicidad a las identidades que produce, “es entonces aquello que buscamos explicar, aquello acerca de lo cual se produce el

conocimiento (...) No son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia” (Scott 1992, 8).

Las experiencias de las madres trabajadoras sexuales representan “un mundo de prácticas y valores alternativos cuya existencia desmiente las construcciones hegemónicas de mundos sociales” (Scott 2001, 5). De forma paralela a lo que señalan los feminismos negros sus experiencias como hijas, madres y mujeres rompen con la estandarización del sufrimiento femenino porque son historias de dominación y opresión que van más allá de las desigualdades producidas por el género. Sus experiencias influyen en sus prácticas y sentidos de maternidad y dejan ver las maneras en las que la sexualidad, el género y la clase se intersectan para generar desigualdades, siendo la clase social el factor más determinante sobre la forma en que significan y construyen su conciencia personal y colectiva.

La clase es mucho más que la definición de Marx sobre las relaciones respecto de los medios de producción. La clase incluye tu comportamiento, tus presupuestos básicos acerca de la vida. Tu experiencia -determinada por tu clase- valida esos presupuestos, cómo te han enseñado a comportarte, qué se espera de ti y de los demás, tu concepción del futuro, cómo comprendes tus problemas y cómo los resuelves, cómo te sientes, piensas, actúas (Rita Mae Brown en Hooks 2004, 36).

La experiencia es parte del lenguaje cotidiano, esta imbricada en sus narrativas y cuenta historias cargadas de sin sabores que sirven como una manera dar voz, de hablar de lo que ocurrió, de establecer diferencias y similitudes, de decir que se tiene conocimiento, aunque siempre ‘inalcanzable’ (Ruth Roach Pierson 1989 en Scott 2001). Es por ello que la experiencia es siempre una interpretación y, a la vez, requiere una interpretación. Lo que cuenta como experiencia no es ni evidente, ni claro, ni directo: está siempre en disputa, y por lo tanto siempre es político. En ese sentido, el estudio de la experiencia exige asumir una postura crítica de esa historicidad que no se reduce a la reproducción y transmisión del conocimiento sino al análisis de la producción de dicho conocimiento. “Tal análisis constituiría una historia genuinamente no fundacionista, que retiene su poder explicatorio y su interés en el cambio, pero no se basa en, ni reproduce, categorías naturalizadas” (Scott 2001, 32).

La identidad de las madres de este estudio está atada a nociones de experiencia que se construyen a través de complejos, cambiantes y desapercibidos procesos discursivos que hacen que sea adscrita, resistida o aceptada por ellas (Spivak 1987 en Scott 2001). La experiencia es un evento lingüístico que no ocurre fuera de significados establecidos y tampoco está confinada a un orden fijo de significado. El discurso es por definición compartido y, por lo tanto, la experiencia es tanto colectiva como individual; es la historia de un sujeto y el lenguaje es, precisamente, el sitio donde se representa su historia.

Consecuentemente, lenguaje e historia están intrínsecamente unidos. Además, dado que la historia se escribe colectivamente, lo social y lo personal están imbricados uno en el otro, y ambos son históricamente variables. Entonces, la historia, el discurso y la experiencia cambian tal como lo hacen los significados de las categorías de identidad y con ellas, las posibilidades de pensar en el yo (Scott 2001).

La experiencia es el proceso por el cual se construye la subjetividad para todos los seres sociales. A través de ese proceso uno se ubica o es ubicado en la realidad social y de ese modo percibe y comprende como subjetivas (referidas y originadas en uno mismo) esas relaciones - materiales, económicas e interpersonales- que de hecho son sociales y, en una perspectiva más amplia, históricas (Teresa de Lauretis 1984, 159 en Scott 2001, 12).

Finalmente, escribir sobre la experiencia de las mujeres también permite reconocer la autenticidad indisputable de su lugar en la historia. Significa establecer incontrovertiblemente su identidad como personas con agencia, para universalizarla y darle sustento a los reclamos de la legitimidad de su historia. “Este concepto coloca literalmente a un nivel de iguales lo personal y lo político, pues la experiencia vivida por las mujeres es vista como conducente directamente a la resistencia frente a la opresión” (Scott 2001, 21). Los sujetos sobre quienes se escribe, en este caso las madres trabajadoras sexuales, disponen de agencia y la misma se reconoce en sus experiencias de vida que reflejan su voluntad por combatir las condiciones desfavorables de su contexto. Su agencia se reconoce en la capacidad de resistir a las situaciones y estatus que se les ha conferido, porque ser sujeto significa estar “sujeto a condiciones definidas de existencia, condiciones de dotación de agentes y condiciones de ejercicio” (Adams y Minson 1978 en Scott 2001, 25).

Las mujeres negras, así como otros grupos de mujeres que viven cada día en situaciones opresivas, a menudo adquieren conciencia de la política patriarcal a partir de su experiencia vivida, a medida que desarrollan estrategias de resistencia -incluso aunque ésta no se dé de forma mantenida u organizada - (...) esta experiencia vivida puede dar forma a nuestra conciencia de manera que nuestra visión del mundo difiera de la de aquellos que tienen cierto grado de privilegio (Hooks 2004, 50).

Pues bien, las experiencias de vida de las madres trabajadoras sexuales son historias heterogéneas, contadas a veces con ligereza y otras con detenimiento, que comparten características asociadas a la violencia estructural. Cada historia es lo suficientemente intensa como para dedicarle algo más que un capítulo. Sin embargo, al ser otro el objetivo de esta investigación, no se ahonda en los detalles de sus relatos, sino que se presentan aquellas particularidades que comparten como hijas, madres y trabajadoras. La primera de ellas es la pobreza. La mayoría proviene de hogares con graves dificultades económicas en las que la necesidad y el hambre son la amenaza diaria. Al respecto Rosa, una trabajadora sexual de 46 años, madre de 5 hijos cuenta:

Yo vengo de una familia pobre del campo (...) mi papá me dejó botando porque él vendió la finca y se fue para el Oriente (...) Mi madre se murió con cáncer, al año que yo he nacido. A los seis años yo ya aprendí trabajar porque mi papá era alcohólico, era bien borracho. Y él siempre me llevó a trabajar en el campo. Cuando mi papá vendió las fincas y se fue, él me dejó con un tío y me dejó donde mi hermana (...) Entonces a los seis años, va una vecina y le dice que le vaya a acompañar yo. En ese entonces yo ganaba cincuenta sucres, por eso yo conocí el real, los reales y los cincuenta sucres. Me críe, en una casa de ricos (...) a los diez años, yo me fui, dejé ese trabajo de acompañarle a la señora y fui a cuidarle a una niña igual a mí, sino que ella era más pequeña y yo era más grandecita. Pero me trataban bien, me enseñaron costumbres. Entonces pasó el tiempo, ella me daba ropa, zapatos (Rosa, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

La mayoría nace y crece en la ruralidad es por ello que en sus infancias se dedican a actividades del campo como la siembra, la cosecha, el cuidado (arreo, alimentación, limpieza) del ganado y algunos animales de granja. Al alcanzar la adolescencia o adultez salen de la zona rural a la ciudad o a otros países, convirtiéndose en migrantes internas o externas. Este cambio de residencia suele implicar un desafío para su adaptación por el encuentro cultural y

social que representa. Así lo describe Janine, una trabajadora sexual de 42 años de edad y madre de un hijo, que migró a Quito con el objetivo de estudiar y trabajar hace 20 años.

De 14 años me mandaron donde mi madrina (...) me mandaban a caminar como dos horas porque estudiaba en una academia. Entonces no me enseñaba o sea yo no me adaptaba a las cosas de la ciudad porque recién había salido del campo (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

El acceso y la permanencia a la educación se dificultan por la situación económica de sus familias o por los roles combinados que desempeñan tales como el cuidado de sus hermanos pequeños, realizar trabajos en la casa o en el campo y laborar para aportar económicamente a sus hogares. De las mujeres entrevistadas, la mayoría logró culminar la primaria con dificultades, muy pocas el bachillerato y ninguna logró acceder a estudios superiores. Algunas hicieron cursos de secretariado, corte y confección, enfermería y estética de uñas. Este acceso limitado a la educación, como se verá más adelante, tiene efectos importantes en sus posibilidades de inserción a espacios laborales seguros que garanticen el ejercicio de sus derechos. La falta de educación suficiente, sumada a su condición de género, aumenta sus probabilidades de ser explotadas y sufrir violencia.

Las grandes cantidades de jóvenes (...) de las áreas rurales empobrecidas que siguen abandonando la escuela antes de haber alcanzado una alfabetización plena representan la prolongada eficacia de la dimensión política en la opresión de las mujeres (Hill Collins 1998, 258).

Asimismo, el trabajo infantil perjudica su inserción escolar o su desempeño académico porque limita el tiempo del que disponen para cumplir con sus tareas educativas.

Nos hacían trabajar bastante (...) salíamos de la escuela y yo le veía a mi hermano, como era más grande, sufría porque le llevaban a coger maíz a veces no terminaba de hacer los deberes y así llegaba a la escuela y en la escuela le castigaba la profesora porque no hacíamos los deberes y era porque no nos daba el tiempo. En ese tiempo en la casa no había luz, entonces la noche ya no había como prender esas lámparas y ya no podíamos hacer deberes a la mañana teníamos que dejar llevando agua (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

La constitución, experiencias y relaciones familiares son diversas y complejas. La mayoría proviene de hogares numerosos conformados por varios hijos (entre 6 a 14 miembros). Algunas madres trabajadoras sexuales se criaron y convivieron junto a sus dos padres o uno de ellos, otras fueron criadas por terceras personas como familiares, amigos, madrinan o conocidos y un pequeño grupo creció sola o como ellas señalan en la calle durante toda su vida o por periodos prolongados de tiempo. Estas modalidades de crianza alternativa guardan relación con las redes de vincularidad doméstica propuestas por Stack (1974) que se instauran como formas de cuidado adaptables a las condiciones económicas limitadas de las familias. Cabe enfatizar que, aunque estas prácticas no se corresponden con los modelos estandarizados de crianza no deben subestimarse, aunque si pueden reconocerse como el resultado de un sistema de violencia estructural que reproduce la pobreza y la marginación (Stack 1974).

En el caso de aquellas que convivieron junto a sus padres o alguno de ellos se observa que la mayoría lo hizo hasta etapas muy tempranas de vida, con casos inusuales en que convivieron hasta su adultez. Describen varios tipos de dificultades como la pobreza, la violencia, la nutrición inadecuada, el trabajo infantil y de cuidados el cual generalmente está destinado a las mujeres quienes son educadas en estas prácticas desde niñas. La historia de Rosaura, una trabajadora sexual de 49 años de edad y madre de 9 hijos, retrata lo señalado. Ella proviene de una zona campesina de la sierra. Cuenta que, a causa de las condiciones económicas precarias de su familia, sus padres salían a trabajar en Quito por largos periodos de tiempo (1 o 2 meses) asignándole el cuidado del campo y de sus 7 hermanos menores desde que ella tenía 6 años de edad.

Yo me iba a la escolita y siempre con los animales yo cuidaba gallinas, ovejas, chanchos, burro, todo eso (...) me iba a la escuela, de la escuela a la casa a cuidar animales a poner hierba para los animales, para los cuyes. ‘¿Conoce el cabestro?’ con eso. Incluso mi mamá me botó al piso y me piso aquí [señala cuello] y me alzó la falda (...) y me sabía dar en la nalguita. Porque como no alcanzábamos con los animales nos encontraba trastes sucios, ropa, patio sucio y eso era culpa nuestra (...) entonces decía por qué tienen así y por eso nos castigaba (Rosaura, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

La violencia, es otra de las grandes dificultades que enfrentan. Por un lado, sufren maltrato infantil de parte de sus padres “me puso la comida en la cabeza y me mandó a bañarme en agua fría, en tremendo aguacero” (Priscila, madre trabajadora sexual, en conversación con la

autora, abril 2019). Algunas veces esta violencia está relacionada con los problemas de alcohol que mantienen uno o ambos progenitores. El maltrato es un intento de ejercer control y poder sobre otra persona y se ejecuta a través de una escalada de episodios de violencia que tienen consecuencias tanto en la vida y salud de la persona que la recibe como en quienes la observan. Desde una mirada integral y específica el maltrato infantil, que en las condiciones más extremas puede resultar en la muerte de los hijos, es el punto final de una escalada y ciclo de la violencia. En contextos de violencia estructural puede suceder que los padres, al compararse con otros, pueden pensar que no son tan malos, aún más cuando las redes relacionales no son sanas. Es decir, vivir en un medio violento favorece la normalización de la violencia. Además, la violencia contra los menores muchas veces se justifica en pos de la socialización, es decir que implícitamente se acepta porque se vincula con los valores puestos en la privacidad de la familia y en el llamado derecho que tienen los padres para relacionarse con sus hijos como deseen (Korbin 1998).

Por otro lado, también son testigos de la violencia de pareja entre sus padres, especialmente la ejercida por su progenitor hacia sus madres. La violencia de género es el resultado de la estructura patriarcal que admite la dominación de un género sobre otro y legitima la violencia hasta naturalizarla o justificarla. La violencia doméstica o familiar más allá de ser un conjunto de actos privados y personales que ocurren en la intimidad del hogar representa un problema social que ha sido normalizado y requiere ser desnaturalizado, politizado, descompuesto y observado en la multiplicidad de relaciones, discursos, aparatos, actores, procesos o mecanismos que la componen, la legitiman y la continúan (Glockner 2017) “Mi mamá fue muy horribles tipo de violencia (...) a mi abuela le mocharon la mano, el papá de unas de mis hermanas, y a mi mamá mi padre le tumbó los dientes” (Dionei, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

El maltrato infantil incluye maltrato físico, psicológico, emocional, negligencia y abuso sexual. Se asocia con experiencias de abandono, rechazo, aislamiento, falta de amor, apoyo y protección “siento algo como que no tuve el cariño de mis padres. Yo siempre he sentido eso” (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019). El abuso y la violencia sexual adquieren una relevancia significativa porque se tratan de experiencias recurrentes en sus vidas. Varias de las mujeres entrevistadas fueron agredidas sexualmente por familiares o amigos cercanos y refieren que no recibieron el respaldo o protección de sus

padres una vez que revelaron estos abusos, por lo que todos quedaron en la impunidad. La primera hija de Priscila fue producto de una violación a sus 12 años. Con dolor y rabia, dice que nunca pudo confesarles a sus padres lo sucedido. Fue forzada a contraer matrimonio con su agresor pretendiendo con ello proteger el buen nombre de la familia y respetar las tradiciones sociales. En algunos casos estas experiencias de violencia provocan la salida abrupta de su casa cuando son adolescentes. La mayoría decide dejar sus hogares escapando o encontrando en el matrimonio la vía para lograrlo.

Mi mami y mi papi tenía sus ideas, como siempre personas antiguas querían que me case con la misma persona que me violó (...) tuve más o menos doce años (...) eso fue lo peor, no sé qué pasó, y todo eso y había quedado embarazada (Priscila, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Las experiencias con sus padres incluyen relaciones distantes y ausentes en unos casos y en otros recuerdan a esta figura con amor y nostalgia. En lo que respecta a la relación con sus madres algunas refieren experiencias positivas de lazos cercanos, con el recuerdo de madres cariñosas y preocupadas por su bienestar, aunque muy pocas saben su ocupación como trabajadoras sexuales. “Fue la mejor madre del mundo. La mejor porque con su cariño, con sus reproches siempre nos puso rectas, pero a veces nosotros somos quienes cogemos el camino y caemos en algo malo” (Priscila, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019). Así también lo menciona Karla, una trabajadora sexual de 39 años madre de 3 hijos que ingresó al trabajo sexual hace 10 años “mi mami (...) siempre ha sido buena y es buena. Mi mami para mí (...) es lo más lindo que yo tengo” (Karla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019). Algunas representaciones sobre sus madres también se refieren a mujeres pasivas y sumisas, la mayoría de ellas responsables del trabajo de cuidados de sus hijos es por ello que los recuerdos relacionados con el espacio de compartir madre e hija se enfocan hacia la transmisión de roles de género. Sus madres les enseñaron a cocinar, a lavar y a cuidar del esposo con la finalidad de que aprendan a ser mujeres y no sufran violencia en el futuro.

Algún día van a encontrar un marido y no quisiera que les maltraten, tiene que aprender a cocinar, lavar, planchar, hacer todo lo que se hace (...) ella nunca trabajo, ella siempre estuvo en la casa, mi papi tenía esa idea que el hombre era para trabajar y la mujer para la casa (...) mi mami no sabía ni leer ni escribir, porque siempre y llanamente, en ese tiempo mi abuelita

había sido ‘no es que las hijas mujeres son para trabajar y nada más, no tiene por qué irse a la escuela ni nada’, entonces a mi mami desde los ocho años ya le habían mandado a trabajar (Priscila, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

La violencia de género se reproduce a través de las prácticas y discursos avalados por el contexto cultural y social. La conciencia femenina se hereda y se arraiga en la historia personal y social, se aprende a ser mujer. Tanto el yo como la identidad se entienden dentro de esos contextos (Lauretis 1995 en Hill Collins 1998). El contexto cultural determina lo que es aceptado para un género y otro. Es por eso que el trabajo de cuidados se reconoce como propio del género femenino. “La subjetividad femenina, manera típica de ser, sentir y estar en el mundo tiene mucho que ver con un concepto cultural de mujer que se expresa mediante el lenguaje” (Castellanos 1995, 46). Es decir que “mediante el proceso de constitución del género mediado por prácticas y discursos, la sociedad fabrica las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres, de lo que es ‘propio’ para cada sexo” (Lamas 1995, 62).

La representación de sus madres también incluye la referencia de madres exigentes, severas y drásticas en la forma de criarlas. Incluye a madres que mostraban preferencias marcadas por cierto hijos, especialmente por los varones. Se describen episodios de violencia verbal, física y psicológica recurrentes “mi mamá sacaba lo que es sangre con cables eléctricos, nos bañaba y luego nos ponía alcohol. Me acuerdo que me metió una pelada, me cogió me acostó en el piso y me golpeó en los pies” (Dionei, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019). Nuevamente, es preciso entender el maltrato infantil a partir de una mirada estructural, en el cual muchas veces éste se justifica en razón de que permite que los hijos sean adultos más rápido para un mundo que es cruel, esto no justifica bajo ningún concepto el maltrato infantil, sino que convoca a pensarlo como un producto de un sistema violento que influye en los métodos de castigo que los padres usan frente a sus hijos. Desde el discurso de muchas madres, ser fuerte con los hijos o estricta con ellos los mantiene lejos de la calle, la delincuencia, la cárcel o los embarazos no deseados. En el contexto pobre la violencia es el camino más fácil y accesible para ellos (Goldstein 1998).

Asimismo, señalan sus experiencias emocionales de odio, rencor y reproche asociados a la sensación de traición, abandono y falta de respaldo de sus madres en sus experiencias de abuso sexual. Las emociones y los modos de hablar sobre ellas son elementos de las

ideologías y de las prácticas locales que están encastradas en las negociaciones y en las interacciones. Las emociones permiten dar significado de los eventos, los derechos, la moral, el control de los recursos, todo lo que concierne a la vida social es por eso que requieren ser deconstruidas y des-esencializadas para convertirse en producto cultural de la vida social (Matera 2014). Al respecto de su experiencia de abuso sexual Lola, una trabajadora sexual de 30 años, madre de 3 hijas comenta:

Él [refiriéndose a su abusador] aprovechó la situación, quiso abusar de mí. ‘Tu hija es la que me provoca’. Le hizo elegir entre yo y él y ella lo eligió a él. Yo nunca haría eso (...) un hombre uno puede encontrar en cada esquina (Lola, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2018).

Asimismo, entre lágrimas, Janine manifiesta:

A veces cuando los hermanos de ella [su madre] me querían manosear o cuando me mandaba a llevar agua había mis primos, ellos me trataban de violar. Ella nunca me escuchaba cuando le contaba que alguien me molestaba. Lo único que hacía era gritarme o pegarme y a mi hermana le pasó lo mismo (...) que me cuide que me hubiera por lo menos preguntado que me pasaba o porque huía de la casa, porque ahí pasaban los hermanos de ella (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Estas experiencias marcan los sentidos de una relación distante, insuficiente e indiferente con sus madres.

Créame que mi mamá si llega a pasar algún día a mí no me hace falta porque ese cariño jamás he tenido hasta el día de hoy. Cuando el día que yo casé con mi esposo a mí me dijo era problema con mi suegra. Yo le decía ‘mamita esto me pasa, esto me dice mi cuñado, esto me dice mi suegra’. ¿Sabe cómo me dijo mi mamá? Me dijo: ‘hija de puta ya tu eres con tu marido, si tu marido te mata allá, solo por mis nietos me da pena’ (Rosaura, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Rosaura también señala que si hubiera tenido el apoyo de su madre no hubiera permanecido en trabajo sexual luego de que su marido la obligó a ingresar:

Hubiese dicho: ¿por qué pones a trabajar a mi hija? contra mi esposo. Entonces, no hubiera trabajado. Hubiese parado duro mis padres, pero no fue así. No tengo hasta el día de hoy ese amor, ese cariño cuando más lo necesito (Rosaura, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Analizar sus experiencias, en particular las que derivan de su relación con sus propias madres es importante debido a que la conciencia, vista como un proceso y una configuración particular de la subjetividad, se produce por la intersección entre el sentido y la experiencia que acumulan durante sus vidas. Su maternidad, como construcción social, está mediada por varios factores, entre ellos la experiencia propia con el ambiente y sus actores. Es decir que la forma en cómo viven y significan sus vivencias construye los cimientos de lo que posteriormente dicen y hacen al ejercer su maternidad. El aprendizaje sobre la maternidad parte de la identificación con modelos inmediatos, por ejemplo, la madre en el trabajo doméstico cotidiano y a través de mecanismos psicológicos inducidos social y culturalmente. Su identidad de madres, entendida como una experiencia ontológica, se transmite y articula a través de las vivencias compartidas con una colectividad o el contexto del cual forman parte (Chodorow 1984; Montecino 1995; Glockner 2017; Anzola et al. 2005). Sin embargo, la conciencia y la subjetividad nunca están completamente definidas, sino que siempre están en constante construcción “la conciencia (...) no es nunca algo fijo, nunca se alcanza de una vez y para siempre, ya que las fronteras discursivas cambian según las condiciones históricas” (De Lauretis en Hill Collins 1998, 283).

Otra experiencia de crianza, y la más común, corresponde a la de quienes fueron criadas por terceras personas, generalmente familiares, ya sea porque quedaron huérfanas a temprana edad por diversas razones como por ejemplo la muerte de sus padres, porque fueron abandonadas o a causa de las condiciones materiales y económicas de la familia que las forzaron a vivir con otras personas. “Son varios los factores que provocan los cambios de residencia. La mayoría están relacionados con las condiciones económicas en las que viven las familias pobres” (Stack 1974, 192). Tania, una trabajadora sexual de 48 años, quien ingresó al trabajo sexual a sus 14 años cuenta que permaneció al cuidado de su abuela materna desde sus 3 meses de edad. A pesar de que a sus 14 años regresó a vivir con su madre biológica fue su abuela quien ocupó el rol materno a lo largo de su vida.

Nunca conviví, a ella [su madre] le veía, pero yo corría, porque era decir como mi tía (...) fue duro conmigo, sé que es mi madre, fue duro la vida mía, ni si quiera en las manos de mi abuelita si no me ha dejado en unos pencos donde mi abuelita, ahí me ha dejado botando. Entonces, mi abuelita me cogió y ahí me ha criado. Ella fue la única que tuve y siempre me recuerdo de ella, siempre le tengo en mi mente y nunca puedo olvidar (Tania, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Marlene, una madre trabajadora sexual de 47 años fue criada por su madrina:

Mi madrina, la que me crio un poco de pequeña, entonces ella fue como mi madre (...) ya después me fui a trabajar en un lado, en otro lado. Influyeron tantas cosas que yo me fui por otras calles por otros sitios (...) mi mamá desapareció cuando yo tuve 8 años (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

La crudeza de la pobreza y sus efectos en la crianza de los hijos se refleja en el caso de Perla, una trabajadora sexual de 55 años madre de 6 hijos. Ella cuenta, entre lágrimas e impotencia, que a la edad de 10 años encontró a su padre muerto a causa de un envenenamiento cometido por su tía. Este hecho afectó de manera radical su vida y la de su familia, pues su madre, tras quedarse sola al cuidado de ella y sus 13 hermanos, asediada por la necesidad económica, decidió regalarlos. Sin embargo, este tipo de prácticas deben entenderse como resultado de un vacío estructural en el que no existen redes que suplan el rol atribuido a la familia y que generalmente se deposita en las madres, como principales cuidadoras de los hijos. Este tipo de prácticas de circulación infantil eran comunes hasta hace 20 años existiendo una normativa legal que las contenía bajo la figura de ‘consignación infantil’, ‘colocación infantil’ y ‘guarda remunerada’ mismas que se constituyen como antecesoras de la figura legal de la adopción que fue regulada a mediados del s. xx.¹³

Cuando yo tenía diez añitos cuando a papá lo envenenaron (...) estábamos trabajando en el campo (...) mi tía le había dado veneno (...) lo encuentro muerto con las manos en el pecho, pálido, morado (...) Y de ahí mis abuelos se enfermaron (...) Cuando mi abuelo le cerró las puertas de la casa, nos comenzó a regalar a toditos. Yo me crie en Bahía de Caracas con otro hermano, otro en Pelileo (...) me dicen que soy la oveja negra. Desde que papá murió, a los diez años, no sabe lo que es la vida, comí de la basura, dormí en la calle, vivíamos felices

¹³ Carolina Páez, informe a la autora, 27 de mayo de 2020.

hasta que la vida nos separó (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

En los casos de crianza por terceras personas también se describen experiencias de maltrato y abuso de parte de sus cuidadores. Glenda, una trabajadora sexual de 50 años y madre de 4 hijos que ingresó a esta industria hace 10 años cuenta que, tras el abandono de su madre, la cual decidió conformar una nueva familia luego de que su padre no quisiera hacerse cargo de sus hijas, ella y su hermana quedaron a cargo de su abuela materna. Sin embargo, tras su muerte, cuando Glenda tenía 13 años, su tío y su esposa pasaron a cuidarla, empezando así su historia de violencia. A pesar de los abusos recibidos su tío representó la imagen de un padre para Glenda.

¿Qué fui para la familia de mi madre? La cenicienta. La cenicienta en los más terribles maltratos que me podían dar porque me daban porque si y porque no. Pero me golpeaban, me daban con el cabestro. Nunca me dijeron ve vos como mi sobrina, como la hija de mi hermana te vamos a apoyar para que estudies, te vamos a comprar un par de zapatos. ¡No! Yo fui la niña que anduvo descalza (Glenda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

La tercera experiencia corresponde a la de quienes se criaron en la calle. Esta modalidad agrupa la mayoría de problemas relatados hasta aquí, pero, con mayor intensidad. En estos casos no hubo ninguna persona que se hiciera completamente responsable de ellas, teniendo que buscar las formas de educarse, alimentarse y vestirse por sí mismas, desde muy pequeñas. La historia de Linda una trabajadora sexual de 45 años, madre de un hijo y migrante externa, es ejemplo de ello. Comenta que desde muy pequeña conoció la vida de calle, se asoció a pandillas y trabajó para costearse sus necesidades lavando carros o vendiendo cosas. En estos casos prefieren guardar silencio o no ahondar en detalles sobre sus historias “yo tenía 5, mis hermanos más grandecitos a veces dormíamos en las iglesias también. Pero bueno ahí a veces que a uno no le gusta recordar la niñez de uno ¿sabes? porque por ejemplo uno sufre violaciones y todo” (Linda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

En los dos últimos casos, de quienes se criaron con terceras personas y en la calle, los sentidos de la relación con sus madres y las experiencias que relatan se corresponden con la

imagen de la “mala madre” descrita por Badinter (2010) porque, según ellas, no cumplieron con las demandas esperados para su rol. Sus representaciones reflejan el retrato de una madre negligente, ausente e incapaz de mostrar amor materno. Para ellas, el comportamiento de sus madres rompe con lo que se espera cultural y socialmente de su figura porque no fueron capaces de satisfacer sus necesidades materiales y afectivas. Los reclamos por su presencia tienen que ver, mayoritariamente, con el acompañamiento en momentos como la menarquia, los embarazos o en los conflictos con sus parejas.

Yo me crie así con esos vacíos porque yo nunca supe lo que es un abrazo de una madre o siempre en el colegio un representante. ¿Me entiendes? Nadie, o sea, uno solo. Tristeza porque no puede disfrutar ni de nosotros, ni nosotros de ella y tristeza por ser una persona tan mala, tan egoísta, tan cruel [Refiriéndose a su madre] (Linda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Ella no me dio nada, ella no me dio amor, ella no me dio cariño, ella no me cuidó, ella no me llevó a la escuela, ella no hizo nada. Tonces ahora que ya está vieja porque tengo que yo dar (...) en la escuela nunca supieron quién era mi mamá (Glenda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

La complejidad de las relaciones da como resultado que, en sus relatos, la imagen de la buena madre confluya constantemente con la de la mala madre. Además, a pesar de sus experiencias y recuerdos negativos son sus madres quienes generalmente se hacen cargo del cuidado de sus hijos/as cuando salen a trabajar a otras ciudades o países.

Las experiencias de infancia de las madres trabajadoras muestran que la infancia es un privilegio de clase, son los ricos quienes pueden disfrutarla y no la clase pobre. La influencia del abuso y negligencia social como la pobreza, las casas inadecuadas, el poco cuidado de la salud, la insuficiente nutrición y el desempleo permiten entender la incidencia del abuso y negligencia infantil, demostrando que muchas de estas prácticas son más bien producto de la pobreza en lugar de la cultura. Los relatos contados aquí revelan que se trata de niñas que no viven sus infancias porque tienen que trabajar para sobrevivir o están expuestas a un medio hostil que pronto las hará involucrarse en actividades socialmente estigmatizadas, como el trabajo sexual. Los hijos de la clase pobre están obligados a crecer más rápido y comportarse como adultos para sobrevivir (Goldstein 1998). Sus experiencias están marcadas por sus

vivencias de crianza y dan cuenta de la compleja forma en la que se configura la subjetividad la cual, más allá de ser un producto universal, es el resultado de estas experiencias particulares y temporales tanto a nivel individual como colectivo. Su subjetividad femenina, en particular aquella que se vincula con la maternidad, proviene de los sentidos producidos por estas experiencias pasadas y se transmite tanto en los códigos como en los sistemas simbólicos. Es aquí donde construyen los significados sobre la buena madre (Rivas 1996).

2. Trabajo sexual y maternidad

Las primeras actividades económicas que realizan las madres trabajadoras sexuales se relacionan con el sector de la industria pesquera y la agricultura, algunas trabajaron en plantaciones bananeras o de cafetales. Otras fueron comerciantes minoristas o se encargaban de algún negocio. Perla, cuenta que luego de que su marido falleció se dedicó a la pesca en Pedernales:

Yo cogía lo que pescaba, una mano de 80, 60, libras de corvina, robalo, bagre, con la mano botaba en el suelo al mar y lo jalaba, estado a punto de ahogarme, porque el pescado tiene fuerza en el mar y me arrastraba (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Estos trabajos comparten características de explotación asociadas a una fuerte demanda física y mental, así como una remuneración económica extremadamente baja.

En las bananeras me acuerdo que me pagaban 3 dólares por glostear¹⁴ el guineo, era todito el día desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde. Después me pusieron a pesar, después a coger las cajas, bueno total ganaba 3 dólares depende lo que hacía, glostear me acuerdo que era 3 dólares, fumigar también y sacar los popos del guineo era dos dólares, pero todo el día (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

La mayoría de estas actividades las incursionan en sus ciudades de origen, sin embargo, dadas las condiciones laborales, se ven forzadas a migrar de sus localidades con el fin de buscar un mejor sustento económico. Además de la necesidad económica sus construcciones sociales y culturales sobre los significados de pertenecer al campo también influyen en sus motivaciones

¹⁴ El término glostear significa dar forma a la cabeza de banano luego de cosecharla. Implica definir su forma y número antes de introducirla en la caja para su comercialización.

para migrar. En la mayoría de relatos se identifica que la reconstrucción y reflexión que hacen, desde la memoria, refleja rechazo a su origen y trayectoria campesina. Provenir del campo se asocia con trabajo duro, experiencias de maltrato, grandes esfuerzos como levantarse muy temprano, cuidar solas a los animales, falta de tiempo para sus actividades educativas, entre otras. La ciudad simboliza, para ellas, modernidad. Implica tomar distancia de su origen para sentir y contar que ahora están mejor. La migración a la ciudad legitima su proceso social y la construcción de una identidad no campesina que en apariencia les otorga más oportunidades. Aunque también existen excepciones: “Qué sé yo como le digo a mi me encanta el campo, andaba con mis abuelos, andaba en el campo llevando ganado, trayendo el ganado, arando, ayudándole a mi abuelita y a mi mamá con los animales” (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Al llegar a Quito intentan insertarse en el sector laboral formal sin embargo enfrentan varias dificultades tales como la inestabilidad laboral, los salarios muy bajos y la imposibilidad de conseguir ciertos requisitos para trabajar como por ejemplo referencias laborales o personales, lo cual es doblemente difícil para una persona migrante. En otros casos son rechazadas a causa de la avanzada edad o falta de experiencia.

Quando recién vine de la costa vine a buscar trabajo. Yo acá vine a buscar de lo que sea porque yo la verdad no soy graduada, estuve hasta segundo curso. Entonces vine a buscar, pero nadie me quiso dar ¡Nadie! Me pedían referencias que de personas que me conocieran y yo no, no tenía porque cuando yo me separé o sea un tiempo estuve con mi marido teníamos un negocio tonces él mismo administraba y no trabaja pues en un trabajo (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

A esto se suma su escasa formación educativa, la cual, como ya se mencionó, se convierte en una seria debilidad al momento de ingresar a un mercado laboral competitivo. La falta de educación es capaz de perpetuar inequidades y en términos de género afecta mayoritariamente a las mujeres en relación a los hombres en la medida que a las primeras les resulta más difícil tener cubiertas sus necesidades básicas (Beckham et al. 2015). Es decir, que la falta de educación se relaciona de manera directa con la precarización laboral y el desempleo femenino (Rivers-Moore 2010).

Las características socio económicas exigen su expulsión del ámbito escolar, lo cual termina por cerrar su rango de posibilidades previamente obturadas. Se trata de mujeres que constantemente luchan por la búsqueda de satisfacción sus necesidades básicas, de sentido de pertenencia, de inclusión, de identificación, todas ellas características esenciales en el sujeto (Anzola 2005, 30).

Por lo tanto, los trabajos disponibles para ellas se concentran en el comercio, el trabajo doméstico o la manufactura, considerados como los sectores peor remunerados de la economía. La situación laboral, particularmente vulnerable, favorece otras desigualdades tales como el acceso limitado a la vivienda, al crédito y a la seguridad social. Se trata entonces de un estado permanente de vulneración social que se legitima y perpetua con el tiempo en la medida que las circunstancias desfavorables se reproducen una y otra vez. “Las configuraciones subjetivas, las condiciones familiares y las dificultades del ambiente se combinan con posicionamientos de clase, de género, de generación y étnicos que generan o potencian diversas desigualdades” (Fainsod 2011, 240).

Por último, enfrentan el reto de ser madres solteras que crían solas a sus hijos y que no reciben los ingresos correspondientes a la manutención de sus hijos/as de parte de sus padres. “Se fue con esa mujer [refiriéndose a su ex marido] yo me quedé con mis hijos entonces de ahí yo empecé a trabajar y ahí se enfermaron y decidí bajar a Santo Domingo donde la abuelita a decirle que me apoyara pues” (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Aquí tengo mujeres que son papá y mamá para los hijos (...) compañeras que tienen niños pequeños todavía entonces les cuesta, les cuesta (...) Aunque sea un punto que me haga ya tengo para mí comida (...) yo fui papá y mamá para mis tres hijos gracias a este trabajo mis hijos son bachiller. Es muy difícil, muy difícil más que todo cuando los hijos son pequeños y no tienes el apoyo de por ejemplo mi caso, yo aquí no tengo ningún familiar, no tengo ningún familiar soy yo y mis dos hijos (Valeska, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Ya sea que se trate de madres solteras o mujeres que han constituido nuevas relaciones de pareja todas son jefas de hogar. “Existen muchos casos de trabajadoras sexuales que han sido madres desde muy jóvenes. Todas somos cabezas de hogar indiferentemente que tengamos o

no marido todas somos cabeza de hogar” (Marjorie, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, enero 2019). Adicionalmente, para quienes conviven junto a sus hijos no suelen contar con redes de apoyo cercanas o seguras para que les ayuden en el trabajo de cuidados. En cambio, quienes no conviven junto a ellos suelen encargar su cuidado a otras personas mientras ellas trabajan en otras provincias o países, sin embargo, tienen que asegurarse de enviar con regularidad el dinero suficiente para sus hijos, así como para sus cuidadores, lo cual duplica o triplica el número de cargas familiares que mantener. Linda quien migró a Europa señala: “Yo me quedé sin trabajo, yo tenía que mandar pal niño, para todo hasta para una misma allá pagar” (Linda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Estos factores hacen que el sostenimiento de la vida sea muy difícil porque cuentan con recursos muy restringidos para sobrevivir y cubrir las necesidades mínimas aumentando así su vulnerabilidad social, entendida como “el estado particular de riesgo y desprotección social de determinados sectores sociales o individuos excluidos de la sociedad que han sido afectados por un conjunto de factores negativos” (Anzola 2005, 59). Dicha vulnerabilidad determina sus posibilidades de sobrevivencia en medio de un contexto que constantemente las excluye, pero no deja de exigirles que respondan por las necesidades de sus hijos/as. La exclusión más que un estado, es una construcción social, un proceso sistemático a la vez biográfico y estructural, que afecta a las personas más vulnerables. En este caso mujeres pobres que han sido sistemáticamente violentadas tanto desde las instituciones como de otros individuos (Anzola 2005). Al respecto una de las lideresas de las trabajadoras sexuales expresa con firmeza:

Los hombres las embarazan y las dejan botadas con dos, tres, cuatro hijos. Entonces ¿A qué se ve la mujer avocada? Si no hay fuentes de trabajo en primer lugar, en segundo lugar, la poca escolaridad, la poca educación, las oportunidades que no hemos tenido, tener una profesión. ¿Qué les queda buscar? El camino del trabajo sexual. La mayoría tiene los niños y después es que se hacen trabajadoras sexuales, por la necesidad (Ingrid, madre ex trabajadora sexual y representante de las trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, abril 2018).

2.1 La maternidad ideal como motivación para el trabajo sexual

En medio de este abanico limitado de oportunidades las trabajadoras sexuales optan por el trabajo sexual como medio de subsistencia alternativo necesario para sobrevivir, esta elección estratégica se basa en el argumento de cuanto pueden ganar en comparación con otros tipos de

empleos disponibles para ellas (Rivers 2010). “Nosotros para tomar la decisión de ejercer este trabajo hemos visto muchas veces obligadas por la necesidad, por la situación, de cómo nos ha tocado vivir la vida, de cómo la hemos vivido” (Marjorie, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, enero 2019).

Las problemáticas económicas y sociales, las múltiples desigualdades a nivel local y global, la falta de empleo en el sector formal de la economía, los bajos niveles de educación, la oferta y demanda de servicios sexuales en crecimiento convierte a la industria del sexo en una alternativa de la cual las mujeres son actoras primordiales (Ruiz 2008, 203).

Las modalidades de ingreso al trabajo sexual son variadas. En el caso de los ingresos voluntarios, tienen ideas más o menos claras de lo que se trata y son instruidas o iniciadas por amistades o conocidos.

Me acuerdo que (...) vivía en una casa que era vecindad ahí le conocí a una chica (...) nos hicimos así amigas (...) ya la chica ya ha sabido trabajar en esto (...) un día le dije que andaba desesperada por buscar trabajo y nadie me daba y entonces ella me dijo que ella trabajaba en una discoteca y que les pagaban por el consumo del trago, pero eso nomas me dijo (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Dioney cuenta que comenzó en esta actividad cuando se encontraba trabajando en la frontera colombo ecuatoriana y una compañera menor de edad de la plantación donde trabajaban le animó a ingresar. La invitación incluyó el obsequio de una considerable propina inicial para que ella pudiera comprarles cosas a sus hijos quienes se quedaron bajo el cuidado de otras personas para que ella pudiera viajar.

Yo empecé en Hormiga de Putumayo tres meses. Eso fue por una niña de 13 años (...) estábamos camellando, cosechando papaya, a mí se me rajaban los dedos, es dura la mancha, quema. Me decía ‘uy yo tengo una amiga que ella gana bastante plata’. Trata de blancas ¿Qué será? Yo pensé que la trata de blancas era que transportaban droga, yo no sabía. Entonces yo pensé que era por pasar drogas a países (...) yo necesitaba urgente económicamente, por mis hijos y por todo (...) lo único que pensaba fue irme a trabajar para conseguir dinero y que nos les faltara nada (...) todo lo que yo hacía era para mis hijos, yo no me acordaba de mí, yo hacía lo que hacía. No me compraba nada para mí (Dioney, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Otras mujeres comenzaron laborando en actividades variadas en los lugares donde se ejerce el trabajo sexual, como por ejemplo limpieza. No obstante, tras ver que los ingresos de sus compañeras eran superiores decidieron optar por este trabajo.

Se veía como una discoteca (...) ‘cuando las chicas dentren usted limpia, para cuando vuelvan otra vez las chicas esté la cama bien limpia, todo bien acomodado en la mesita y el piso bien limpio’ Y empecé así (...) ya después yo me involucré (...) las veía [a las trabajadoras sexuales] que ellas cobraban \$100, \$150, \$80, \$60. Yo decía no pues ta bueno. Con los nervios de punta hice todos los trámites en centro de salud todo y le dije a la licenciada que yo quería trabajar allá con las chicas ella me dijo ‘bueno’ entonces yo ya fui a trabajar como las chicas (...) yo tenía con que darles de comer a mis hijas y con qué pagar el arriendo (Glenda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Existen casos excepcionales en los que fueron forzadas a ingresar como el caso de Mireya, una mujer de 50 años y madre de un hijo de 29 años, quien cuenta que fue obligada a integrarse en esta industria cuando tenía 37 años. También se incluye el caso de Rosaura quien inicialmente fue manipulada y presionada por su marido para ingresar. Sin embargo, decidió permanecer en este trabajo porque su esposo estaba desempleado, padecía una enfermedad crónica, recientemente había sufrido un accidente y era ella la única encargada de mantener a sus 9 hijos. Si bien, el enfoque de trabajo sexual señala que ésta es una actividad por la que las mujeres optan como medio laboral alternativo de subsistencia no desconoce que puedan existir escenarios en los que opera la prostitución forzada o la esclavitud sexual. Es decir que reconoce que el contexto de esta industria puede representar un riesgo y un problema para las mujeres, pero que estos casos no son generalizables (Outshoorn 2005). Además, cabe aclarar que si bien las necesidades de sus hijos no fueron la razón de su ingreso al trabajo sexual sí lo fueron para mantenerse en él.

Muchas trabajadoras sexuales empiezan el trabajo sexual siendo madres o porque son madres. La maternidad opera como un factor clave en su elección en la medida que actúa como su principal motivación. Para ejemplificar la estrecha relación entre ambos factores se retoma el caso de Perla quien, tras un incendio en su casa ubicada en la costa del país, tuvo que llevar a su hija de 8 meses a un hospital de la ciudad de Quito, cuenta que al verse sin dinero para comprar las medicinas y sin familia a quien acudir decidió ingresar al trabajo sexual.

Se me quemó la casa, mi hija se salvó de milagro. Tenía quemaduras de tercer grado. Le traje aquí en ambulancia, yo (...) a los 20 años vine acá a conocer lo que es la 24 de Mayo (...) No me daban esperanzas en el Baca Ortiz (...) Ella tenía 8 meses, se me quemó todo menos la cara. El doctor me da (...) la receta (...) era cara (...) Después me dijo ‘señora necesito un ventilador especial que vale dos millones de sucres, necesito esta receta de urgencia’. ¿Sabe qué? me vine a la 24 de Mayo (...) me senté en el muro, cuando era zona roja, fumando y llorando no sabía qué hacer, era vacía. Se me acerca una chica y me dice: ‘¿Qué te pasa, por qué lloras?’. La vida es injusta le digo, mujer luchadora, trabajadora verraca, la vida me castigo tan duro. Tengo una hija en el Baca Ortiz, necesito esta receta y un ventilador especial. ‘Trabaja’. ¿En qué? ‘Aquí’ -me dice- ¿Qué hago? Yo se trabajar en casa -le digo- cocinar lo que sea. ‘Mira’ -me dice- ‘ahí hay un señor que te está pelando el ojo, anda’. ¿Qué hago? ‘Lo que hacías con tu marido. Pero cobras’ ¿Cuánto cobro? ‘5 sucres’. Dame un cigarrillo ‘ten’. Se acercó otra [trabajadora sexual] y me dice ‘toma, anda a trabajar, ahí están las ‘Saracainas’, sube. Llévelo’ (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Las edades de ingreso al trabajo sexual son variadas. Existen mujeres que entraron desde muy jóvenes como Tania quien ingresó a los 14 años. En el otro extremo se halla Glenda, quien entró a la edad de 50 años, cuando era madre de 4 hijos y el mayor de ellos tenía 20 años. A pesar de la diferencia de edades todas comparten experiencias emocionales de miedo, incertidumbre y preocupación sobre sus primeros encuentros con los clientes. Algunas relatan, con una suerte de gratitud, que, en sus primeros encuentros, gracias a la “comprensión” de sus clientes no hicieron nada “Qué vergüenza, yo temblaba, yo era fría. Yo subí con el señor al hotel, nos metimos al cuarto, pero yo me senté a llorar en la cama” (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019). “Llegamos al sitio. Con la primera persona que iba ingresar no pude hacer nada, le comenté del caso que era mi primera vez, no hicimos nada” (Dioney, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

La verdad no me gustó. La primera vez es muy horrible esa vida es una vida bien dura (...) porque uno entra más que todo uno se asusta porque cuando uno es nuevo todos los hombres quieren estar al lado de uno y le ofrecen todo y uno que no es acostumbrada se asusta yo me asuste (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

También existen experiencias relacionadas con la disputa de los espacios y la pugna con otras mujeres por el ingreso. Como el caso de Rosaura, una trabajadora sexual indígena, quien

posiblemente por la influencia del origen demográfico de los migrantes del CHQ (Sierra) y su origen étnico 13% indígena, comenta haber tenido éxito en sus inicios en el comercio sexual en este sector, lo cual despertó la indignación y celos de sus compañeras quienes intentaron intimidarla para que se fuera.

Empecé trabajar acá en Quito ahí las chicas me empezaron a agredir. En ese tiempo tenía una hija, dije sabe que, yo tengo hija y ustedes también son madres de familia entiendan que yo necesito trabajar. En ese tiempo mi marido también estaba enfermo (Rosaura, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Al igual que el trabajo de Beckham y sus colegas (2015) en donde se señala las intersecciones entre la maternidad, el trabajo sexual y los riesgos relacionados con el VIH en mujeres adultas que se dedican al trabajo sexual en el sur de Tanzania, en esta investigación también se encontró que la maternidad de las trabajadoras sexuales del CHQ influye en el modo de vivir el trabajo sexual de dos formas: como elemento que potencia los riesgos asociados a su actividad o como estrategia de autocuidado. En cuanto al primer caso se observa que la motivación por satisfacer las necesidades de sus hijos incrementa los riesgos de su trabajo porque afecta su poder de negociación con los clientes. Para algunas madres es especialmente difícil rechazar sus propuestas y terminan aceptando algunos ofrecimientos, que en algunos casos van más allá de lo convencionalmente esperado, cuando consideran las necesidades diarias de sus hijos. Esto se incrementa al ser madre soltera puesto que sus elecciones son todavía más limitadas (Beckham et al. 2015). Las propuestas poco convencionales implican mayores cantidades de dinero que a veces a ellas mismas les impresionan.

Entonces me acuerdo que me dijo ‘hagamos una postura’ [Refiriéndose al cliente] Yo le dije ya, pero -le digo- regálame una propina y me dio. Yo no vi de cuanto era. Guardé en mi mochila después me dice ‘hagamos esto otro’ Le digo, pero regálame otra propinita. En total fueron 4 propinas que me dio. Bajamos al salón otra vez cuando en el salón yo voy a ver en el baño cuánto me había dado (...) habían sido \$400 dólares. Yo pensaba que era de 5, de un dólar y guardaba, es que era como medio oscuro. Yo decía bueno ya me regaló una propina y me conformaba. Tonces con esos 400 dólares compré cocina, compré pocas cositas para traerles a mis hijos. Les traje (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Dado que la mayoría de las veces son los hombres los que compran el sexo y las mujeres quienes lo venden, opera en medio de ellos una relación de poder que si bien no se enmarca dentro de un sistema de explotación y esclavitud como señala el modelo abolicionista si evidencia la restricción de las posibilidades de negociar de las mujeres cuando entran en juego sus aspiraciones de maternidad. “Una vez me obligó un cliente a consumir [droga] porque me estaba pagando súper bien y para poder soportarlo me tocó, no me gustó” (Lola, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2018). Algunos ejemplos de esa relación de poder también surgen cuando los clientes se niegan a pagar, se rehúsan a usar condones, exigen prácticas no negociadas, las tratan con violencia o les proponen ir con ellos fuera del local o de los límites de su lugar de trabajo.

Esta suerte de exposición o dificultad para rechazar tales proposiciones se fundamenta en su aspiración de cumplir con el ideal de la buena madre. Según Badinter (2010) el ideal de la buena madre se configura a través de la premisa de que el ejercicio adecuado de su rol implica poner las necesidades de los hijos/as, antes que las propias “las nociones de amor-sacrificio para las mujeres junto a la postergación de su propio bienestar a favor de hijos e hijas, de la familia o de otras personas” (Camacho 2014, 33). La crianza y el cuidado materno se asocian con las ideas de sacrificio. La maternidad se transforma en una función gratificante para la mujer en la medida que está cargada de un ideal que, desde fines del siglo XIX ya a comienzos del XX, se asocia con el sufrimiento, el sacrificio y el dolor (Badinter 2010).

Yo comencé a ganarme en la semana \$150. Yo tenía con que darles de comer a mis hijas y con qué pagar el arriendo (...) y cuando uno tiene que alimentar y dar de comer a un hijo tiene que buscar como sea así sepa que se te va a acabar la vida en ese instante tienes que arriesgarte (Glenda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

El riesgo al que se exponen es justificado o minimizado porque implica un beneficio directo o indirecto, para sus hijos/as. El extremo del riesgo que corren es ser asesinadas. Al respecto de la inseguridad y el peligro que corren dentro de su trabajo Solyszko (2013) los explica en el concepto de “feminicidio por ocupaciones estigmatizadas” el cual incluye aquellos asesinatos de mujeres que se asocian al tipo de trabajo que realizan los cuales, en términos generales, son objeto de discriminación. “Que venga un delincuente o un psicópata (...) que les quiere pegar (...) les sacan de los locales y ellas por ganarse un dinero más se van sin conocerles y las

matan, expuestas a ITS” (Ingrid, madre ex trabajadora sexual y representante de las trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, abril 2018).

Hay gente, hay hombres muy malos que te quieren golpear, te quieren robar, que te matan, te dan droga (...). Es un peligro, pero si sabes que tienes que pasar por ese camino de espinas vas a pasar porque de ahí vas a agarrar lo que necesitas para llegar a tu casa a darle a ese ser que está esperando. Es parte de ser madre. Por una parte, te sientes complacida porque consigues un dinero y les das a tus hijos por otra parte es duro y frustrante porque tú no conoces a la persona y el terror, el miedo que te pueda invadir, que te pueda hacer algo, que te pueda matar que te pueda acabar en ese momento toces se te dan sentimientos encontrados como el miedo como rechazo (...) pero cuando ya llegas a tu casa con algún dinero y están tus hijos te sientes tranquila te sientes ‘bueno ya lo hice por ellos y aquí estamos’ (Glenda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Otra modalidad a través de la cual opera esta dinámica de exposición al riesgo es la auto explotación que viene acompañada de la influencia de poder de otras personas como los administradores de los locales. Janine, quien trabajaba en una local, cuenta que solía doblar jornadas laborales bebiendo alcohol permanente con el fin de soportar los horarios sobre exigentes que sus jefes les demandaban y que ella decidía aceptar por la necesidad económica. En algunas ocasiones este ritmo de trabajo suele implicar riesgos en su salud.

Trabajar en eso si porque uno lucha todos los días vive con personas ahí que ni sabe a veces uno hasta se niega a veces uno no quiere estar con nadie y le obligan casi uno obligado llega ahí yo me he sentido, así como obligada porque no he podido conseguir trabajo a veces no he tenido ni para comer entonces uno va (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

El lugar que ocupa el alcohol en su trabajo es otro riesgo que requiere atención debido a la recurrencia de su consumo, especialmente entre las mujeres que trabajan en night clubs o centros de tolerancia. Lola cuenta su experiencia asociada a la exposición constante al uso y abuso de sustancias que era fomentada tanto por los administradores de los locales como por los clientes que la obligaban a consumir. El alcohol también funciona como aliciente para poder soportar a sus clientes y garantizar o asegurar que estos contraten sus servicios. “El recurso del alcohol, psicotrópicos y otros estimulantes es tan cercano a la vida cotidiana de

esta población en la medida que también les permite lidiar con los altos niveles de angustia que genera este entorno” (Segura 1995, 203). Existen casos en que esta exposición frecuente genera el desarrollo de una dependencia. Asimismo, el alcohol a veces favorece el abuso sexual de las trabajadoras sexuales porque bajo sus efectos su voluntad queda anulada y las vuelve blanco de explotación.

No tenía ni sentido porque a veces trabajábamos en la noche a veces en el día también entonces sabe ahí con tragos y todo nos levantábamos casi a las 10 de la mañana y a la una ya entrábamos a trabajar salíamos 11 de la noche (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Yo acepto ahora que soy alcohólica... se bebe todos los días, es una herramienta para poder trabajar. La chica que no acepta un vaso de cerveza (...) esa chica no hace nada de dinero. No ha habido un día que yo no me haya tomado un vaso de cerveza (Lola, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2018).

La segunda forma en que la maternidad influye en su trabajo es como estrategia de cuidado porque las empodera y previene de riesgos. Por un lado, a veces, apelan a su maternidad para ganar simpatía con el cliente y de este modo obtener dinero extra. Y, por otro lado, reduce los riesgos en la medida en que prefieren no exponerse o arriesgarse a tomar malas decisiones precisamente porque desean mantenerse vivas por sus hijos, no abandonarlos y verlos crecer. Asimismo, se apoyan de su maternidad, en tanto la respetabilidad que genera su rol de madres, para recuperar cierto poder con los clientes y negociar por más dinero o demandar el uso del condón. Entonces, la maternidad puede ser tanto un elemento de exposición como uno de auto protección contra riesgos (Beckham et al. 2015).

Le digo que no, no he venido a estar contigo acostándome y tienes que tratarme bien soy humana como tu esposa soy carne y hueso, cuerpo y alma así que tienes que considerarme el dicho que yo trabaje en esta forma tampoco me vas a venir a abusar (Rosaura, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Estas son algunas de las razones por las que muchas buscan salir de este trabajo o anhelan salir de él en algún momento. Algunas han intentado hacerlo, pero señalan que regresan a causa de sus hijos y la situación económica. Hay quienes salen del trabajo sexual por motivos

de enfermedad. En el año 2013 “el 92,4% de las mujeres mencionó querer cambiar de opción laboral debido a las características negativas que conlleva” (Álvarez y Sandoval 2013). “Ir a acostarse con los hombres y si le soy sincera ya no quiero trabajar en esto, pero la necesidad me obliga, la necesidad por mis hijos” (Rosaura, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Bueno mi trabajo, es difícil yo estar con personas, llegar a mi casa tener que ducharme y estar pensado bueno hasta donde voy a llegar (...) debería buscar otra forma de empleo (...) estoy aburrida de eso, pero me toca por la necesidad (Dioney, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Para quienes logran salir es muy probable que vuelvan a entrar.

Ya saqué el título artesanal (...) trabajaba dando cursos en (...) Riobamba me llamaban al Municipio (...) entonces de ver que no me alcanzaba volví a trabajar (...) no sabía ya que hacer (...) tocó volver porque ya no teníamos ni que comer ya estábamos sin nada (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

La realidad es que su ocupación les permite responder económicamente por sus hijos cubriendo al menos sus necesidades mínimas de alimentación, educación y salud. En algunos casos incluso les permite extender parte de ese beneficio al resto de su familia. Para otras basta con poder sobrevivir el día o con salir de un apuro relacionado con sus hijos/as. Finalmente, hay otros casos, los más alentadores, les posibilita dotarles de cosas y complacerles en ciertos gustos. De cualquier forma, todas estas expectativas maternas vienen dadas por sus experiencias de vida asociadas con la privación. “Como yo trabajaba en esto a mis hijas no le faltaba de comer nunca, no le faltaba el material de la casa como a mí me faltó” (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Entonces sí, es feo estar en esta vida. Es muy feo, muy doloroso, porque te discrimina te maltratan. Pero yo no me arrepiento y si algún momento, lo tuviera que regresar a mi vida pasada, yo no viera dos veces y lo volviera hacer, porque con eso, muchas veces puede pagar la sangre que le ponían a mi hija, podíamos irnos alguna parte juntas y todo eso (...) mi hija tenía malo el corazón. Desde los cuatro años ella tuvo una válvula de plástico en el corazón (Priscila, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Es decir que mantener económicamente a sus hijos se reporta como la mayor motivación de las mujeres para mantenerse en el trabajo sexual. Algunas trabajadoras sexuales han informado que buscan tener hijos a través del trabajo sexual quizás como estrategia de éxito (Beckham et al. 2015) o que escogen a sus parejas en la medida de sus posibilidades económicas con la finalidad de hallar estabilidad. A veces, “el matrimonio y las expectativas que lo acompañan, una casa, un trabajo y una familia construida alrededor del marido y la esposa, representan un deseo individual de romper con la pobreza” (Stack 1974, 200).

Meterme con una persona para poderme dar que terminará sus estudios porque ya en sexto año pedían cosas y era más caro y a veces nunca me dejó morir igual se preocupaba cuando yo le decía ‘ve mi hijo necesita tanto en el colegio’ ‘ya’ –dice- ‘ahora le traigo’ y así (Mireya, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Es preciso mencionar que si bien el trabajo sexual les permite obtener dinero para sostener sus hogares algunas veces no es suficiente para cubrir la totalidad de las necesidades es por ello que simultáneamente se combina con otras formas de generación de ingresos como el servicio doméstico, el comercio informal o las ventas. “Si no vendo comida, si no vendo productos, si no voy al trabajo, pero algo me sale. Antes yo todos los embarazos me la pase vendiendo comidas haciendo ceviches, haciendo encebollados, arepas, empanadas” (Dioney, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019). La combinación del trabajo sexual con otras actividades económicas es algo que sucede desde sus comienzos ya que permite incrementar los ingresos y acumular el salario suficiente para vivir (Kempadoo y Doezma 1998; Clark 2001). Las madres trabajadoras sexuales de esta investigación mantienen otras actividades económicas como vender comida, productos de limpieza, lavar ropa. También son empleadas de limpieza, trabajan en quehaceres domésticos o administran negocios propios al terminar su jornada o los fines de semana. Existe el caso de una migrante externa que se involucró en actividades del narcotráfico a la vez que ejercía el trabajo sexual.

Y yo vendo la verdad, me hice un cochecito, yo vendo juguetes para niños, pelotas, burbujas, ahí también en esa venta a veces también es dura, cuando hay, hay, pero cuando está duro hasta para vender. Si me cree me cree, pero el día lunes pasado me fui a vender a una escuelita, sabe cuánto gane un dólar, todo el día (...) A veces no tenía trabajo. Sacarse la vida por donde más pueda, para darles de comer, principalmente no les falte la comida, pero eso si

le digo, nunca en la vida, me metió en drogas (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Asimismo, existen aquellas que realizan cursos o reciben talleres con el fin de incrementar sus ingresos. En la casa de acogida religiosa, uno de los escenarios de investigación, les enseñan a hacer productos de limpieza como jabones, detergente, cloro, suavitel para que comiencen sus propios emprendimientos. En casos extremos de necesidad económica recurren a pedir limosna, otras personas cobran el bono o reciben ayuda de fundaciones. También hay casos en que el trabajo sexual es la actividad secundaria y no principal generadora de ingresos.

En economías globalizadas y marcadas por crecientes desigualdades la sexualidad es un medio para obtener ingresos, pero no solo para mujeres que ejercen el trabajo sexual de manera más o menos permanente y “profesional”. Otras personas utilizan ocasionalmente y de manera informal la intimidad para escapar de privaciones económicas, acceder a bienes materiales o cultivar lazos emocionales que a largo plazo podrían potencialmente ofrecer un mejor futuro (Ruiz 2017, 3).

Sus experiencias confirman que, en la mayoría de casos, el trabajo sexual no es únicamente para la estabilidad individual sino para el bienestar o supervivencia de la familia (Kempadoo y Doezma 1998). Además, refleja la agencia de las que disponen al ir más allá del determinismo económico y considerar sus distintas motivaciones para intervenir en circuitos alternativos que les permiten conseguir mayor autonomía y hacer frente a las necesidades propias y de sus familias (Sassen 1998). Sus intentos de ser eficaces a favor de sí mismas o de otros demuestra su voz, autonomía y agencia, eliminando la falsa impresión de que son víctimas pasivas. Son actores sociales capaces de considerar opciones y tomar decisiones para transformar las condiciones de su vida cotidiana (Kempadoo y Doezma 1998).

Yo no iba a dejar de morir de hambre a mis hijas, ni dejarlas que dejen de ir a la escuela (...) yo lo que hago lo hago por mis hijas (...) estaba tan desesperada que no sabía otra manera de conseguir dinero tenía muchas deudas (...) tenía mis niñas pequeñas, el tiempo no me daba para estudiar a mis hijas, mandarles a la escuela yo no tuve apoyo de mi familia (...) A veces yo lloro siento que ya no puedo más siento que ya no quiero seguir en esa vida me pongo a llorar, me desahogo, me levanto y digo tengo que salir adelante (Lola, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2018).

Conclusión

Las historias de vida de las trabajadoras sexuales están marcadas por la violencia estructural, la cual se muestra, principalmente, en el plano económico, en la precarización de sus condiciones de vida, en los desplazamientos forzados, en la pobreza, en la explotación laboral y en la violencia de género que viven. Asociada a la precariedad social se encuentran sus estructuras familiares diversas que, por múltiples razones, en la mayoría de casos no logran constituirse para ellas como un elemento de apoyo. Sus relaciones familiares dan cuenta de una vincularidad compleja en la que prima la crianza por terceras personas y que está determinada por las condiciones económicas de sus familias. En lo que respecta a la relación con su madre existe una constante tensión y confluencia entre la impresión de la “mala” y “buena” madre. Se trata de vidas marginadas que han sido excluidas de los planos económico, social, cultural y político.

La falta de oportunidades a lo largo de su vida crea el escenario idóneo para que al momento de ingresar al mercado laboral formal enfrenten condiciones de explotación y dificultades propias para su género, esto sumado a la maternidad soltera y a la jefatura de hogar que desempeñan convierte al trabajo sexual en una opción que les permite cumplir su deseo materno de no dejar de morir de hambre a sus hijos. En todos los casos, excepto uno, ingresaron en esta actividad económica luego de ser madres y en todos los casos esta fue la razón para entrar o permanecer allí.

Entonces, la maternidad se configura como motivación que dota de sentido al trabajo sexual porque opera como estímulo, objetivo y deseo. Su elección se sostiene en el ideal normativo de la maternidad sacrificada. La relación entre trabajo sexual y la maternidad es el ideal materno de la buena madre que le da sentido a su trabajo y les permite soportar situaciones que en algunos casos resultan altamente violentas, así como exponerse a riesgos que en otros casos no aceptarían. Ellas hacen que la maternidad y la supervivencia sea el foco de su vida laboral. Esto no implica romantizar sus vidas o su trabajo sino resaltar la agencia de la que disponen para combatir y resistir las condiciones desfavorables de su contexto, generar oportunidades para ellas y sobre todo para sus hijos/as. Por lo tanto, la relación entre el trabajo sexual y la maternidad es muy estrecha. Ser madres, para ellas, significa hacerse cargo de sus hijos a cualquier precio incluyendo los riesgos, la sanción social y el estigma del que se hablará en el siguiente capítulo.

Capítulo 4

Maternidades putas: culpa, lucha y reivindicación

Introducción

Este capítulo explora la forma en que la maternidad y el trabajo sexual se combinan y dan lugar a la práctica y ejercicio de lo que en esta investigación se denominan como maternidades diversas y adversas. Pretende poner de manifiesto las formas de organización, y negociación de la maternidad de las trabajadoras sexuales en medio de condiciones limitadas. Se divide en tres secciones. En la primera se explora el estigma que atraviesa la identidad de trabajadoras sexuales y las formas en que éste influye en sus relaciones, especialmente la que mantienen con sus hijos, favoreciendo el cuestionamiento constante de su rol. Asimismo, se describen los mecanismos que utilizan para evitar el estigma tales como el ocultamiento y el anonimato, que muchas veces implica lo que ellas llaman llevar una “doble vida”. En la segunda sección se analizan sus prácticas de maternidad describiendo las estrategias organizativas que emplean en la crianza de sus hijos a pesar de las redes sociales limitadas y el curso de una maternidad en solitario.

Finalmente, en la tercera sección se muestra cómo tanto el estigma y la culpa son contrarrestados a través de las reivindicaciones que precisamente les permite el trabajo sexual. Es decir que la mayoría de sus representaciones, sentidos, concepciones, aspiraciones e ideales maternos, contruidos previamente por sus experiencias de vida, se logran gracias a su ocupación. Con ello logran sobrellevar el estigma que pesa sobre su trabajo, aumentar su capacidad de consumo y mejorar las condiciones de vida de sus hijos/as y familias, posibilidades que les sería negada a través de otros espacios laborales disponibles para ellas considerando el contexto de desigualdad del cual provienen.

1. Estigma, culpa y anonimato

Según Goffman (2006) el estigma representa la situación del individuo inhabilitado para una plena aceptación social. El origen del término proviene de Grecia y se usaba como referencia de algo malo, significado que permanece hasta la actualidad. El estigma está regulado por el medio social y se otorga a modo de una identidad que produce, en los demás, un efecto de descredito que se asocia con defecto, falla o desventaja que generalmente conlleva discriminación (Goffman 2006). “Construimos una teoría del estigma, una ideología para

explicar su inferioridad y dar cuenta del peligro que representa esa persona” (Goffman 2006, 15). La literatura alrededor de la industria del sexo demuestra que el estigma y el trabajo sexual están estrechamente ligados. Se trata de una ocupación estigmatizada que se asocia con inmoralidad, censura social y enfermedad (Beckham et al. 2015).

Ahora bien, el estigma que conlleva el trabajo sexual surge a causa de la forma en que históricamente se ha construido la sexualidad femenina, la cual, desde un enfoque mayoritariamente moralista, es valorada a partir de la pureza que puede ostentar la mujer. Es decir que la sexualidad femenina se reprime y oculta pasando a ser consentida únicamente dentro del matrimonio. Las mujeres son concebidas como seres asexuales sin libertad y autonomía para ejercer su sexualidad y a quienes incumplen con esta premisa se les condena a ser vistas y tratadas como personas desatadas que ostentan un comportamiento catalogado como salvaje, excesivo y en última instancia destructivo (Kaplan 1990). “Suponiendo a las manifestaciones no conyugales de la sexualidad como periféricas, marginales, preliminares o desviadas (...) todo discurso sobre sexualidad está cargado de valores, criterios dicotómicos de normalidad/anormalidad asociados con salud/enfermedad y con naturalidad/desviación (Szasz 2004, 66).

Por lo tanto, el estigma que recae sobre el trabajo sexual se sustenta en la idea de que la mujer que se dedica a esta actividad emplea sin pudor su sexualidad, convirtiéndose en el reflejo invertido de lo que se espera de una dama. La trabajadora sexual representa promiscuidad o liberalidad sexual porque transgrede los ideales del comportamiento esperado para su género. En ese sentido, el término “prostituta” asume connotaciones arbitrarias de descalificación moral, estigma social, metáfora o insulto. La trabajadora sexual carece de respetabilidad y pasa a ocupar un lugar de marginación relativa que la hace acreedora de la degradación pública. En definitiva, las mujeres que ejercen el trabajo sexual están expuestas a vivir constante discriminación y rechazo. El poder del discurso estigmatizante provoca que ellas mismas, como sujetos estigmatizados, sean muy consciente de su estigma y de algún modo se apropien de él (Goffman 2006; Beckham et al. 2015) “a nadie le gustaría que su hijo sepa que es una trabajadora sexual” (Marjorie, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, enero 2019).

El poder salir de todo esto, es muy doloroso y yo sé que algún momento lo voy a lograr, algún momento voy a decir puedo hacer esto y no voy a regresar allá nunca más (...) es lo más feo que una persona te toque. A veces te insultan, a veces te hablan, a veces simple y llanamente eres puta y nada más. O sea, la discriminación que existe es bien grande. Decidí yo mi vida, torcí yo mi rumbo, mi vida (Priscila, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Al estigma le continúa una dinámica de segregación social que se basa en la fuerza de la exclusión y la abyección (Butler 2002). Los cuerpos de las trabajadoras sexuales se reconocen como “cuerpos abyectos o deslegitimados que no llegan a ser considerados "cuerpos" (Butler 2002, 39). Esta deslegitimación se entiende desde lo que Rubin (1989) denomina como ‘las castas sexuales más despreciadas’ que:

Incluyen normalmente a los transexuales, travestís, fetichistas, sadomasoquistas, trabajadores del sexo, tales como los prostitutos, las prostitutas y quienes trabajan como modelos en la pornografía y la más baja de todas, aquellos cuyo erotismo transgrede las fronteras generacionales (Rubin 1989, 18).

Estas castas forman parte de una escala de conductas sexuales en la que a medida que se descende, los individuos que las practican, se ven sujetos a la presunción de enfermedad mental, ausencia de respetabilidad, criminalidad, restricciones a su movilidad física y social, pérdida del apoyo institucional y sanciones económicas. El hecho de que el trabajo sexual se asocie con criminalidad lo condena a la marginación, el subdesarrollo y la deformación (Rubin 1989). “El estigma es discurso, un lenguaje de relaciones humanas que pone en relación él y con el otro, el normal con el anormal, el sano con el enfermo, el fuerte con el débil” (Scheper – Huges 1995, 358). “Extraño mi dignidad como mujer (...) trabajar en este mundo a una la ven como ver la suela de los zapatos, una puerta una mesa, menos un ser humano” (Lola, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2018).

El estigma es uno de los múltiples factores que favorece que el trabajo sexual continúe siendo distinguido de otros tipos de empleos del sector laboral y contribuye a la violencia contra las trabajadoras sexuales (Beckham et al. 2015). El estigma se evidencia en los actos de rechazo, discriminación y maltrato de los transeúntes, los dueños de hoteles, los propietarios comerciales y los moradores del sector, que surge, principalmente, por la asociación que se

hace de ellas con la delincuencia, las drogas, la pornografía, el alcohol y la esclavitud sexual (Red de Trabajadoras Sexuales del Ecuador 2006, 99; Álvarez y Sandoval 2013).

El individuo estigmatizado puede descubrir que se siente inseguro acerca del modo en que nosotros, los normales, vamos a identificarlo y recibirlo (...) La incertidumbre del estigmatizado surge no solo porque ignora en que categoría será ubicado, sino también, si la ubicación lo favorece, porque sabe que en su fuero interno los demás pueden definirlo en función de su estigma (...) de ese modo, parece en el estigmatizado la sensación de no saber qué es lo que los demás piensan ‘realmente’ de él (Goffman 2006, 25).

El estigma que produce el trabajo sexual se refuerza cuando se combina con la identidad de la madre, función social altamente valorada e idealizada que, en algunas culturas, como la latinoamericana y mestiza, se asocia con una serie de connotaciones altruistas que la elevan a la santidad. Desde la religión católica y el marianismo este símbolo se asocia con pureza y santidad implicando una suerte de superioridad espiritual para quien la ostenta. En ese sentido, la figura de la madre se ubica como un ideal social para la mujer que se configura como opuesto a la identidad de la trabajadora sexual. Tal oposición hace que muchas trabajadoras sexuales experimenten culpa, vergüenza, reproche y asilamiento social por no cumplir con ese ideal esperado para su rol “la vergüenza se convierte, en una posibilidad central, que se origina cuando el individuo percibe uno de sus atributos como una posesión impura” (Goffman 2006, 18).

Dicha autoculpabilización surge porque la madre trabajadora sexual parece ratificar día a día “objetivamente” la inadecuación o el incumplimiento de ese prototipo de madre ideal. Como ya se dijo antes existe una clara intención de mantener la sexualidad femenina, el trabajo y la maternidad en esferas distintas y segregadas (Kaplan 1990). En consecuencia, las madres trabajadoras sexuales tienen muy clara esa distinción porque han aprendido que poseen el estigma y saben que las acompañará de por vida. La ‘aprehensión’ del estigma ocurre porque a lo largo de la vida aprendieron lo que era lo normal y lo estigmatizado, eso las vuelve más fáciles a la autocensura (Goffman 2006) “Pienso que hice mal al cambiarme a esta vida, pero no hay pie atrás” (Rosa, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Las experiencias asociadas a la culpa se fundamentan, principalmente, en la creencia de que no son capaces de transmitir valores y principios como se supone que debe hacer una madre.

El estigma, generado desde el medio social e integrado por ellas, les hace pensar que no pueden hacerlo a causa del trabajo sexual, ocupación indeseable, inadecuada y peligrosa, que las convierte en mal ejemplo. “Cosas materiales les he dado, cosas materiales, cariño y mi ayuda. No he tenido más que darles. Como ejemplo no me puedo poner (...) No puedo decir yo quisiera que mis hijas fueran como yo” (Karla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019). Finalmente, asociados al estigma se encuentran un sinnúmero de miedos y preocupaciones relacionados con la posibilidad de que sus hijos descubran su ocupación porque esto podría exponer su relación o convertirlos en posibles blancos de discriminación y segregación. “Protegerles de la comunidad, de los compañeros de que lo critiquen ‘ve ahí va el hijo de una prostituta’” (Monserrate, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, noviembre 2018). También persiste el temor de que sus hijos les sean arrebatados por otras personas o autoridades, justificándose en su trabajo. Hay casos en que algunos clientes aprovechan ese temor y las amenazan o chantajean.

Los adultos que se desvían demasiado de los modelos convencionales de la conducta sexual ven cómo se les niega, a menudo, el contacto con los jóvenes, incluso con sus propios hijos. Las leyes sobre custodia de hijos permiten al Estado robarle sus niños a cualquiera que sus actividades eróticas parezcan cuestionables a un juez de lo familiar. Un sinnúmero de lesbianas, hombres gays, prostitutas, heterosexuales promiscuos, trabajadores del sexo y mujeres “promiscuas” han sido declaradas no aptos como padres por medio de estas leyes (...) el poder coercitivo del estado asegura la transmisión de los valores sexuales conservadores (Rubin 1989, 143)

[Refiriéndose a su hijo] Me lo quitó el papá. Él puso testigos que yo trabajaba en esto, entonces me lo quitó me habían estado siguiendo todo donde trabajaba y todo, entonces me lo quitaron (...) Hace mucho tiempo atrás la persona que vino hablar conmigo me dijo que el trabajo sexual, era penado por la ley yo no le podía tener. Y me lo quitaron. Mi hijo tenía más o menos un añito y medio. Justo salía a comprar los pañales, porque no podía lavar, no tenía tiempo. Y vinieron, vino él me dijo ‘sabes qué mi hijo se va conmigo’ ¿Cómo así? me dijo ‘toma aquí está la orden’. Yo me puse a llorar y todo eso y ahí se acercó un policía me dijo que no que ya tenían la orden (...) me arrepiento haber sido cobarde porque la palabra correcta es haber sido cobarde. No haber peleado, cuando tenía que pelear (Priscila, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

En otros casos, quizás por mayor información o apoyo, han logrado exigir sus derechos y recuperar a sus hijos:

Si reuní un dinero y le metí juicio. Se lo quité por la vía legal porque el hecho de que sea trabajadora sexual no tiene nada que ver. Todavía hay compañeras que todavía son intimidadas por eso. ‘Te lo voy a quitar porque eres trabajadora sexual’. ¡No! Ni siquiera trabajadora sexual, ‘eres puta’. Cuando yo tenía las reuniones en la escuela muchas veces te encuentras algún conocido y a uno chuta se le cae la cara, no por vergüenza de mi hijo, sino porque saber cuál es mi trabajo (Valeska, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

El estigma tiende a difundirse desde el individuo estigmatizado hacia sus relaciones más cercanas. Implica un constante temor a que los demás puedan faltarle el respeto a una persona o sus seres queridos por algo que ésta exhibe, haciéndola sentir siempre insegura en su contacto con otra gente. Es por ello que algunas relaciones tienden a evitarse o, en caso de existir, a no perdurar (Goffman 2006). En el caso de las madres trabajadoras sexuales recurren al aislamiento, restringiendo sus lazos sociales o manteniéndose al margen de ciertos contactos, con el fin de protegerse ellas mismas y sus familias.

Cuando fijamos nuestra atención (...) en el defecto de la persona estigmatizada -cuando, en suma, no se trata de una persona desacreditable sino desacreditada-, es posible que esta sienta que el estar presente entre los normales la expone sin resguardo alguno, a ver invadida su intimidad (Goffman 2006, 28).

Yo con ella [refiriéndose a su madrina quien le crio un periodo de tiempo] casi no le hablo no porque fue mala sino porque me da vergüenza en lo que yo trabajo y verle a ella y yo he cambiado mucho (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Igualmente recurren a estrategias de camuflaje que les aseguran el anonimato como el uso de pelucas, maquillaje y nombres ficticios.

¿Amigas? La verdad es que no (...) evitar el contacto con mis hijas (...) el recelo que me da que alguien me conozca que les vayan a tachar a ellas en el colegio (...) me cuida mucho de que nadie me conozca, siempre uso una peluca y así (...) esa parte de mi vida la oculto más

que todo a mi hija grande (Sofía, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, marzo 2018).

El temor de ser descubiertas se incrementa cuando sus hijos/as alcanzan la pubertad.

Yo les digo que trabajo en un bar que gano por vender cervezas porque a veces me han visto que llego olor a licor, es una mentira piadosa (risas). Tengo miedo de que alguna persona mala venga y les diga tu mamá trabaja en esto (...) me muero (Lola, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2018).

La migración también les permite ocultarse porque les brinda la seguridad de que nadie les reconozca. Se tratan de estrategias de distanciamiento entre el espacio afectivo familiar y el espacio del oficio que les da cierto grado de seguridad “mi hijo no quisiera nunca que se entere lo que hago porque mi hijo si piensa que yo soy una santa” (Karla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019). Algunas optan por la clandestinidad y hacen un gran esfuerzo por ocultar su actividad, justificar los horarios nocturnos (suelen decir que trabajan en bares o discotecas) y enmascarar sus fuentes de ingresos. La mayoría de ellas trabaja en "secreto". Hacen lo posible por esconderse bajo el disfraz de madres respetables y "mujeres normales" y puede que busquen compensar con regalos y dinero la amenaza de la integridad de su núcleo afectivo más importante (Beckham et al. 2015; Segura 1995). “La normificación, o sea, el esfuerzo que realiza el individuo estigmatizado para presentarse a sí mismo como una persona corriente, aunque no oculte necesariamente su defecto” (Goffman 2006, 44).

Terrible porque vive dos vidas (...) mijo me pregunta: ‘¿mami que tal te fue?’. Bien mijo. ‘¿qué hiciste hoy día?’. Nada, estuve cociendo, lavando (...) pero no es eso. Entonces ellos van creciendo con eso de que yo estoy haciendo algo acá pero no se imaginan que uno anda haciendo (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Todas estas estrategias representan formas de protección que les ayudan a sentirse menos culpables. Sin embargo, el aislamiento social las priva de los beneficios que generan las redes de relación. Tanto la precarización del empleo como la fragilización de sus vínculos sociales generan crisis en su identidad social (Anzola 2005).

Hay muchas madres que sus hijos no saben que son trabajadoras sexuales simplemente le dibujan un tipo de trabajo (...) no porque no se sientan orgullosas de su trabajo simplemente por ser madre soltera, a veces a veces tenemos que correr, darles principios a nuestros (...) hijos, no se vayan a dañar (Monserrate, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, noviembre 2018).

Estos mecanismos no siempre suelen ser eficaces, en algunos casos han podido mantener su secreto escondido de sus familias durante años, pero en otros no. El descubrimiento de su ocupación da como resultado múltiples escenarios en los cuales la reacción de sus hijos es la más importante para ellas. En ocasiones esta noticia desencadena crisis muy graves en sus relaciones, aunque también hay casos en que se disuelve el conflicto por el afecto y el reconocimiento del amor que está en medio de ese “sacrificio” materno (Segura 1995). La mayoría de las veces sus hijos, sobre todo adolescentes, sospechan, pero no llegan a comprobar nada, en otros casos las descubren ya sea por iniciativa propia o acompañados de otras personas. En casos de conflictos de pareja suelen ser sus esposos quienes, con el afán de desprestigiarlas, llevan a los hijos a los lugares donde ellas laboran con el fin de que conozcan su ocupación.

Mi marido me conoció como fui antes, pero mal hecho de mi marido, haga conocer a todas las plazas que yo he ido. Lo que más me duele es lo que yo en persona mismo quería conversar con ellas. Dese cuenta que él [su esposo] ha ido a conocer Santo Domingo, Plaza Grande, Plaza del Teatro, la 24. Todo eso a mis hijas y una vez, hasta ahora me duele con toda el alma, que mi hija me dijo a mí ‘tú eres una prostituta’ (Tania, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

En otros la noticia surge producto del azar como el caso de Karla sus hijas se enteraron porque descubrieron un mensaje de un cliente. Tras la revelación las madres suelen mentir, negar la realidad o aceptarla. En el último caso las repuestas de sus hijos mayoritariamente han implicado una reacción negativa que denota rechazo y desprecio hacia sus madres y da como resultado insultos o rupturas definitivas en la relación “Porque él me ha negado que soy la madre. Porque de pronto no le gusta lo que hago, y me ha negado y me ha dicho que soy una prostituta” (Rosa, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Una compañera el hijo casi la mata, porque se enteró de la peor manera. El hijo estudiaba en la universidad central y ella trabajaba aquí en la ronda y el hijo baja un día ha estado tomando con las compañeras ‘que sí que vamos a ver a las cariñosas’ y bajan por ahí por la ronda y la encuentra a la mamá entonces fue algo fatal porque a la mamá le insultó, le trató mal, le dijo de todo. Se dijeron de todo. Terminaron que nunca más quiso hablar a su madre (Monserrate, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, noviembre 2018).

Ellas se defienden de los reproches de sus hijos argumentando el esfuerzo que han realizado en su nombre: “Les digo, de esto yo les di de comer desde chiquitas, desde que eran bebés, con esto yo levanté una casa que se me quemó hace años en Pedernales” (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Él me dijo ‘tú eres pecadora hasta los huesos, nunca te voy a querer, te voy a odiar’ Tons ahí yo me exalté también lo que nunca le traté mal lo traté tons le dije ¡Ándate, hijo de la gran puta! ¿Quieres casa? Anda y trabaja hijueputa. Ándate a otro país y come la mierda que yo comí (Linda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Mi familia cuando se enteró me dijo que si no me daba vergüenza y yo les respondí que si no les daba vergüenza comer toda la vida de lo que yo he trabajado. No me arrepiento de nada (...) si Dios me diera la oportunidad de reencarnarme quisiera ser trabajadora sexual otra vez (Ingrid, madre ex trabajadora sexual y representante de las trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, abril 2018).

Otra reacción puede ser un enojo momentáneo que incluye algún reproche o reclamo que no se prolonga. Este tipo de reacciones no generan fracturas en su relación y en ocasiones sucede que apoyan a sus madres para mantener su secreto.

Yo le dije estás grande a pesar de que soy trabajadora sexual a ustedes no les he dado mala vida, no me he metido con drogas, no les he puesto padraastro entonces ¿Dónde está lo malo que estoy haciendo? de aquí estoy pagando tu universidad, estoy pagando los estudios de tus hermanas. Entonces mijo me dijo que a pesar de eso tú sabes que yo te amo (...) Le digo ‘tú sabes que tus hermanas no se pueden enterar’ me dice ‘si mamá no te preocupes esto queda en silencio entre tú y yo’ (Monserrate, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, noviembre 2018).

2. Estrategias de maternidad en condiciones adversas

Las prácticas de maternidad de las trabajadoras sexuales están determinadas por sus historias de vida, la mayoría desarrolladas en condiciones adversas, que hacen muy difíciles sus posibilidades de negociación y organización frente a la crianza de sus hijos/as. Tales prácticas ponen en evidencia sus significados, sentidos y representaciones de maternidad, a la cual se entiende como una construcción social contingente y cambiante que se manifiesta a través de la diversidad de formas en que asumen el rol materno. Es decir que sus historias y las subjetividades que crean, definen las nociones de género, sexualidad y maternidad que asumen y que reproducen en la diversidad de imágenes, significados, prácticas y sentimientos maternos. La subjetividad con sus formas de manifestarse, es un producto cultural que se forma a través de los discursos y prácticas sociales en las que se inserta la mujer. Es por eso que sus modos de pensar, de expresarse, de actuar, de relacionarse como madres estarán definidos por esas experiencias (Castellanos 1995). De cualquier modo, sus relatos incluyen multiplicidad de experiencias que tienen como denominador el temor relacionado con el no saber cómo educarlos, la frustración y preocupación por saber si lo están haciendo bien o mal.

Además de las condiciones adversas, previamente descritas, existen otras circunstancias en las vidas de las madres trabajadoras sexuales que dificultan su maternidad, entre ellas el embarazo adolescente que también se relaciona con el número de hijos que tienen mismo que varía dentro de un rango amplio (uno y nueve hijos). En su mayoría se trata de madres jóvenes que tuvieron que adelantar su ciclo vital para poder asumir su nueva identidad de madres. Ser madre adolescente significa llevar el estigma de la maternidad temprana. Además, demanda un sobre esfuerzo para desempeñar una tarea para la cual no están preparadas ni física ni psicológicamente. Ser madre a esta edad dificulta, aún más, sus posibilidades de educarse porque favorece la deserción escolar que posteriormente se relaciona con la expulsión del sistema productivo que a su vez favorece la reproducción de la pobreza y la desigualdad social (Fainsod 2011). Sus embarazos tempranos son producto del desconocimiento de métodos de planificación familiar, el escaso o nulo acceso a métodos anticonceptivos y educación sexual, el abuso sexual y las ideas erradas acerca de la fertilidad. “Los embarazos en esta etapa y contextos de pobreza hablan mayormente de situaciones en las que poco lugar hubo para la planificación, las decisiones autónomas o los proyectos anhelados” (Fainsod 2011, 241). “Sacrifiqué el colegio me faltaba un año para terminar (...)

me tocó salirme por la vergüenza del embarazo, de la barriga” (Sofía, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, marzo 2018).

La forma en que viven sus embarazos está influida por las fantasías, demandas, ideales, aspiraciones, auto percepciones, ocupaciones y relaciones que han tenido a lo largo de su vida y que parten de los significados atribuidos al género femenino (De Beauvoir 1969). Sin embargo, los sentidos que asumen también dependen, en gran medida, de las circunstancias de ese momento. En el caso de hijos planificados y/o deseados, experiencia menos común, muestran alegría y esperanza, y en los casos de embarazos no deseados o cursados en medios hostiles, se relatan experiencias emocionales de rechazo frente a ellos.

Ser madre es una responsabilidad muy grande no se estudia para ser madre, pero los atrancones te enseñan a serlo porque sabe que ese ser que concebiste con amor o sin amor o por casualidad o por lo que haya sido es tu responsabilidad y tienes que darle (Glenda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Un acontecimiento que puede determinar radicalmente las experiencias asociadas al embarazo es el abuso sexual. Este hace que la maternidad, lejos de ser una situación racional voluntaria y buscada, sea producto de una vulneración y violencia de género extrema. Priscila cuenta lo que significó ser madre de una hija producto de una violación. En su testimonio se evidencia la contradicción que conlleva esta experiencia al pertenecer a un sistema que romantiza e idealiza la maternidad al punto de minimizar las condiciones de violencia y vulneración de derechos en las que puede suceder.

En una palabra, lo mejor del mundo (...) lo mejor del mundo cuando usted está de acuerdo, pero o sea en mi caso no (...) para mí un hijo puede ser una bendición, puede ser lo mejor y todo eso, pero para mí es un estorbo, o sea el mero hecho en que tienes que madrugar que tienes que hacer esto que tienes que hacer esto que otro. No comparto (Priscila, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Priscila comenta que a pesar de que compartió los primeros años de vida junto a su hija jamás pudo desarrollar aquello que equivocadamente se describe como el instinto materno. Cuenta que su familia le obligaba a darle el seno a su hija mientras ella sentía un rechazo profundo. Además, cuenta que era constantemente humillada y maltratada por su familia. A sus 18 años

decidió escapar de su casa y empezar el trabajo sexual dejando a su hija al cuidado de su madre cuando tenía 5 años. Señala que se resignó a verle crecer desde lejos sin dejar de aportar con un sustento económico.

En el plano laboral, el embarazo también puede representar un obstáculo para su actividad laboral puesto que les impide trabajar.

Cuando estuve embarazada de mi segunda hija ahí fue durísimo quería salir corriendo a trabajar porque faltaba para la comida, para comprar cosas, con mi barriga no podía salir a trabajar me tocó vender chocolates (...) he visto muchas mujeres que trabajan con barriga (...) no es que haya permisos (...) cada quien maneja su vida y su horario si usted quiere salirse se sale pero no tiene dinero para mantenerse, si quiere trabajar puede pero aunque nadie le hace caso con la barriga ahí (Sofía, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, marzo 2018).

Sin embargo, hay ocasiones en que la inestabilidad económica es apremiante y por ello salen a trabajar a pesar de su estado gestacional. Dionei, cuenta que trabajó hasta el último día de su embarazo.

Como yo tenía clientes por fuera [del local], yo trabajé hasta el último día que nació mi hijo, pero no, nada de penetración no, simplemente fue con el cliente (...) tocaba y ya, y justo fue las 5 de la tarde y ya tenía los dolores del parto desde las 1 y 45. A las 5 me fui con el cliente y a las 8 nació mi bebé (Dionei, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Las condiciones adversas en que se presentan los embarazos tales como el abuso sexual, el abandono de sus parejas, la escasa participación económica y de cuidados de los padres de sus hijos, la falta de recursos económicos o redes de apoyo, los otros hijos/as pequeños, entre otras dan lugar al uso de prácticas abortivas que ponen en riesgo su salud y les generan una serie de auto reproches a causa de la censura social que existe frente al aborto. Dichas prácticas abortivas no siempre resultan eficaces y tampoco corren en condiciones seguras. Esto sucede porque en el Ecuador el aborto no es legal, es por ello que la interrupción del embarazo se realiza en medios clandestinos y bajo la propia responsabilidad de las mujeres, entre las cuales las mujeres pobres tienen mayores probabilidades de morir. La decisión de

evitar o de interrumpir un embarazo se anuda al acceso a bienes materiales y simbólicos que, en este caso por clase, por sexo género, y por edad impiden su acceso seguro (Fainsod 2011, 249).

Yo hice todo lo posible por arrojar. Me tiraba del árbol, cargué el gas. Hice de todo, pero no pasó nada. Yo sinceramente decía, me voy solita a la maternidad sin que nadie sepa y yo le dejo ahí, pero una profesora mía de educación física del colegio, ella se dio cuenta que yo estuve y le avisó a la mamá (Priscila, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Además, el aborto continúa siendo tratado desde una perspectiva moralista en lugar de verlo como un problema de salud pública. Con esto queda claro que mientras que al feto se le dota de humanidad y subjetividad a la mujer se la mira como un mero objeto/cuerpo útil apto para la reproducción (Kaplan 1990). La culpa que desencadena un aborto opera gracias a la biopolítica de la culpabilización, la cual es un tipo de vulneración que produce no solo desigualdad de oportunidades, desnutrición, desempleo, sino que configura procesos de destitución subjetiva, particularmente profundos, sentimientos de apatía, culpa, paralización de la capacidad de iniciativa y el empobrecimiento de la imaginación en la población afectada (Fernández y López 2005, 5 en Fainsod 2011, 250). Rosaura cuenta que abortó a través de la ingesta de unas pastillas sugeridas por una curandera, en la decisión también participó su marido.

Uno si tengo abortado para decir la verdad porque una hija mía tenía un año tonces yo ya no estaba de acuerdo si me equivoqué. Que Dios me perdone y usted que me perdone como mujer si aborté uno de 3 meses (Rosaura, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Sobre la maternidad y las prácticas abortivas de las madres trabajadoras sexuales la profesional obstetrix entrevistada comenta:

Es difícil que en este trabajo ellas decidan tener a su bebé, casi la mayoría que se embaraza no termina su embarazo. Lo interrumpen o también cuando ya están embarazadas se retiran (...) pero la mayoría regresa porque las necesidades son grandes (Isabel, obstetra del centro de salud, en conversación con la autora, febrero 2019).

Retomando las condiciones adversas en que las madres trabajadoras sexuales cursan su maternidad también se incluye la corta edad en que contraen matrimonio, la cual en los casos más tempranos ocurrieron a sus 13 años. Además, estos matrimonios suelen ser convenidos con personas mucho mayores a ellas. Rosa, contrajo matrimonio a sus 15 años con una persona de 45 años de edad, al respecto cuenta: “Fui una niña para él, y siempre me dio el maltrato verbal. O sea, no me pegó, pero me dio el maltrato verbal (...) nunca me enamoré de mi marido” (Rosa, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019). Las relaciones con hombres mayores están consentidas por la sociedad y la familia. Se trata de relaciones que legitiman el abuso sexual en tanto no pueden llamarse decisiones voluntarias o autónomas cuando se trata de niñas o adolescentes. Los cuerpos femeninos son tutelados y se entienden como mercancía de transacción que permite acceder a beneficios que en algunos casos pueden ser económicos o de estatus. Las mujeres son despojadas de su autonomía y las niñas son abusadas en relaciones socialmente consensuadas. Es la naturalización de la violación. “O sea ella [su madre] me hostigó, me hostigó, me cansó porque yo no era para casarme cuando me fui con el papá de mi hijo yo no quise casarme y ella me dijo te casas, aunque mañana te divorcies” (Mireya, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Un factor desfavorable que se mencionó a breves rasgos en el capítulo anterior es la maternidad soltera o que se ejerce en solitario, la cual está condicionada por la escasa o nula participación de los padres de sus hijos en la crianza de estos. La forma en que participan va desde una paternidad presente, pero con delegación total del trabajo de cuidados a la madre, hasta una paternidad completamente ausente, es decir que no implica ningún tipo de relación con los hijos, existiendo casos en que los niegan y desconocen. “A parte que no tiene papá, el papá lo negó, que ya sabe, le afectado demasiado entonces estoy tratando de salirme de eso con él. De los primeros [hijos] lo que les dio fue una bicicleta y una muda de ropa” (Dionea, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019). Las razones de tal ausencia son por abandono voluntario; por motivos legales, como encarcelamientos; por fallecimiento y por separaciones con las madres. La mayoría de madres comenta que nunca insistió para que los padres de sus hijos participen, sino que decidieron asumir enteramente el cuidado y manutención de sus hijos, enfrentando, en algunos casos, el reclamo de estos hijos frente a la ausencia del padre. Como en el caso de Linda quien se separó del padre de su hijo por violencia intrafamiliar y mientras éste estuvo en la cárcel por aproximadamente 14 años

su hijo siempre le reprocho su falta y le pidió conocerlo “él me dijo ‘mami cuando termine el bachillerato me lleva a conocer’. Le dije bueno mijo y eso le prometí (...) la primera noticia fue que él estaba preso” (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

En otros casos, los padres permanecen hasta edades tempranas (tres meses de edad) de sus hijos manteniendo contactos esporádicos o participando de forma parcial en su manutención o cuidado. La participación económica no siempre corresponde con lo que dicta la ley, sin embargo, muchas prefieren no hacer nada al respecto porque desconocen sus derechos o porque no cuentan con el dinero o el tiempo suficiente para emprender los procesos legales necesarios.

Porque muchas trabajadoras sexuales no saben cómo pedirle el alimento a los padres de sus hijos, no tienen un enfoque para hablar o seguirle un juicio a los padres. Ellas dicen no, es que no tiene dinero, pero es la responsabilidad de como padre de darle dinero a sus hijos (Monserrate, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, noviembre 2018).

El papá de mis hijas de vez en cuando me podía apoyar (...) económicamente me apoyaba cuando le daba la gana (...) lo más difícil es las veces que he tenido que estar con ellas y tener que hacer otras cosas (...) se me hace difícil cuando tengo reunión con la una y a la misma hora tengo que estar en la reunión de la otra y pensar que a la otra no hay quien le abra la puerta en la casa (...) cuando yo no puedo ayudarles en las tareas yo le llamo al papá para que les ayude, si tú no me puedes ayudar económicamente por lo menos que me ayude en eso (Lola, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2018).

Algunas madres consideran necesaria la presencia de los padres por las expectativas de género que recaen sobre su figura, ya que según ellas podrían ayudarles a imponer orden y límites a sus hijos “Estar con ellos solos, sin contar con los padres, porque ellos requieren de una persona varonil” (Dionei, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Cuando mijo recién empezó a hacerse adolescente como que me quiso dar así trabajo igual mija (...) entonces yo le dije al papá una vez: ‘mire’ -le dije- ‘usted a mí no me ha ayudado, usted nunca me ha dado, pero, aunque sea usted apóyeme con su hijo’ -le digo- ‘porque se

quiere dañar' (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Tras las separaciones con los padres de sus hijos “las madres trabajadoras sexuales estructuran sus relaciones emocionales en varias formas. Hay quienes piensan que la maternidad es lo primero y por eso prefieren mantenerse solas” (Beckham et al. 2015).

Yo no estoy preparada para estar con nadie, yo solo quiero estar con mis hijas. He tenido parejas fuera de mi casa. Lo más importante de mi vida son mis hijas, las respeto por eso no me he hecho de nadie, estoy 6 años divorciada (Lola, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2018).

Pero también hay otras que prefieren combinar sus relaciones identitarias, a la vez que son madres también son esposas, compañeras, amigas, trabajadoras (Beckham et al. 2015). Algunas veces, sus nuevas parejas ostentan un rol paterno frente a sus hijos/as “mi esposo, él que se casó conmigo, él me lo ayudaba a controlar y lo educaba por ese punto si se educó mejor” (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019). Sin embargo, en la mayoría de casos sus parejas no representan una fuente de ingreso común al hogar, siendo ellas quienes ejercen la jefatura de hogar.

Las lecturas de las mujeres sobre su propia situación muestran que han desarrollado un fuerte sentido de independencia con respecto a los hombres, han desplegado controles sociales contra la formación de relaciones conyugales y han limitado el rol del marido / padre dentro del grupo doméstico de la madre. Todas estas estrategias sirven para fortalecer la red doméstica, a menudo a costa del vínculo entre hombre y mujer (Stack 1974, 190).

Finalmente, es preciso señalar que, en la mayoría de sus relaciones de pareja tanto con los padres de sus hijos como parejas actuales sufren experiencias de violencia de género que incluyen manifestaciones físicas, verbales, psicológicas o patrimoniales que generalmente es soportada y justificada en razón de sus hijos o por el temor al estigma social que implica la separación o el divorcio el cual tampoco suelen tramitar por falta de dinero. “Ya no es lo mismo la gente ya no te respeta ya no vales nada, al principio no sé si me hicieron sentir mal” (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019). Frente a la violencia, algunas mujeres buscan poner denuncias, pero el acceso a la justicia se dificulta,

por varias razones. A esto se suma los problemas relacionados con el consumo de alcohol y drogas de algunas de sus parejas.

Era drogadicto yo lo conocí en las calles era borracho y me daba mala vida, no me pegaba, pero discutíamos, llegaba borracho drogado, me quería matar, yo salía corriendo, yo me he separado por ese motivo, me buscaba, yo volvía (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Tania cuenta que sufre violencia física y psicológica de parte de su esposo quien constantemente la vigila en su lugar de trabajo, le confisca sus cosas, le registra todos los días lo que tiene y le supervisa su celular. Por esa razón varias ocasiones ella ha intentado huir de su casa, sin embargo, ha regresado por sus hijas.

Mi marido me trataba de las patadas y me pegaba y todo eso. Él me encerró con la puerta (...) me decía que soy una tal y cual, 'tú eres una zorra, una sucia' me pegó una cachetada (...) yo me salía de la casa, dejándole a mis hijas (Tania, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Rosaura cuenta que permaneció en una relación violenta porque su pareja le ayudaba a cubrir los gastos de sus hijos que aún estaban en el colegio "esa persona me pegaba incluso me sacó del oído la sangre y me hacía verde, me pegaba, me agredía me decía 'eres una tal, cual eres esto yo te conocí en esto' o sea mucho me maltrataba" (Rosaura, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Como se observa las trabajadoras sexuales generalmente cursan su maternidad solas en medio de esta serie de elementos desfavorables que vuelven difícil su ejercicio e impiden que encaje con los estándares sociales establecidos o normalizados. El contexto de pobreza, marginación, precariedad laboral y violencia da como resultado un escenario con multiplicidad de experiencias. Su amor materno se expresa entonces como un producto social y culturalmente construido que depende de sus realidades históricas específicas que como se vio están limitadas por los estreñimientos económicos (Scheper Huges 1995). Existen varios estilos de crianza que asumen entre ellos los que se realizan in situ o presencialmente, a distancia o de forma combinada, mismos que, como ya se dijo, se relacionan con los modelos de vincularidad doméstica descritos por Stack (1974).

Las fronteras de los hogares son flexibles y ningún modelo de hogar, como la familia nuclear, la familia extensa o la familia matrifocal, sirve como norma. La fuerza de los lazos dentro de una red de parientes es crucial y duradera; a su vez, el mantenimiento de una red fuerte tiene consecuencias en las relaciones entre los propios miembros (Stack 1974, 196).

2.1 Maternidad In situ

Para las madres trabajadoras sexuales de este estudio la pobreza es una constante que arrastran desde sus primeras etapas de vida. Es por eso que sortean a diario las dificultades que implica: viviendas en malas condiciones mismas que generalmente comparten con otras familias o personas, barrios inseguros, falta de servicios básicos, escasez de comida, características que vuelven muy difícil la tarea de atender adecuadamente a los niños.

Vivíamos en un cuartito dormíamos en el piso, arropándonos con una cobija, y dos colchones era un poco de cartones, que teníamos como colchones. Pobre y humildemente, aunque ahorita están queriendo derrumbar, porque arrendamos una casa ahí (...) estamos como en el chavo, con los baldes ahí llenos de goteras y los baldes y las toallas (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

A pesar de que existen casos en que sus familias ampliadas participan en la crianza de sus hijos esto es poco frecuente debido a la migración, factor común en sus historias, es por eso que la mayoría vive y cría sola a sus hijos sin la ayuda de familiares, amigos de confianza o redes de apoyo. Para organizar su trabajo y maternidad, en el caso de quienes trabajan en las calles y plazas del CHQ, se levantan muy temprano (alrededor de las 5 am) para realizar algunas actividades correspondientes al cuidado de la casa (limpiar, lavar) y de los hijos/as. Entre esas tareas resaltan las asociadas a acompañar la educación de sus hijos (revisar deberes, alistarles y dejarles en la escuela), su limpieza (calentar agua para bañarlos, cambiarles el pañal), alimentación (cocinar, darles el desayuno) y atención de su salud “Si tuve que estar en el hospital un mes entero durmiendo en el suelo porque mi hija estaba en una cuna de un hospital pues ahí estuve” (Glenda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Al estar solas es muy difícil responder adecuadamente con las necesidades de sus hijos y al igual que en sus propias historias, la violencia o castigos a los que recurren, necesita ser interpretada de una forma que reconozca cuánto éstas madres sacrifican y cuan duro trabajan

para mantener su inestable familia junta y poner un plato de comida en la mesa (Goldstein 1998).

Tenía los 8, 7 años [su hija] en ese tiempo (...) llegaba una de la mañana que yo estaba ya durmiendo ‘mami, mami, necesito una lámina’ (...) le pegaba su masacrada y ándate a dormir. ¿Qué iba hacer madrecita? Si a la una de la mañana no había librería y nada abierto qué lamina o libro voy a encontrar. Pero 6 de la mañana que había una tienda donde vivíamos una vecina corría a comprarle la lámina, un hilo, cuaderno que necesitaba y a darle (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

La mayoría de madres que vivió junto a sus hijos refiere satisfacción por verles crecer, caminar, dar sus primeros pasos a pesar de que los espacios de esparcimiento familiar siempre fueron limitados. Es común encontrar que el trabajo de cuidados se mantiene hasta que sus hijos son adultos.

Yo me levanto 5h30 de la mañana no tengo niños chiquitos, pero yo como madre, no por la responsabilidad, porque a la final mi hijo ya se puede batirse solo, pero como mamá que bonito es coger y levantarme a las 5h30 de la mañana dejar el alimento preparado llegar a mi casa almorzar con él. Él se va a su pre porque está haciendo su pre universitario. Para una mamá así los hijos tengan 18, 20 años somos, soy la mamá más que todo cuando tú has sido papá y mamá (Valeska, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

En el caso de quienes trabajan en night clubs o bares durante la noche es más difícil puesto que suelen llegar alrededor de las 6 de la mañana a sus casas y sin haber dormido deben realizar el trabajo de cuidado hasta las 13h00 aproximadamente hora en que ingresan nuevamente a trabajar hasta la siguiente mañana “las malas noches, pasar toda la noche trabajando para poder llegar con el sustento a mi casa y cumplir en el día las labores cotidianas que son ir a dejar a clases a mis hijas, controlar deberes” (Sofía, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, marzo 2018). En algunos casos tienen pocas horas para recuperarse de la resaca por la ingesta de bebidas alcohólicas (entiéndase que el consumo de alcohol está relacionado con su trabajo como se observó anteriormente). En estos casos el contacto y la relación con sus hijos son más limitados debido al cansancio con el que llegan a casa y la poca disponibilidad de tiempo que a veces se reduce a los fines de semana, es por

ello que sus relatos están acompañados por sentimientos de culpa que permanecen en constante tensión con el deseo de mejorar sus condiciones de vida. El hijo de Janine, por ejemplo, pasaba bajo el cuidado de su padrastro durante la semana que ella iba a la ciudad de Quito a trabajar.

Complicado porque no sabía que había hecho la semana y le preguntaba a veces ni le preguntaba porque todavía estaba mal de las tras noches ni sabía que día me encontraba (...) Siento culpable de que mi hijo lo dejé mucho tiempo tal vez fue tanto no me di cuenta. Porque lo dejaba mucho tiempo solo talvez no lo escuchaba lo que talvez me quería contar y se encerraba y no me decía nada porque ahora me reclama que le he dejado mucho tiempo solo (...) cuando estaba más pequeño talvez le faltaba más cariño (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Cuando los ingresos económicos son suficientes pueden pagar a otras personas para que cuiden de sus hijos.

Cuando yo trabajaba en la tarde había una señora que me ayudaba a cuidarle, ella prácticamente le crio a mi hija, la señora le ayudaba a los deberes, le retiraba del jardín. En la noche me la cuidada una amiga después me cambié a la noche para estar pendiente de mi hija (Sofía, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, marzo 2018).

Sin embargo, lo más común es que se queden solos es por ello que las madres suelen preparar a los hijos mayores para que cuiden de los más pequeños. Rosaura dejaba a su hija de 17 años a cargo de su hija de 1 año y dos meses cuando comenzó el trabajo sexual.

No había igual quien cuide tenía que venir a trabajar yo miya estaba estudiando para belleza yo decía ‘por favor, Carmen vendraste pronto yo tengo que ir a trabajar’ le dejaba a ella (...) yo tuve que trabajar con mis tres hijos (Rosaura, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Otra estrategia es enseñarles desde muy pequeños a cuidarse por sí mismos mientras ellas salen a trabajar. Intentan comunicarse constantemente por teléfono u otros medios para verificar que estén bien, pero enfrentan la preocupación de que sus hijos corran peligro y la incertidumbre de no saber cómo les van a encontrar a su regreso “le dejaba durmiendo de noche y yo venía de mañana le dejaba me acuerdo con la televisión con esas películas de los

niños, de las princesas” (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019). En los casos más extremos optan por llevarles a sus espacios laborales, como Glenda quien, además del trabajo sexual laboraba en una empresa de limpieza a la cual llevaba a su hija “en la mochila metía una cobijita así la acostaba en unas sillas la acomodaba, si esa niña no se me murió es porque verdaderamente el poder de mi Dios es muy grande” (Glenda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

2.2 Maternidad a distancia

Otra forma común de maternidad es la que se ejerce a distancia y se sostiene sobre lo que Stack (1974) llama red doméstica:

Desde este punto de vista, la base de la estructura familiar y de la cooperación no es la familia nuclear de clase media, sino un grupo extenso de personas emparentadas, principalmente a través de los hijos, pero también a través del matrimonio y la amistad, que se agrupan para satisfacer las funciones domésticas. Este grupo, o red doméstica, se extiende por varios hogares basados en el parentesco; las fluctuaciones de composición de cada uno de ellos no afectan significativamente los pactos de cooperación (...) Las mujeres terminan por darse cuenta de que (...) las redes de parentesco les proporcionan una mayor seguridad a ellas y a sus hijos (Stack 1974, 200).

En este caso el trabajo de cuidados y de crianza de los hijos se desplaza hacia otras personas como amigas o amigos cercanos, familiares (hermanas, tíos, abuelos, suegras) o en casos excepcionales estas personas también pueden ser desconocidos como el caso de Dionei quien tuvo que dejarles a sus hijos con una persona recomendada cuando empezó en el trabajo sexual en la frontera Colombia, Ecuador.

Me fui hablé con una chica, que se quedara con los dos mayorcitos y una señora mayor que se quedara con mi bebé (...) eso fue lo que también me dolió porque mi bebecito, porque hay otros niños que se quedan llorando, pero él no, él se quedó tranquilito (...) ellos no saben, son inocentes no saben por qué o para qué le van a dejar con otra persona por primera vez (Dionei, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

A pesar de que dejar a sus hijos al cuidado de otras personas ha permitido que ellas laboren con mayor tranquilidad dentro del comercio sexual algunas madres trabajadoras sexuales

refieren que esos esfuerzos por ayudarles no han sido auténticos, sino que han mediado intereses económicos “Tonces de eso ella [suegra] me dijo ‘yo me quedo con los niños, vaya busque trabajo y me manda el dinero’ o sea ella más creo que lo hizo es por el dinero” (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019). A pesar de la diversidad de cuidadores lo más común es que sean sus propias madres quienes crían a los nietos, más de la mitad de participantes dejaron a sus hijos a cargo de sus madres en algún momento de su vida. En algunos casos estos suelen reconocerlas como sus. Algunas mencionan que sus madres hicieron un buen trabajo y en otros sienten que no fue así. Perla dejó a sus hijas con su madre, pero ésta, tras verse imposibilitada de continuar con esta tarea por las dificultades económicas y de salud, le sugirió que encargue el cuidado de sus hijos a sus hermanos quienes tenían más posibilidades de mantenerlos.

Le digo ‘yo no quiero reglar a mis hijos, aunque sea agua con sal’. Me dice ‘ve mijita yo no tengo plata para la comida para darle a tus hijos’ [refiriéndose a su madre] Me dolió tanto que mamá en ese tiempo si me cerró las puertas. Le digo ‘ok mami con el dolor del alma le doy a mis hijos, a mis hermanos a las tres mayores’ Ya se llevó. La última se me la llevó de ocho meses, la segunda se la llevó de ocho años y la primera de diez años (...) hasta sexto grado [estudiaron] todas (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

La principal causa de la maternidad a distancia es la migración a otra ciudad o país que como se vio tiene relación con su situación económica. La mayoría no migra con sus hijos por la incertidumbre que implica ir a un nuevo lugar sin conocer a nadie. Algunas hacen lo posible por traerlos con ellas sin embargo hay casos en que esto no sucede sino hasta después de varios años después, mientras logran estabilizarse o superar otros problemas. Karla vino a Quito y dejó a sus hijas muy pequeñas, luego de 13 años logró traerlas cuando ya eran adolescentes. En estos casos los hijos suelen sufrir los mismos problemas de adaptación que ellas porque se trata de un nuevo contexto en el que las madres requieren reeducarles o protegerles del rechazo y exclusión social “los mismos chicos de aquí, el bullying, todas esas cosas, rechazo, porque era colombiano, a él le gustaba jugar compartir y le bajo la autoestima como no tienes idea” (Dionei, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Yo me arrendé un cuartito dije voy a comprarme mi cama, mis cositas para traerles a mis hijos tonces de eso me arrendé un cuarto (...) dormía en el suelo porque yo mismo me castigaba para hacerme de cosas porque digo si me voy a vivir en un hotel tengo cama todo y no voy a hacer nada y yo sufría por mis hijos porque mis hijos lloraban que nunca me había separado de ellos (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

A pesar de la distancia, intentan visitarlos cada cierto tiempo o cuando se presentan emergencias o dificultades. Hay casos, sobre todo cuando sus hijos son muy pequeños, que trabajan de lunes a viernes y van a sus ciudades de origen los fines de semana (sábado y domingo) o viceversa “tengo compañeras que viven en Santo Domingo o viven en otros lados. Vienen, trabajan viernes, sábado domingo y lunes. Lunes en la noche se van para que pasen con sus niños porque tienen niños pequeños” (Valeska, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019). Sin embargo, constantemente se comunican por llamadas y procuran enviar dinero regularmente para su cuidado y de las personas con quienes conviven “es tú me das y yo te doy yo por ejemplo mi hijo el mayor se crio con mi mamá” Marjorie.

Otras causas para la maternidad a distancia también son los problemas familiares y la violencia intrafamiliar que sufren, como el caso de Mireya quien permaneció junto a su hijo hasta que este cumplió 15 años luego de ella decidió huir de su casa, dejarlo a cargo de su madre y criarlo a distancia.

Debido a la pobreza, las mujeres jóvenes, con o sin hijos, no ven otra elección que quedarse en casa con sus madres u otras mujeres parientes adultas. Incluso cuando las mujeres jóvenes están cobrando las prestaciones por tener hijos, afirman que sus recursos se amplían cuando comparten comida e intercambian bienes y servicios diariamente (Stack 1974, 195).

Asimismo, otras madres trabajadoras sexuales son forzadas a alejarse de sus hijos como el caso de Priscila, quien fue separada de su segundo hijo cuando este tenía un año y medio de edad. Su pareja, en base a amenazas y agresiones, se lo quito y nunca le dejó acercarse aduciendo ante la ley que el trabajo que ella realizaba no era honesto. Ella intentó recuperarlo cuando él tenía 4 años, pero no lo logró a causa de las intimidaciones de su pareja. Priscila recupero el contacto con su hijo cuando él tenía 22 años.

Yo estaba justo en la Plaza Grande sentada conversando cuando siento -plot-me clavó un desarmador en la mano y me dijo ‘mi hijo es mío y de nadie más, y ni tú ni nadie se va a llevar lo que es mío’ (Priscila, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

La maternidad a distancia implica riesgos y dificultades, como la posibilidad de perder la custodia de sus hijos a causa de una ausencia prolongada como el caso de Tania quien vino a Quito a ejercer el trabajo sexual y dejó a sus hijas bajo el cuidado de su tía, sin embargo, tardó mucho tiempo en regresar a verlas y una fundación intervino para llevárselas. En este lugar permanecieron internadas dos años hasta que Tania pudo recuperarlas. Actualmente Tania está en el proceso de reinserción familiar y permanece bajo supervisión.

Me tocó hacer terapia familiar seis meses, para que nos devuelvan, porque les querían dar en adopción a unos gringos. Si ellas se iban, se acababa todo, claro que yo tenía en mi mente que yo si tenía a mis dos hijas (Tania, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Otro reto es lidiar con la añoranza de sus hijos/as.

Horrible o sea es que ese rato tu no sientes o sea tú crees que ya en la noche lo vas a volver a ver como cualquier día, pero ya cuando llegas allá es un vacío horrible y más pa cuidar niños no podía porque yo veía un niño y lloraba y decía ‘mijo como estará pobrecito allá tan chiquito’ (Linda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

También la posibilidad de que sus hijos/as no estén bien cuidados/as. Es frecuente encontrarse con casos en que sus hijos sufren maltrato o que sus cuidadores no invierten enteramente el dinero que envían para su manutención. Comentan que, en sus visitas, que a veces son sorpresivas, los encontraron con ropa sucia, mezclada con ropa de otros niños, mal vestidos, con piojos, mal comidos, o sin ropa, en malas condiciones de salud, recibiendo maltrato físico “mi mamá le sabía pegar le tenía en bividí,¹⁵ en bóxer, la ropa que le daba, le mandaba y vendía” (Linda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019). “La toalla de los niños, percutida como un trapeador cochino. Y yo ‘¿Qué es esto? No pues yo mando para jabón, yo mando para comida, un arroz con lenteja, aunque sea un huevo” (Dionei, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

¹⁵ Camiseta de algodón sin mangas. Nace de la sigla BVD (Bradley, Voorhees & Day), marca comercial.

Otra dificultad es que la maternidad a distancia refuerza los sentimientos de culpa y arrepentimiento principalmente porque creen que ellas pudieron evitar que sus hijos sufran o tomen malas decisiones.

Que soy una mala madre es la verdad (...) Nunca estuve con ellos, nunca pude decir mira sabes que mira hicimos esto, salimos a un parque iguales no sé (...) El no haber estado con ella, el no haber podido verle crecer saber sus cosas y todo eso. Si, si me arrepiento. Si y es lo mismo con mi hijo, me arrepiento haber sido cobarde porque la palabra correcta es haber sido cobarde. No haber peleado, cuando tenía que pelear y llevarme a mi hijo, no sé (Priscila, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

También lidian con los reproches y las muestras de resentimiento, rencor y desprecio que en algunos casos les hacen sus hijos por haberles dejado con otras personas:

Primeramente, no me hubiese ido a otro país y hubiese aprovechado con él estar en las buenas en las malas (...) comiendo arroz con huevo, pero con mi hijo ese es el cargo de conciencia que tengo yo (...) uno tiene esos sueños tontos de conseguir una casa de darle a tu hijo, quizás unos zapatos que tú nunca tuviste, una ropa y eso no es necesario, eso no cubre el amor eso no cubre los momentos. En otros países sufre, porque sufre de todo (...) una allá mira tanto trabajo duro uno se enferma viene enfermo y allá más con uno se pierde acá mucho el cariño de los hijos, de la familia (...) Cuando yo llegué me dijo ‘yo nunca te voy a querer yo te odio que tú nunca supiste lo que yo he pasado’ (Linda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

En el caso de Perla su última hija, a quien dejó a cargo de su tío, nunca le perdonó, no la reconoce como su madre y le impide que mantenga relación tanto con ella como son sus hijos.

Le dije ‘mija perdóname si yo hice algo malo (...) si yo me fui (...) las dejé donde su tío fue porque yo estaba mal, estaba más allá que más acá y la verdad las otras me perdonaron discúlpame’, yo le rogué arrodillada, me dice ‘señora no haga eso’ (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Además, luchan contra los actos de extorsión, presión y explotación económica de sus hijos/as o sus familias, sobre todo en épocas de escaso trabajo. A veces prefieren no ir para

evitar la confrontación o el reclamo de los familiares. “Las responsabilidades de la maternidad compartida (...) implican tanto una ayuda como un control sobre las formas en las que cada uno asume el papel de la maternidad o la paternidad” (Stack 1974, 204). También se enfrentan al hecho de perder autoridad o que ésta les sea restada desde su familia. Linda migró a Europa cuando su hijo tenía 3 años y regresó cuando era adolescente. Al llegar encontró que él tenía problemas de abuso de drogas. Señala que todo el tiempo le dijeron que su hijo estaba bien, que era el mejor de su clase cuando en realidad había dejado de estudiar. Al regresar enfrentó problemas legales con su madre quien quería apoderarse de la casa que Linda compró enviando dinero desde el exterior. Los problemas hicieron que sufra una parálisis en el brazo, un derrame cerebral e intentos auto léticos.

Quando yo llamaba ‘hay que si no mandas que me voy a envenenar con el niño’ que no sé qué. Yo no podía ni comer, por allá tenía un nudo y me tocaba ir hasta los pueblos a veces hasta corriendo peligro por sacar plata pa depositales. Yo digo él es mi único hijo (...) digo que se quede con la casa lo único que quiero es aclarar el (...) usufructo que mientras yo viva él no pueda vender ni nada (...) asegurarme yo mi vejez (...) yo creo que el mismo siente lo mismo a lo mejor ni me quiere ni me ama (Linda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Los hijos quedan al cuidado de la familia, de la madre, de algún familiar, pero tienen que pagar un alto precio por eso, pagar la manutención de los niños, de la persona que les cuida y el estar alejada de los hijos (Ingrid, madre ex trabajadora sexual y representante de las trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, abril 2018).

Además de las dificultades señaladas se pueden enlistar otras que tienen que ver con la educación de sus hijos quienes pueden presentar deserción escolar, por falta de motivación, acompañamiento o recursos económicos, así como problemas de conducta o aprendizaje.

Mi hijo estaba en san Rafael ya a punto de pasar a tercer curso, pero en esas épocas tuvo que pedir máquina de escribir como trabajaba sola no pude dar comprando a mijo tonces por eso es que la directora le mandó (Rosaura, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Asimismo, problemas relacionados con el con abuso de sustancias, malas amistades, inmersión en actividades delictivas y problemas legales, desempleo “mi ilusión era que el

fuera una persona preparada pero ya no se pudo pues él dijo me graduó y hasta ahí me dedico a trabajar yo hasta ahí lo podía obligar pues ya ahí ya no” (Mireya, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019). Enfermedades o discapacidad. Problemas de depresión con intentos auto líticos. Cuando los problemas superan sus posibilidades se ven obligadas a dejar de trabajar lo cual implica doble preocupación porque entonces no hay ingreso económico.

Después se vino cuando vino ya vino cortado los manos, los brazos se había comenzado a cortar y se había venido viendo que yo no iba a verle yo iba cada mes. Llegó acá enfermo eso fue para mí durísimo (...) era desesperada porque no tenía ni plata ni nada. Yo llegaba a la media noche a verlo (Janine, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

En el caso de sus hijas se mencionan dificultades relacionadas con embarazos adolescentes, maternidad soltera o violencia intrafamiliar “ella fue a sufrir, ella fue a sufrir como mujer ya comenzó a ver los estragos y el sufrimiento de lo que es un marido, ofensas de un marido, humillaciones de un marido” (Glenda, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Finalmente, a partir de esta diversidad de experiencias pueden establecer diferentes tipos de relaciones con sus hijos sin importar si ejercieron su maternidad a distancia o in situ. Generalmente estas relaciones se enmarcan dentro de un tipo cercano, que implica una fuerte cercanía afectiva y de confianza; también se encuentran relaciones lejanas o distantes, especialmente cuando son adultos y en muy pocos casos relaciones nulas en las que no tienen ningún tipo de relación con ellos.

3. Sobrellevar el estigma

El término reivindicación según el diccionario de la Real Academia de la lengua española hace referencia a la acción de reclamar algo a lo que se cree tener derecho, por lo tanto, implica un carácter político. En la primera parte de este trabajo se argumentó la aparente contradicción que implica la unión de las identidades de la madre y la trabajadora sexual y con ello la imposibilidad de que dicha unión favorezca el surgimiento de la identidad de la buena madre. Sin embargo, esta investigación demuestra que la madre trabajadora sexual logra su reivindicación como sujeto político desde dos lugares principales. El primero sucede

porque rompe con las imposiciones manifiestas, desde la definición tradicional de género, que confinan a lo femenino y a la mujer al encierro en el espacio privado del hogar, desde donde le es prohibido el actuar socio político y público. “El proceso de constitución en sujeto femenino está mediado por el concepto de género; delimitado por los saberes y la normatividad que se dirige a las mujeres” (Maier 1990, 72).

La trabajadora sexual rompe con esta imposición cuando ocupa el espacio público desde lo que se considera que debe mantenerse oculto y reprimido en la mujer: la sexualidad. No obstante, el ejercicio de la sexualidad no se entiende como una actividad absolutamente voluntaria y tampoco se hace alusión a que se trae de una actividad que las madres trabajadoras sexuales disfrutaban, al contrario, refieren rechazo e insatisfacción con su actividad. Sin embargo, irrumpir en el espacio público contradiciendo aquel ideal femenino que censura la falta de pudor y exige un recato en el actuar femenino tienen un carácter político. El segundo momento de reivindicación surge porque, desde el ideal cultural, a la maternidad social le corresponde como sitio tradicional el hogar, la casa, la sede de la familia, en definitiva, la esfera llamada privada. Sin embargo, el trabajo sexual como actividad pública y política, les permite poner en acto precisamente aquellos ideales femeninos, contruidos desde la definición tradicional del género, que se piensan inalcanzables para ellas. De este modo modifican su propia auto imagen y la percepción que desde la realidad social las condena. Apelar a la maternidad posibilita su auto valoración y favorece su empoderamiento a través de la ocupación del espacio social y el papel de la buena madre con el cual reclaman, por doble partida, su lugar como sujeto político en la sociedad, tanto en la reivindicación de su derecho a incluirse en el espacio público como en su derecho a ser madres, buenas madres. Es decir, que se apropian y a la vez contradicen los contenidos tradicionales del género femenino para transformar su existencia en una práctica que rebasa las limitaciones de la actividad femenina.

Es precisamente a partir de roles íntimamente ligados a la identidad tradicional de mujer (género femenino) que estas mujeres logran romper los márgenes del ámbito social que según la construcción ideológica del género les es propio: la casa, la familia, en fin, la llamada esfera privada de la sociedad (...) Mientras que la experiencia del funcionamiento de lo privado está reservada para el género femenino, lo público se asocia con el género masculino (...) siendo lo ‘público’ el espacio predilecto en que los individuos se reconocen como sujetos de la sociedad (Maier 1990, 74).

Ya que “la búsqueda de transcendencia a través de la maternidad, forma privilegiada de la identidad femenina y nicho para la construcción de la respetabilidad y reconocimiento sociales, reviste posibilidades muy limitadas y conflictivas en el marco de la prostitución” (Segura 1995, 206) sería posible pensar que las madres trabajadoras sexuales están condenadas a sufrir los efectos del estigma para siempre. Sin embargo, los resultados obtenidos en esta investigación demuestran que el trabajo sexual configura el escenario desde el cual logran asumir cualidades que se corresponden con el modelo normativo tradicional de la buena madre para sobrellevar el estigma que pesa sobre su actividad laboral y su identidad.

Ya que la sociedad estigmatiza a las trabajadoras sexuales, las mujeres negocian sus identidades sociales como madres respetables, haciendo lo que sea necesario para cuidar a los niños y asumir este rol, a pesar de la realidad económica y social de su maternidad. Las mujeres a menudo enmarcan su trabajo como para los niños para contrarrestar los efectos del estigma contra el sexo, enmarcar que hacen su trabajo por sus hijos les permite normalizarlo. Es decir que mantener adecuadamente a sus hijos, a partir de su ocupación, les permite negociar la estigmatización de su vida laboral (Beckham et al. 2015). Simbólicamente pensar “que es por sus hijos” es una justificación para sí mismas y los demás de que su trabajo es legítimo y, por lo tanto, reduce sus posibilidades de ser criminalizado o motivo de vergüenza y peligro. Al decir que su trabajo es por ellos están clamando por un estatus y respetabilidad de su maternidad. Apelar a la maternidad, para estas mujeres, significa apelar a un tipo específico de poder o respetabilidad frente a una sociedad que les exige ser buenas madres en medio de un sistema violento que las mantiene en la marginalidad.

3.1 Consumo y oportunidades: sueños cumplidos

El trabajo sexual no solo les permite cubrir las necesidades de sus hijos y evitar que mueran de hambre, como se explicó en el capítulo anterior, sino que además les ofrece la oportunidad de aumentar su acceso a oportunidades y capacidades de consumo, a la vez que les otorga mayor disponibilidad de tiempo para compartir con ellos. Es decir que el trabajo sexual facilita el acceso a ciertas facilidades que generalmente no están disponibles para mujeres pobres y de bajos ingresos (Rivers-Moore 2010). Dotarles de cosas o de oportunidades a sus hijos representan lujos que ellas señalan no haber recibido en su infancia y por eso les brinda satisfacción. Lola tiene una hija adolescente que sufre una discapacidad auditiva del 86%

desde que nació. Su madre cuenta que a pesar de la frustración y desesperación que vive por la condición de su hija, se siente gratificada porque señala que gracias al trabajo sexual nunca tuvo la necesidad de inscribirse para recibir el bono social ni sacarle el carnet de discapacidad a su hija.¹⁶

Quando me enteré que ella no iba a hablar fue cuando ella tenía 4 años (...) me dolió mucho. Me cegué tanto en ese tiempo para hacerle hablar (...) me gasté en audífonos, cada aparato me costó \$1000, en terapias, en médicos, todo lo que veía en internet yo allá iba, entre en una obsesión (...) nunca me inscribí al bono para ella (Lola, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2018).

Dado que el imaginario de la buena madre y las expectativas para sus hijos/as se configuran desde sus experiencias ellas dan a sus hijos/as las cosas que piensan que no pudieron tener o que no recibieron de sus progenitores. Se enorgullecen de poder enviarlos a la escuela con su colación, apoyarles económicamente para que accedan a la educación universitaria, aportar voluntariamente al seguro social para poder obtener beneficios en salud para ellas y sus hijos/as. Pagar el acceso a internet o costearles gustos como dinero para salidas con sus amigos o participación en deportes.

Yo a veces, ellas me piden para el internet, ahora me pidieron cinco dólares, que tenían que salir para bailar en ni se dónde, en deportes, mi hija. Entonces yo le dije para el día viernes, yo ya te doy (Tania, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2019).

Asimismo, apoyarles económicamente en sus hogares cuando son adultos o participar en la consecución de sus objetivos como montarse sus propios negocios. Muchas madres incluso contribuyen a la manutención de sus nietos/as. También cuentan que celebran fechas especiales con cenas y fiestas “lo que yo no tuve quería darles a mis hijos: estabilidad, respeto” (Marlene, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

Yo fui papá y mamá para mis tres hijos. Gracias a este trabajo mis hijos son bachiller (...) Si mi papá, mi mamá no me dio esto uno tiene que darle lo que uno más pueda a los hijos. Yo

¹⁶ El carnet de discapacidad es otorgado por el Consejo Nacional para la Igualdad (CONADIS). La portación del mismo otorga ciertos beneficios a las personas que lo poseen como por ejemplo la gratuidad en el pago de algunos servicios.

tengo cuarto curso de colegio no soy terminada bachiller entonces a veces uno se refleja en eso (Valeska, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

También mencionan el hecho de que su trabajo les ha permitido traer a sus hijos desde el campo a la ciudad, entendida por ellas, como un lugar que posibilita mayores oportunidades.

Por medio de ser trabajadoras sexuales podemos ayudar a nuestros padres, a nuestros hijos a una mejor educación a un mejor futuro a darle la comodidad tal vez de que nosotros no pudimos tener eh tener una mejor vida para la sociedad a nuestros hijos sacarlos fuera a las ciudades para que ellos conozcan otro mundo y no simplemente el mundo de violencia, el mundo de drogas (Monserate, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, noviembre 2018).

Asimismo, su actividad económica les permite mantener a otras personas dentro de su sistema familiar.

No me arrepiento haberle ayudado a mi madre, porque mi madre tenía guagua chiquito y yo le daba a mis hermanos. No me arrepiento haberle ayudado a mi viejita, nunca. Si me ha dado para comer, me ha dado para darle a mis hijas, me ha dado para seguir adelante, para darle a mi madre, mi suegra. Y mi matrimonio que ahorita estamos así a veces bien, a veces mal (Perla, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, febrero 2019).

También mencionan el poder contar con un espacio de vivienda seguro y que tenga las necesidades básicas cubiertas o quizás acumular bienes materiales como por ejemplo una casa para que esta sea heredada por sus hijos y de este modo asegurar su futuro.

La casa queda para mis hijos, porque yo no quisiera que ellos (...) están en un trabajo y de pronto le mandan y tiene que pagar arriendo, a veces no tienen, en cambio ahí nadie les va a mandar sacando nadie o no les va a decir sabes que a los hijos de ellos 'no rayes la pared, no laves este día o no prendas la luz'. Entonces yo les dejo así asegurando a mis hijos (Rosa, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, abril 2019).

Necesito dejarles un patrimonio a mis hijas no solo vivir del día a día (...) yo que se lo duro que es pagar arriendo por lo menos dejarles un terrenito para que ellas no tengan que sufrir, sobre todo en la educación, que es en lo que me enfoco para que ellas tengan las armas para

salir adelante, que tengan el apoyo que yo no tuve (Sofía, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, marzo 2018).

Asimismo, especialmente para quienes laboran en la calle, la flexibilidad de horario y la administración del tiempo en su trabajo les permite organizarse para compartir tiempo con sus hijos/as. Karla cuenta que mientras se alista para salir a trabajar en la plaza se toma el tiempo suficiente para conversar pacientemente con su hijo menor, dormir unas horas extra a su lado, ver televisión juntos. “La visión de una maternidad activa y presente y la importancia de darles tiempo a los hijos es algo que permite el trabajo sexual” (Rivers-Moore 2010). “es lo que me ayuda el horario lo manejo [yo], en otro trabajo no podría” (Sofía, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, marzo 2018).

A pesar que mi trabajo no es el más bonito del mundo ni tan aceptado, pero ahora les doy lo que no les daba antes, ahora yo puedo dormir tranquilamente ya no estoy con esa presión de que el banco, que los cheques, que los proveedores, que la mercadería (...) siempre estoy con ellas los domingos salimos a pasear, a comer, estamos juntos, vemos la televisión, jugamos. El día que no quiero trabajar simplemente no lo hago me quedo con ellas, porque es un horario de trabajo en el que yo puedo decidir. Yo misma me pongo mi horario. Es la única que hasta ahorita que yo veo que me pueden dejar entrar a cualquier hora (Lola, madre trabajadora sexual, en conversación con la autora, mayo 2018).

Como se puede notar si bien el trabajo sexual representa una carga de estigmatización poderosa, tiene un valor relativo en la medida que permite a las trabajadoras sexuales alcanzar algún nivel de movilidad sino social al menos económica. Ya no se trata solo de sobrevivir sino alcanzar ciertas ambiciones personales que están directamente relacionadas con los deseos que tienen para sus hijos/as. Las mujeres tienen claro que el trabajo sexual les permite a ellas y sus familias no solo el mantenimiento del status quo, sino más bien un nivel de consumo y vida que como madres solteras, pobres, sin educación y de bajos ingresos no podrían conseguir. La supervivencia, el consumo y la maternidad son tres elementos que van de la mano y que a menudo se despliegan para contrarrestar los efectos que genera el estigma en las trabajadoras sexuales. Su trabajo estigmatizado tiene un valor económico relativamente alto en la medida que les permite escalar socialmente, teniendo un impacto tanto en la economía local como global (Rivers-Moore 2010).

Educación, alimentar y vestir a sus hijos es una forma para ganar respetabilidad que es negada a ellas desde las perspectivas sociales o formas de concebir la maternidad que, además se dificulta por su estatus marital y su trabajo. Esto les permite pasar o aparentar ser una mujer regular de la sociedad (Beckham et al. 2015).

A veces la persona estigmatizada podrá querer corregir directamente lo que considera el fundamento objetivo de su deficiencia el resultado de ello no consiste en adquirir un status plenamente normal sino en la transformación del yo, alguien que cuenta con el record de haber corregido un defecto (Goffman 2006, 20).

Ahora lo más importante es que tanto la respuesta a las necesidades, el aumento de la capacidad de consumo como la mayor disponibilidad de tiempo para sus hijos permiten que estas madres pongan en escena lo que consideran el papel de la “buena madre”, construido en base a los discursos de género. La buena madre es aquella incondicional y sacrificada que provee a sus hijos con las necesidades básicas, que les otorga el acceso a un tipo de consumo de clase media, que tiene la posibilidad de compartir tiempo con ellos. Estos elementos, considerados beneficios para la mayoría de la población inmersa en el mercado laboral actual, les permiten sobrellevar el estigma a nivel social y con ellas mismas (Rivers-Moore 2010). Entonces la asunción de una maternidad normalizada y tradicional que en otros contextos representa una identidad opresiva para la mujer porque la encasilla y la domina para cumplir con estereotipos de género, se vuelve liberadora en un contexto en que las condiciones de violencia estructural son apremiantes.

Las feministas hemos visto la familia, coherente y razonadamente, como el lugar central de la opresión de las mujeres en la sociedad contemporánea. Las razones de tal afirmación radican (...) en la ideología familiar, a través de la cual a las mujeres se las confina a vivir preocupadas por cuestiones primarias, como lo son lo doméstico y la maternidad. Esta situación determina que se den las desventajas que experimentan las mujeres en el trabajo, y es la raíz de la explotación de la sexualidad femenina, endémica en nuestra sociedad (Barret 1980, 214).

Es decir, que la familia y el rol materno, que se consideran una fuente de opresión, pueden funcionar como fuente de resistencia (Barret 1980) porque para la mayoría de estas mujeres, su maternidad es la identidad que les ofrece obtener la mayor significación en su auto representación de género. El trabajo sexual les permite poner en acto y encarnar la posición sujeto de la madre, que no solo se trata de poder satisfacer las necesidades de sus hijos, sino

afianzar su identidad de mujeres desde las construcciones sociales ideales (Nencel 2010). Las estructuras de las relaciones simbólicas (construcciones sociales, interpretaciones de género y significados) ciertamente se aplican al trabajo sexual y la maternidad porque se convierte en mujer practicando feminidades socialmente esperadas (Beckham et al. 2015) que se ajusten perfectamente a los discursos dominantes sobre género “Las mismas mujeres, en su papel de madres, se proyectan como negociadoras de su propia identidad” (Valdés 1995, 30). Es por eso que requieren invocar a la estabilidad moral que produce la maternidad para distanciarse de las condenas sociales que tiene el trabajo sexual (Rivers-Moore 2010).

El ingreso al trabajo sexual con el objetivo de alimentar y criar a los niños permite que sea comprendido e incluso lo vuelve legítimo, mientras que el trabajo sexual por consumo innecesario es visto como egoísta y digno de desprecio. Se supone, erróneamente, que las trabajadoras sexuales que no tienen hijos disfrutan del trabajo sexual y tienen ambición por el dinero, por lo tanto, son objeto de desprecio. Su maternidad dota de sentido a su trabajo porque se trata de estar en el trabajo sexual por las razones correctas. Esto depende de las expectativas de género que se tienen para las mujeres porque tanto la maternidad como la domesticidad son altamente valoradas (Rivers-Moore 2010). “Somos trabajadoras por necesidad, no estamos aquí por vicio (...) ¿por qué tiene que ser peyorativo el trabajo sexual?” (Ingrid, madre ex trabajadora sexual y representante de las trabajadoras sexuales, en conversación con la autora, abril 2018). El alejarse a sí mismas del estigma atacando la idea de que el trabajo sexual es fácil y disfrutable marca un proceso de manejo de las formas particulares de representar el trabajo sexual haciéndola ver como una forma de ganar dinero fácil.

Conclusión

El trabajo sexual conlleva la adjudicación y asunción de un estigma que se debe principalmente a los preceptos morales y de género desde los cuales se lo juzga. El estigma representa un descredito social que inhabilita a la persona que lo posee para su plena aceptación social. Las madres trabajadoras sexuales poseen un estigma que suele ser interiorizado y se extiende hacia las personas que les rodean. El estigma del trabajo sexual combinado con la identidad materna da como resultado el despliegue de sentimientos de culpa y auto reproche en las madres trabajadoras sexuales quienes para contrarrestar sus efectos recurren a diferentes mecanismos de ocultamiento social con el fin de protegerse a sí mismas

y sus seres queridos. El estigma se suma a una serie de condiciones adversas en que estas mujeres cursan su maternidad haciendo que la crianza de sus hijos sea verdaderamente difícil.

Su maternidad implica esfuerzos, dolores y luchas diarias para sortear el estigma y lograr el trabajo de cuidados que la mayoría de las veces está enteramente a su cargo. Se trata de madres, en su mayoría solteras y jefas de hogar, que asumen diversidad de formas de crianza y organización frente al cuidado de sus hijos, entre ellas la maternidad presencial y a distancia. Ambas modalidades implican retos y dificultades propias, mientras la una favorece su cercanía física y afectiva con sus hijos también requiere un sobre esfuerzo para combinar el trabajo con su maternidad. En cambio, la maternidad a distancia implica otra clase de riesgos entre ellos la explotación económica de parte de las personas que les ayudan, la posibilidad de que sus hijos no se encuentren adecuadamente cuidados y finalmente el rechazo de sus estos por el aparente abandono sufrido.

Sin embargo, a pesar de estas dificultades el análisis revela que este grupo de madres consigue poner en juego sus ideales de maternidad y encarnar el rol de la buena madre, previamente construido en base a sus experiencias de vida. La buena madre es aquella que responde por las necesidades económicas de sus hijos, que comparte y disfruta el tiempo con sus ellos y que les ofrece las oportunidades que ellas no pudieron tener. Estos beneficios son logrados gracias a su ocupación constituyéndose de este modo en una herramienta de movilidad social y económica que les otorga la posibilidad de acceder a un nivel de consumo disponible para clases sociales más privilegiadas. Entonces, el trabajo sexual les ayuda a adquirir cierto grado de respetabilidad social al considerar que su actividad representa un sacrificio destinado para sus hijos, con ello les permite sobrellevar el estigma y legitimar su actividad. El trabajo sexual adquiere sentido porque representa libertad económica que les otorga cierto grado de independencia y seguridad, logrando su reivindicación social para reclamar su lugar como madres respetables.

Conclusiones

Para concluir es preciso retomar la pregunta planteada al inicio de este trabajo: ¿Cómo la resignificación que hacen las madres trabajadoras sexuales de su maternidad, inherentemente diversa, adversa y contradictoria, implica asumir ideales normativos tradicionales de género que permiten sobrellevar el estigma que pesa sobre el trabajo sexual? Tanto las respuestas a esta pregunta como los principales hallazgos obtenidos a partir de esta investigación se presentan en esta sección. Primero, la maternidad de las trabajadoras sexuales, dadas sus experiencias y el contexto social que les rodea, es una maternidad diversa que rompe los estándares homogeneizadores del sufrimiento femenino. Sus historias confirman el planteamiento de los feminismos negros acerca de que las experiencias de las mujeres no son equiparables y tampoco los recursos con los que cuentan para enfrentar las múltiples situaciones que las atraviesan.

Segundo, se trata de mujeres con historias de vida atravesadas por los productos de la violencia estructural como la pobreza, la desigualdad, la explotación, la precariedad laboral, el hambre, la enfermedad y la violencia. La mayoría de las desigualdades que enfrentan derivan principalmente de los factores interseccionales de género y clase. Este escenario de vulneración social sumado a un abanico limitado de oportunidades laborales convierte al trabajo sexual en un medio de subsistencia alternativo para hacer frente al hambre y la necesidad propia y la de sus hijos.

Tercero, partiendo de que la maternidad es una construcción social, las madres trabajadoras sexuales construyen sus significados y representaciones de maternidad a partir de su historia personal y colectiva. Las prácticas que posteriormente asumen se edifican desde su infancia y se incorporan a través del aprendizaje social y cultural. Sus deseos e ideales maternos están condicionados por las características sociales, políticas, demográficas y personales en las que se insertan y entre las cuales juegan un papel determinante las relaciones que mantienen con sus propias madres.

Cuarto, las madres trabajadoras sexuales ostentan una maternidad adversa en el sentido propuesto por Scheper Huges en tanto la violencia estructural y sus consecuencias juegan un papel determinante para definir sus prácticas y estilos de crianza que no siempre se

corresponden con los modelos normalizados o socialmente esperados para el cuidado de los hijos. Sus formas de organización frente a la crianza de sus hijos no deben patologizarse, juzgarse o subestimarse sin tomar en cuenta el contexto que les rodea y que determina sus opciones de maternidad.

Quinto, sumada a las condiciones desfavorables en que desempeñan su rol materno se halla el estigma que atraviesa su ocupación y que las convierte en blanco de discriminación por no cumplir con las expectativas sociales, construidas a partir de los estereotipos de género, para una mujer. El estigma se combina con su identidad materna y refuerza sus sentimientos de auto reproche y culpa por sentir que no cumplen con los ideales esperados para su rol. Esto hace que su maternidad sea un espacio de contradicciones que las ubica constantemente en un lugar de inadecuación y despojo en el que confluyen continuamente las identidades de la mala y la buena madre. Se trata de una maternidad diversa y adversa por las condiciones desfavorables en las que se desarrolla.

Sexto, el trabajo sexual les permite apropiarse, a través de un juego dinámico, del mandato cultural tradicional de la buena madre, resignificando su maternidad abyecta. La buena madre proyecta cualidades de sacrificio, postergación de intereses personales, incondicionalidad y resistencia mientras se arriesga en nombre de los hijos. El modelo normalizado de la buena madre les permite liberarse del de la “mala madre” asignado previamente en base a su ocupación. Entonces, su maternidad se convierte en un espacio de reafirmación de sus ideales y significaciones de género para mitigar los efectos del estigma y los sentimientos de culpa, auto reproche y diferencia que las acompañan. Es decir que mientras el trabajo sexual las expone a la persecución, el estigma y diferentes tipos de riesgos la maternidad les permite dotar de significado a su actividad al configurarse como su principal motivación. La maternidad opera como estímulo, objetivo y deseo para hacer que su trabajo adquiriera sentido. La maternidad también puede convertirse en un elemento protector y de auto cuidado que les permite negociar con sus clientes. Sin embargo, es preciso aclarar que no construyen una maternidad alternativa, sino que se afirman como madres, mujeres y trabajadoras sexuales. Su maternidad les confirma que su existencia tiene una razón de ser y posibilita que adquieran cierto grado de respetabilidad. La maternidad adversa fluctúa con la abnegada y cobra sentido a través de ella.

Séptimo, el trabajo sexual les permite ser principalmente madres proveedoras que garantizan la reproducción social de sus hijos. El trabajo sexual es un medio para sobrevivir y hacer sobrevivir a sus hijos a pesar del escenario desigual y desfavorable en el que se desenvuelven. Los réditos económicos que su actividad les aporta les permite negociar su identidad materna supliendo aquellas deficiencias que se cree que tienen. Es decir que el trabajo sexual les significa libertad, libertad económica que les garantiza independencia y seguridad que les permite pensarse a sí mismas como madres particularmente buenas.

Octavo, el trabajo sexual también les permite alcanzar el posicionamiento de la buena madre a través del aumento y acceso a un nivel de consumo y oportunidades disponible para clases sociales más privilegiadas. Este es un beneficio difícil de alcanzar a través de otros espacios laborales disponibles para ellas como mujeres pobres y sin educación. Es decir que el trabajo sexual otorga cierto grado de movilidad económica y social. En otros casos también les permite disponer de tiempo para compartir con ellos, beneficio que no es posible para la mayoría de las personas insertadas en el mercado laboral actual.

Noveno, la maternidad no siempre es una identidad que representa opresión así lo demuestra el caso presentado en que en un contexto de violencia estructural se transforma en un mecanismo de reafirmación identitaria para sobrellevar la existencia.

Décimo, sus historias de vida resaltan sus capacidades de agencia para resistir a la violencia estructural. Al proveer como jefas de hogar y con una red social limitada están sobreviviendo, combatiendo y reaccionando a las condiciones desfavorables de su contexto. Esto trastoca la mirada victimizante con que se tiende a mirarlas. El principal aporte de ésta tesis es que revela aspectos invisibilizados de las trabajadoras sexuales a la vez que permite complejizar los debates sobre maternidades que se ejercen en contextos de vulnerabilidad complejizando el amor materno y sus manifestaciones.

Durante el desarrollo de este trabajo se encontraron ciertas limitaciones entre ellas la falta de espacio para explorar la forma en que los hijos de las madres trabajadoras sexuales las representan, es decir cuáles son sus relatos y experiencias acerca de sus madres. Este aspecto se considera importante ya que la maternidad, como todas las relaciones, es bilateral. Metodológicamente también se puede señalar la sobre actuación de las informantes en base a

las expectativas que creen que la investigadora tiene sobre ellas. Se observó, específicamente en sus casas, que había cierta tendencia a simular y comportarse en base a estas ideas. Sin embargo, cabe aclarar que esta es una experiencia recurrente en el trabajo de campo ampliamente debatidas por los antropólogos. Otra limitación es que a pesar de que varias veces se coordinó visitas a las casas donde residen sus hijos en otras ciudades, no se pudo realizar debido a dificultades referidas por las madres. Una última limitación corresponde a la rápida exploración teórica que se les otorgó a las infancias de las madres trabajadoras sexuales.

Evidentemente, quedan muchas preguntas no alcanzaron a ser contestadas en este trabajo y que podrían abrir caminos a futuras investigaciones algunas de ellas son: ¿Cuáles son las nociones y relatos de sus propios hijos al respecto de la relación con sus madres?; ¿Qué sucede con ese porcentaje de mujeres que desempeñan el trabajo sexual y no son madres? ¿Cómo logran sobrellevar el estigma?; ¿Cómo se vive la maternidad en las trabajadoras sexuales que pertenecen a otros contextos y clases sociales?; ¿Cómo operan las fracturas sociales que hacen las madres trabajadoras sexuales y cuáles son sus implicaciones personales y sociales? y ¿Cómo se podría describir la resiliencia con la que cuentan?

Lista de referencias

- Álvarez, Sandra y Sandra Sandoval. 2013. *El trabajo sexual en el centro histórico de Quito*. Distrito metropolitano de Quito: Instituto de la ciudad. 168 p.
- Anzola, María, Carlos Iglesias, Alicia Petrucci y Gerardo Prado. 2005. “Delincuencia juvenil en Paraná y su relación con las condiciones de exclusión social”. *Revista Ciencia, Docencia y Tecnología*. Argentina: Universidad Nacional entre Ríos. 49-94.
- Badinter, Elisabeth. 1981. *¿Existe el instinto maternal?* Barcelona: Paidós.
- _____ (2010). *La mujer y la madre: un libro polémico sobre la maternidad como nueva forma de esclavitud*. España: Madrid: La Esfera de los Libros. 228 páginas
- Barrett, Michèle. 1980. “*Women’s Oppression Today*”. Londres, Verso. 214.
- Beckham, Sara W., Catherine R. Shembilu, Peter J. Winch, Chirs Beyrer y Deanna L. Kerrigan. 2015. “If you have children, you have responsibilities: motherhood, sex work and HIV in southern Tanzania”. *Culture, Health y Sexuality*. 17:2. 165-179. DOI: 10.1080/13691058.2014.961034
- Butler, Judith. 2002. *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós.
- Camacho Z., Gloria. 2014. “La violencia de género contra las mujeres en el Ecuador: Análisis de los resultados de la Encuesta Nacional sobre Relaciones Familiares y Violencia de Género contra las Mujeres”. Quito: Consejo Nacional para la Igualdad de Género, pp. 30-69.
- Carby, Hazel V. 2012. “Mujeres blancas, ¡escuchad! El feminismo negro y los límites de la hermandad femenina”. En *Feminismos negros. Una antología*, editado por Mercedes Jabardo, 209-243. Madrid: Traficantes de Sueños.
- <https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Feminismos%20negros-TdS.pdf>.
- Castellanos, Gabriela. 1995. “¿Existe la mujer? Género, lenguaje y cultura”. En *Género e identidad*. Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara Viveros, (comp.), Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Checa Ron, Sophia. 2016. "Prostitución femenina en Quito: actores, perspectiva moral y enfoque médico (primera mitad del siglo XX)". *Procesos: revista ecuatoriana de historia*. 43: 121-146.
- Chodorow, Nancy. 1984. *El ejercicio de la maternidad: psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona. Gedisa. 319 p.

- Clark, Kim. 2001. *El sexo y la responsabilidad en Quito: prostitución, género y estado, 1920-1950*. Procesos: revista ecuatoriana de la historia. 16. 35-59.
- De Beauvoir, Simone. 1969. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Penguin Random House. 725 p.
- Fainsod, Paula. 2011. *Maternidad adolescente en contextos de marginalización urbana en Madre no hay una sola: experiencias de maternidad en la Argentina*. Buenos Aires: CICCUS: 237-258.
- Fernández Nogales, A. 2013. “La en conversación con la autora, en profundidad”. En: *Métodos de investigación social y de empresa*. 575-599. Madrid: Ediciones Pirámide (Grupo Anaya S. A.).
- Fuller, Norma. 1995. “Entorno a la polaridad del marianismo y machismo”. En *Genero e identidad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores. 241-263.
- Glockner, Valentina. 2017. “Violencia estructural y buenas intenciones. La antropología de la infancia en contextos de extrema vulnerabilidad”. En *Micropolíticas de la violencia. Reflexiones sobre el trabajo de campo en contextos de guerra, conflicto y violencia*. Coordinado por Yerko Castro y Adèle Blazquez. Paris: Laboratoire Mixte International. 22-33.
- Goffman, Erving. 2006. *La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goldstein, Donna M. 1998. “Nothing bad intended: Child discipline, punishment, and survival in a shantytown in Rio de Janeiro, Brazil. En *Small Wars: The Cultural Politics of Childhood*, ed. Nancy Scheper-Huges and Carolyn Sargent. Berkeley: University of California Press.
- Guber, Rosana. 2004. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Herrera Mosquera, Gioconda, César Mantilla, Lourdes Torres, Javier Ladino, Susana Aguilar, María José Flores, Marco Panchi, Karina Bravo, Sandra Álvarez. 2017. Foro Nacional Trabajo Sexual y Derechos. Foro de FLACSO Ecuador, 31 de mayo y 1 de junio, archivo en MP3.
- Hill Collins, Patricia. 1998. *La política del pensamiento feminista negro en Un nuevo saber: los estudios de mujeres*. Buenos Aires: Fondo Económico de Argentina. P 253.
- Hooks, Bell. 2004. “Mujeres Negras: Dar forma a la teoría feminista. En *Otras inapropiables*. Editorial Traficantes de Sueños. Madrid. ISBN: 84-932982-5-5.
- INEC, Instituto Nacional de Estadística y Censos. 2010. Censo de población y vivienda. http://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/ECV/ECV_2015/

- Ingold, Tim. 2013. *Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía*. Etnografías Contemporáneas. Edición PDF.
- Instituto de la Ciudad. 2016. Encuesta Multipropósito.
<http://institutodelaciudad.com.ec/informacion-estadistica/182-encuesta-multiproposito-en-el-chq.html>
- Jabardo, Mercedes. 2012. Introducción. Construyendo puentes: en diálogo desde/ con el feminismo negro a *Feminismos negros. Una antología*, editado por Mercedes Jabardo. Madrid: Traficantes de Sueños.
<https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Feminismos%20negros-TdS.pdf>
- Kaplan, Ann. 1990. "Sex, work and motherhood: the impossible triangle". *The Journal of Sex Research*. 27:3, 409-425, DOI: 10.1080/00224499009551569
- Kempadoo, Kamala y Jo Doezma. 1998. *Global sex workers: rights, resistance and redefinition*. Nueva York: Routledge.
- Korbin, Jill. 1998. "'Good mothers', 'Baby-killers' and fatal child maltreatment. En *Small Wars: The Cultural Politics of Childhood*, ed. Nancy Scheper-Huges and Carolyn Sargent. Berkeley: University of California Press.
- Lamas, Martha. 1995. "Cuerpo e identidad". Pp. 61-82. En *Género e identidad*. Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara Viveros, (comp.), Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Maier, E. 1990. "La madre como sujeto político". *Estudios Latinoamericanos*. 9
- Matera, Vincenzo. 2014. "La Antropología como saber contra-intuitivo. El caso de la enfermedad y de las emociones". *Claroscuro. Revista del Centro de Estudios sobre diversidad Cultural* 13:1-16. file:///C:/Users/Invitado-01/Downloads/6002-31129-1-PB.pdf.
- De Miguel Pascual, Roberto. 2005. "La en conversación con la autora, en profundidad a los emisores y los receptores de los medios". En: *Investigar en comunicación: guía práctica de métodos y técnicas de investigación social en comunicación*. 251. España: McGraw-Will.
- Montecino, Sonia. 1995. "Identidades de género en América Latina: Mestizajes, sacrificios y simultaneidades". En *Género e identidad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Nencel, Lorena. 2000. *Mujeres que se prostituyen: género, identidad y pobreza en el Perú*. Lima: Centro de la mujer Peruana "Flora Tristán. 387 p.
- Outshoorn, Joyce. 2005. "*The Political Debates on Prostitution and Trafficking of Women*". En *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society. Volumen 12*,

Issue 1: 141-155. <https://doi.org/10.1093/sp/jxi004>

- Parra, Daniel y José María Tortosa. 2003. “Violencia estructural: una ilustración del concepto”. *Revista Documentación Social*. Universidad de Alicante: Grupo de Estudios de Paz y Desarrollo N°131. 57-72.
- Red de Trabajadoras Sexuales del Ecuador. 2006. “*Dinámica de trabajo sexual en la provincia de Sucumbíos, Ecuador [Quito]: EKA: Plan Provincial de Respuesta al VIH/SIDA de Sucumbíos*. Programa Conjunto del Sistema Naciones Unidas. 108 p.
- Rivas, Marta. 1996. “La entrevista a profundidad”. En *Para comprender la subjetividad: investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. 199-223. México, D.F.: El Colegio de México. Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano.
- Rivers-Moore, M. 2010. “But the Kids are Okay: Motherhood, Consumption and Sex Work in Neo-liberal Latin America.”. *The British Journal of Sociology* 61 (4): 716– 736.
- Rubin, Gayle. 1989. “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”. En *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Compilado por Carole Vance. Revolución, España. 113-190.
- Rubio, Ana. 2008. “Teoría abolicionista de la prostitución desde una perspectiva feminista. Prostitución y política”. En *Prostituciones: Diálogos sobre el sexo de pago*. Barcelona: Icaria. 164 p.
- Ruiz, Martha Cecilia. 2008. *Migración transfronteriza y comercio sexual en Ecuador en América Latina migrante: estado, familias, identidades*. Quito: FLACSO: Ministerio de Cultura del Ecuador. p. 201-221.
- _____ (2017). “Sexualidad, migraciones y fronteras en contextos de integración sur-sur”, *Revista Latinoamericana Sexualidad, Salud y Sociedad*.
- _____ (2018). “Trazando fronteras nacionales en contextos de integración: migración femenina y sexualidad en la subregión andina”, *Revista de Estudios Sociales*, No.64, pp.42-54.
- Sassen, Saskia. 1998. “Toward a feminist analytics of the global economy”. 7-41. En *Globalization and its discontents. Essays on the new mobility of people and money*. New York: The New Press.
- Scheper- Hugues, Nancy. 1995. *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel.
- Scott, Joan. 2001. “Experiencia”. *La ventana* No. 13, pp. 42-74.
<http://www.revistascientificas.udg.mx/index.php/LV/article/view/551/574>

- Secretaría de inclusión social. 2016. *Levantamiento de información*.
- Segura, Nora. 1995. "Prostitución, género y violencia". En *Género e identidad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Soler, Pere. 2011. "La en conversación con la autora, en profundidad". En: *La investigación en comunicación: métodos y técnicas en la era digital*. 216-219. Barcelona, España: Gedisa.
- Solyszko Gómez, Izabel. 2013. "Femicidio y feminicidio: avances para nombrar la expresión letal de la violencia de género contra las mujeres". En *Géneros. Revista de investigación y divulgación sobre estudios de género*. 13: 23-41.
- Soria, Francisco. 2004. *Espacio público. Memoria de la recuperación del espacio público del centro histórico de Quito*. Quito: Trama.
- Stack, Carol. 1974. "Roles sexuales y estrategias de supervivencia en una comunidad negra urbana". En *Mujeres, cultura y sociedad*, editado por Rosaldo y Lamphere. Standford University Press.
- Szasz, Ivonne. 2004. "El discurso de las ciencias sociales sobre las sexualidades", en Cáceres, Carlos, et al (eds.), *Ciudadanía sexual en América Latina: abriendo el debate*, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima. 65-75.
- Valdés Echenique, Teresa. 1995. *Identidad femenina y transformación en América Latina: a modo de presentación*. En *Género e identidad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Villacrés Manzano, Grace Pamela. 2009. "La industria del sexo de la ciudad de Quito y las representaciones sobre las trabajadoras sexuales colombianas". Tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. 136 p.
- Viveros, Mara. 1995. "Saberes y dolores secretos. Mujeres, salud e identidad". En *Género e identidad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.